

México N$3.50
E.U. y
Puerto Rico
U.S. Dls. 1.75
Argentina $1.50

Laura no se sorprendió de ver a Dirk Thornton con una elegante morena: la fama de mujeriego de su esposo lo decía todo. Lo que sí la desconcertó fue el hecho de que sus sentimientos por él no habían muerto y Dirk lo percibió de inmediato. Pronto él comenzó a perseguirla con cruel determinación, pero Laura sabía que ya no tenían un futuro juntos... Entonces, ¿por qué el deseo de aceptar la ridícula proposición de Dirk era tan abrumadoramente fuerte?

Novelas con corazón

7 509991 091529

IMPRESO EN MEXICO

CRUEL ASEDIO

Miranda Lee

Cruel asedio

Laura no se sorprendió al ver a Dirk Thornton con una elegante morena. Su marido tenía fama de mujeriego. Lo que sí la desconcertó fue el hecho de que sus sentimientos por él no hubieran muerto, y Dirk lo percibió inmediatamente. Pronto él comenzó a perseguirla con cruel determinación, pero Laura sabía que ya no tenían un futuro juntos… Entonces, ¿por qué el deseo de aceptar la ridícula proposición de Dirk era tan abrumadoramente fuerte?

Capítulo 1

EL TELÓN cayó en el intermedio y Laura aplaudió tan fuerte como todos.. Parecía que Morrie había realizado otra vez un milagro de dirección, creando un musical emocionante y casi profesional con un grupo inexperto de actores aficionados. La joven estaba segura de que ni siquiera la versión de Broadway de South Pacific obtendría una reacción del público tan entusiasta como la de ese distrito. ¡El Grupo de Teatro Musical del Norte de Sydney y su director se merecían una reverencia!

Claro, los llamativos disfraces habían sido de gran ayuda, pensó Laura con una sonrisa de satisfacción cuando se encendieron las luces y se levantó de su asiento junto al pasillo.

Su sonrisa murió cuando se volvió y vio quién estaba sentado detrás de ella. Apretó los dientes y se le contrajo el estómago.

Qué raro... Tuvo el presentimiento de que lo vería esa noche. Después de todo, Morrie era su hermano. Pero la realidad de enfrentarse a su marido después de su desagradable último encuentro la afectó mucho más de lo que hubiera imaginado. Sus entrañas se contrajeron en un mecanismo de defensa contra el mundo que se formaba dentro de ella.

Pero junto al dolor existía la amarga determinación de que él no se diera cuenta de su perturbación.

-Dirk -lo saludó con cortesía.

-Laura -respondió él con esa voz profunda y resonante que había inclinado a numerosos jurados a su favor.

Ella luchó por sostener la mirada de los fríos ojos grises de él. No era una tarea fácil. La mirada penetrante e intuitiva de Dirk había sido la ruina de muchos testigos. Él nunca parpadeaba, sino que miraba con ojos de acero a su presa hasta que ésta tenía que desviar la mirada con inquietud, y entonces él se aprovechaba sin misericordia de esa debilidad.

Antes de que pudiera imponerse a ella, Laura desvió los ojos hacia la morena voluptuosa que se encontraba sentada a su lado. Sin duda, ésa era su acompañante, ya que se aferraba a él como una boa constructor.

Vaya... él siempre había preferido a las morenas, pensó Laura con cinismo, al recordar su propio pelo negro y largo. Pero ella nunca llevaría tanto maquillaje como la otra mujer, ni ese vestido. ¡Dios, la morena no podía ni respirar porque sus senos romperían la prenda!

Demasiado tarde, Laura se percató de que miraba con disgusto a la acompañante de su marido y la mano posesiva que tenía sobre el brazo de él.

«Estoy demostrando mis celos», pensó con desmayo. Se obligó a sonreír y miró a Dirk, quien la estudiaba detalladamente. No era nada nuevo en él. Dirk era un empedernido observador de la gente y se enorgullecía de que nadie lo engañaba. Laura sabía que una vez más había dejado ver los sentimientos que aún albergaba por él, pero no podía hacer mucho, excepto retirarse en ese momento.

-Perdona que no pueda quedarme a charlar -se disculpó con naturalidad-, pero le he prometido a Carmel que iría a verla en el intermedio. Espero que disfrutéis del resto del espectáculo.

Para su horror, sintió la amenaza de las lágrimas mientras se alejaba por el pasillo. Y pensar que la semana pasada creyó que por fin se había recuperado. parecía que le faltaba mucho para que pudiera matar y enterrar su amor por Dirk Thornton.

«¡Lo voy a lograr!» se juró en silencio.

-¡Laura! ¡Oh, Laura! Estoy aquí...

Laura sólo tuvo tiempo de secarse la humedad de los ojos antes de que Carmel, la mujer de Morrie, la agarrara del brazo y la condujera al vestíbulo.

-Nos está saliendo de maravilla, ¿verdad? No sabía que Sharon y Bob cantaran tan bien. La coreografía ha estado fantástica y tus disfraces son simplemente maravillosos. De veras, Laura, si Morrie no fuera dentista ni tuviéramos dos hijos que criar, lo animaría para que se dedicara a la dirección de manera profesional. Quiero decir que él...

Laura permitió que Carmel alabara a su marido, pero bajo su exterior controlado aún estaba alterada por su reacción a Dirk acompañado por la morena.

-¡Dios mío!, ¡ahí está Dirk! -exclamó Carmel de pronto con asombro.

A Laura le dio un vuelco el corazón. Controlándose, se volvió y se encontró con la temible imagen de Dirk y su acompañante, aunque por suerte se hallaban en el otro extremo.

-Sabía que Morrie le había dado unas entradas -susurró Carmel con dureza-, pero nunca creí que tuviera el atrevimiento de venir... ¡y mucho menos con alguien!

-No te preocupes por mí -la tranquilizó Laura-. Ya la he visto. Dirk y ella están sentados detrás de mí.

-¡Oh, qué terrible para ti! ¿Quieres que te busque otro sitio para la segunda parte?

-¡Claro que no! -replicó Laura. El orgullo le exigía hacerle saber a Dirk que no le importaba dónde se sentara, ni con quién.

-Sí, pero...

-Nada de «peros», Carmel -insistió Laura-. Tarde o temprano tenía que encontrarme con Dirk y una de sus mujeres. Mejor ahora, por la forma en que me he sentido cuando lo he visto con... con... -se estremeció al pensar en lo que él le haría a la morena esta noche.

Si el año pasado alguien le hubiera dicho que su marido se convertiría en un donjuán, no lo hubiera creído. Sin embargo, durante los meses pasados, la prueba de que salía con muchas mujeres llegó a sus oídos por medio de una chica con la que trabajaba. A la mujer en cuestión no le agradaba Laura porque a ésta la habían promocionado a vendedora antes que a ella. A Claudia le encantaba hablarle sobre las elegantes mujeres con las que Dirk salía. No eran sólo especulaciones. Claudia compartía un apartamento con la secretaria de él... una mujer de lengua suelta y aguda. Los chismes hirieron a Laura, pero no tanto como ver a su marido y corroborar las habladurías.

Carmel la miraba con compasión.

-Aún lo amas, ¿verdad? Oh, pobre de ti...

La conmiseración de su amiga hizo que Laura sintiera un nudo en la garganta, el cual enronqueció su voz.

-Espero que no por mucho tiempo. Sólo necesito seguir viéndolo con mujeres como ésa y yo... yo... -sacudió la cabeza y bajó la mirada, sin poder ocultar su vulnerabilidad.

-Es una lástima -comentó Carmel- que Dirk sea tan atractivo. Debe de ser muy duro olvidar a un hombre como él, o encontrar a alguien mejor.

Laura miró al hombre con quien se había casado hacía cuatro años. Llevaba un elegante traje oscuro; era el tipo de hombre que se distinguía entre la multitud. Pero no era sólo una combinación de un cuerpo alto y proporcionado, un rostro atractivo y el pelo rubio platino; tenía presencia, una personalidad que exigía atención.

Quizás era producto de su profesión. Tal vez había cultivado ese aire autoritario que impresionaba a los jurados y dominaba a los abogados oponentes. Quizá... Pero Laura tenía el presentimiento de que Dirk había nacido con esas características.

-Parece el mismo -comentó con mordacidad-, pero no es así. Ha cambiado.

-Sí... Claro que sí. ¡Andar por ahí exhibiendo a mujeres exuberantes! -exclamó Carmel haciendo una mueca-. Cuando va a visitar a Morrie y los niños, se porta como el Dirk a quien

conocíamos y queríamos. Pero se transforma cuando trato de preguntarle por qué dejó a una chica como tú por un montón de mujeres fáciles. Me dice que no me meta en sus asuntos y después se larga con otra mujer. Claro, nunca ha llevado a ninguna a casa. Yo no lo permitiría. ¡Le advertí que la única mujer bienvenida en mi casa es su esposa!

Laura miró a su amiga con culpabilidad y afecto. Aunque no aprobaba la conducta de Dirk, no había sido ésa la verdadera razón de la ruptura de su matrimonio. No obstante, si comenzaba a explicar eso, saldrían a relucir hechos que Dirk exigió que se mantuvieran en secreto.

-No debes preocuparte por mis sentimientos, Carmel -le aconsejó-. Una vez que nos divorciemos, seré la ex esposa de Dirk y todo quedará en el olvido. Él es tu cuñado, el tío de Donna y Nicholas. No estropees tu relación con él por culpa mía. Por favor.

-No sé cómo puedes ser tan generosa con él después de la forma en que te ha tratado. Espero que esto no estropee nuestra amistad. Aún somos amigos, ¿no? Echo mucho de menos tus visitas, y los niños también. ¿Morrie y yo ya no te veremos en casa?

-Bueno, pensaba ir a la fiesta de esta noche, pero… -sonrió un poco.

Carmel le tomó las manos y se las apretó con fuerza.

-Oh, ven, por favor. Dirk no asistirá con esa mujer, te lo aseguro. ¡No se atrevería!

Laura se rió y en ese momento se encontró con los ojos de Dirk. Se le contrajo el estómago, pero no desvió la mirada. Se la sostuvo sin titubear y después se sorprendió cuando él le sonrió.

No era el tipo de sonrisa sarcástica que esperaba de él, sino una sonrisa sensual que la hizo sentirse muy femenina y deseable. Entonces sí desvió la mirada, perpleja por el calor que sintió en las mejillas.

Por fortuna, en ese momento sonó un timbre anunciando que la segunda parte iba a dar comienzo. Laura agradeció la oscuridad del teatro cuando se acomodó en su asiento, fijando los ojos en el escenario.

Sin embargo, no podía dejar de pensar en la pareja que estaba detrás de ella. Podía sentir los ojos de Dirk en su nuca, casi podía ver la sonrisa de satisfacción de él por haberla hecho sonrojarse.

Frunció el ceño cuando pensó en cómo se agitaba cuando él le sonreía. Había pasado mucho tiempo desde que Dirk la afectó así con una mirada. Mucho, mucho tiempo.

Sus ojos se cerraron. Una oleada de culpabilidad la envolvía

cada vez que pensaba en su obsesión por tener un hijo y en cómo afectó a su relación con Dirk y a su vida sexual, hasta el punto de no permitir que le hiciera el amor a menos que ella pudiera concebir. Ni en esas ocasiones lograba él excitarla, ya que ella siempre pensaba si concebiría un hijo o no.

Cuando Dirk estalló por fin una noche, mientras yacía inmóvil debajo de él, ella también lo hizo y le espetó con crueldad que si él no podía darle un hijo, entonces ya no lo quería. Fue un comentario estúpido y lo lamentó de inmediato.

Nunca olvidaría la inmovilidad de Dirk, ni esa mirada de furia atemorizante de sus ojos.

-Está bien -dijo él, y se dirigió a la otra habitación a preparar sus maletas.

Laura lo siguió llena de pánico. Sabía que más allá de su locura, de su estúpida conducta y de la aparente carencia de deseo por él, aún lo amaba. Él siempre fue todo lo que ella anheló, desde el primer momento en que lo vio en aquel tribunal.

-Dirk, perdóname -le rogó-. Sé que me he portado mal. Seré otra vez yo una vez que conciba. El ginecólogo dice que no hay nada que me impida quedarme embarazada, y tu médico también te ha examinado. Dice... dice que estoy demasiado ansiosa. Necesito relajarme y...

-¿Relajarte? -él se rió con amargura-. Eso es una broma y los dos lo sabemos, Laura. últimamente hacer el amor contigo es como hacerlo con un resorte demasiado tenso. Incluso temo que me golpees si te toco. Bueno, ya estoy harto, cariño, y me largo de aquí. ¡Búscate otro estúpido que te dé ese hijo tan deseado a ti y a tu maldita madre, porque yo no lo seré!

La culpabilidad de Laura disminuyó cuando recordó esas amargas palabras.

Al principio la destrozaron, la hicieron sentirse malvada y culpable. De hecho, esa misma culpa evitó que buscara una reconciliación con Dirk las primeras semanas. Lo amaba y añoraba mucho, pero sabía que él estaba mejor sin ella. Quizá encontraría a una mujer normal que se casara con él y le diera un hijo sin atormentarlo con una conducta irracional. Sabía que, a pesar de su ira y frustración, Dirk también deseaba un hijo.

Sin embargo, la madre de Laura tenía una opinión diferente de lo que Dirk quería de la vida.

-Los hombres de alto nivel profesional como él no desean tener hijos -había dicho Vera con su cinismo usual-. Viven para su trabajo. Las esposas son sólo una parte de sus vidas y las dos

sabemos qué parte. Los niños sólo se toleran para mantener feliz a la mujercita -terminó con desprecio.

Laura no creía eso y defendió a Dirk a capa y espada. Por eso se sintió tan destrozada cuando dos meses después descubrió que su madre tenía razón.

La ocasión estaba impresa en su mente de forma indeleble. Habían pasado pocos días desde el entierro de su madre y estaba sola en casa, devastada por la pérdida. No tenía otros familiares a quienes recurrir, ya que su madre era huérfana y la concibió fuera del matrimonio. El padre de Laura, un hombre de negocios rico y apuesto, abandonó a Vera cuando descubrió que estaba embarazada. Su único apoyo fue darle dinero para un aborto. Supuestamente murió en un accidente de aviación cuando Laura tenía dos años.

Dirk siempre dijo que Vera estaba amargada por esa experiencia y que le había llenado la cabeza de estúpidas ideas sobre los hombres y el sexo. Una vez acusó a Laura de dejar que el lavado de cerebro de su madre minara su relación, sobre todo en el aspecto sexual.

Pero, ¿cómo podía decir eso? ¿No se acostó con él la primera noche que la invitó a salir, a pesar de ser virgen? ¿No se rindió con facilidad a sus apasionadas exigencias?

Claro, se sintió culpable por haber cedido tan pronto, y también estaba preocupada por las constantes advertencias de su madre acerca de que los hombres como él sólo querían su cuerpo. Después de todo, era diez año mayor que ella, muy apuesto y famoso en su profesión como abogado, mientras que ella era sólo una auxiliar de ventas. Sus únicos atributos eran un sedoso pelo negro, un rostro bonito y un cuerpo bien formado.

Pero Dirk dijo que la amaba y en pocos meses se casaron, a pesar de la desaprobación de la madre de Laura. A ella no le importó. Estaba tan enamorada de Dirk que su madre no podía detenerla.

-Sólo es sexo -siguió advirtiéndole Vera-. Espera uno o dos años y verás cómo Dirk se cansará de ti. No te dejará tener un hijo. ¡Acuérdate de mis palabras!

Y él no le permitió quedarse embarazada durante el primer año de su matrimonio. Decía que antes debían disfrutar de su vida de casados. Sin embargo, cuando ella dejó de tomar la píldora, Dirk pareció muy entusiasmado ante el posible embarazo. Pero la prueba resultó negativa. El ginecólogo le explicó que su nivel de prolactina había subido.

No obstante, cuando eso se remedió, Laura siguió sin concebir. Durante otro año fue muy optimista, pero a medida que pasaban los meses, sus nervios se alteraron y con ello su relación.

Hacer el amor se redujo a un acto mecánico para concebir, realizado cuando existía posible fertilidad, su temperatura era correcta y si las estrellas estaban en buena posición. Fue una locura; se dio cuenta de eso tan pronto como Dirk la abandonó. Durante los terribles meses que siguieron, Laura habría dado cualquier cosa por volver atrás en el tiempo.

Por lo menos ése fue su deseo hasta que Dirk le asestó el golpe final.

Con el corazón contraído, se encogió en su asiento. Se sintió tan feliz aquel día, recordó, cuando él se presentó en el umbral de su casa... tan ridículamente feliz...

-Siento mucho lo de tu madre -había dicho Dirk mientras tomaban café en el salón-. No nos llevábamos bien, pero sé que te quería, Laura; quizá demasiado.

-Sí -estuvo de acuerdo ella, con la esperanza de que su visita se debiera a que quería volver a empezar. No se habían visto desde el día en que la abandonó, diciéndole que podía quedarse con el apartamento, los muebles y el coche.

Ese episodio fue muy doloroso, ya que Dirk se portó de una forma muy dura y cruel, y ella estaba demasiado herida como para defenderse. Sus últimas palabras fueron el fin de su matrimonio.

-Cuando quieras divorciarte, Laura, ya sabes dónde encontrarme.

Y allí estaba, consolándola por la muerte de su madre y haciéndola albergar esperanzas.

Sin embargo, todo empeoró...

-Dirk -empezó ella, con el corazón en la boca-. Lo he pensado mucho y creo que... que...

-¿Qué, Laura?

-Que podríamos intentarlo de nuevo -balbuceó ella.

Dirk tomó aire y lo soltó antes de contestar.

-No funcionaría -replicó con cierta mordacidad-. Ahora me doy cuenta. Volverías a obsesionarte con tener un hijo y cuando no... -se interrumpió, asustándola con la firme resolución de sus ojos-. Mira, no he venido para reconciliarme contigo. Estoy disfrutando mucho de mi libertad y no quiero encadenarme otra vez al matrimonio. La razón de mi visita es darte el pésame y también una noticia que te complacerá mucho.

-¿Com... placerme?

«Oh, Dios», pensó. Le iba a pedir el divorcio y creía que la

complacería.

-Sí. Resulta que soy estéril.

Laura abrió la boca y jadeó, sin poder asimilar las palabras.

-¿Estéril? -repitió, atontada.

-Ese es el término exacto. Tuve paperas cuando era adolescente y parece que eso estropeó mi capacidad reproductiva. Así que, con el hombre indicado, quizá te quedes embarazada antes que una coneja.

-¿Pero... pero qué pasa con aquellas pruebas que te hiciste?

-Nunca me las hice -confesó él.

-Tú... nunca... -trató de evitar la gran opresión que sentía en el pecho. Todos esos meses esperando y deseando ¿Me mentiste sobre algo tan importante como eso? -preguntó con amargura.

-No exactamente -replicó él sin remordimiento-. No creí que fuera necesario hacerme los exámenes. Verás, hubo una mujer antes de que te conociera. Una vez me aseguró que estaba embarazada de mí y yo no lo dudé. Luego, tuvo un aborto natural, según ella. Así que yo no tenía dudas sobre mi capacidad reproductora. Hace poco me encontré con ella y me confesó que sólo trataba de engatusarme para que nos casáramos. Entonces tuve dudas y me hice los exámenes. Parece que no puedo ser padre.

Laura no podía creer que fuera estéril ni la indiferencia con que lo decía. ¿Era ése el hombre que siempre dijo amarla, que aseguró que quería un hijo como ella, que soportó su conducta irracional hasta que le fue imposible?

Y entonces comprendió. Dirk enmascaraba su propio sufrimiento. No todos los hombres aceptan el hecho de que no pueden ser padres. Seguramente a Dirk le pasaba lo mismo.

La esperanza creció de nuevo en su corazón. Sólo debía hacerle ver que no era el fin del mundo, que aún lo amaba, que no le importaba su esterilidad. Levantó los ojos, brillantes, y él se sorprendió.

-Pero, Dirk, eso no me importa -aseguró ella con desesperación-. Te amo, ¿no te das cuenta? Nunca he dejado de amarte. El hecho de que no puedas ser padre no significa que no podamos volver a unirnos y a la larga tener hijos. Ya es posible la inseminación artificial. Estoy segura de que dentro de unos meses yo...

-Dios mío -Dirk se levantó con el rostro furioso-. Eres increíble, ¿sabes? Ya estás pensando en otro maldito bebé. ¿Crees que soy tan estúpido como para verte destrozada por no poder concebir? ¡No estoy loco!

La miró con furia durante un segundo antes de recuperar la

calma y adoptar una expresión cruel y fría, como cuando intimidaba a un testigo.

-En realidad, Laura, no quiero hijos, nunca los he querido. Tampoco quiero recomenzar nuestro matrimonio bajo ninguna circunstancia. Ahora soy libre de vivir como quiera. ¡Diablos, es increíble! Puedo tener tanto sexo como quiera sin peligro de dejar embarazada a ninguna mujer.

Se rió con cinismo cuando ella abrió mucho los ojos.

-¿Por qué diablos te casaste conmigo entonces? -preguntó ella, poniéndose de pie.

-Hay muchos tipos de obsesión, corazón mío, aparte de la de tener un hijo -se rió con burla-. Yo me obsesioné contigo. Desde el primer momento en que te vi en el banquillo de los testigos con tus hermosos ojos azules desafiándome con absoluta honestidad... Demonios -se rió-, ese día perdí el caso porque no soporté poner en duda tu testimonio. ¡Y créeme que pude hacerlo! Pude haberte descrito como una hermosa vendedora que pasaba la mayor parte del tiempo charlando con sus compañeras y coqueteando con los clientes, y por lo tanto no podía estar segura de que la acusada era en realidad la persona que había robado una blusa -levantó una ceja-. Por suerte, mi cliente era culpable. Sólo acepté su caso como un favor a un amigo mío. Además, había circunstancias atenuantes. El marido de la pobre anciana acababa de morir y ella estaba perturbada mentalmente. El testimonio de su médico le valió la libertad bajo fianza, y mi fracaso al no desacreditarte a ti no importó -suspiró-. Para ser sincero, estaba más preocupado por seguirte después del juicio que por defender a mi cliente. Nunca me había deslumbrado así una mujer. Eras una irresistible mezcla de fuerza, dulce inocencia y atractiva vulnerabilidad. Sinceramente, estaba decidido a hacer lo que fuera por tenerte -sonrió con ironía-. Promesas de amor eterno... un anillo de compromiso... otro de matrimonio, incluso un hijo. Pero al final el precio fue demasiado alto, cariño. Ahora puedo decirte con felicidad que he encontrado la cura para mi obsesión. ¡Qué suerte para ti!

Sus palabras la atormentaron durante mucho tiempo. Lo hacían en ese momento en el oscuro teatro, con Dirk sentado detrás de ella.

¿Con qué clase de hombre se había casado?

El tipo de hombre que no tiene escrúpulos en lo que al sexo se refiere, que se casa por lujuria y después desaparece sin mirar atrás; que se exhibe con otras mujeres ante los ojos de su esposa, sabiendo que aún lo ama.

Laura sintió que temblaba de ira.

Lo peor de todo era la forma en que la había mirado en el vestíbulo, como si su separación hubiera encendido de nuevo la pasión insaciable que sintió por ella y no le importara acostarse con ella de nuevo.

¡Diablos, se congelaría el infierno antes de que le permitiera tocarla!, se juró Laura en silencio.

Pero cuando terminó el espectáculo, se vio atormentada por el pensamiento de que estaba en el infierno desde que él le había dirigido esa mirada sensual.

El infierno, con el fuego, la maldad y las tentaciones. El diablo mismo estaba en su mente, tentándola, recordándole cómo se sintió en brazos de Dirk. El éxtasis… el abandono… el puro placer…

La sangre caliente inundó su rostro. Cuando el público dejó de aplaudir y se encendieron las luces, ella no quiso volverse hacia esos ojos sonrientes y seductores.

Finalmente se levantó con resolución y se volvió. Los asientos de atrás estaban vacíos.

Capítulo 2

LAURA vagaba por el salón de Morrie y Carmel, y lamentaba su decisión de haber asistido a la fiesta. A pesar de los grupos de gente que ella conocía, se sentía muy sola. No sólo eso; el ambiente cargado de humo comenzaba a molestarla.

Con la copa de vino que Morrie le había dado, salió al patio trasero. El aire nocturno era frío, pero a ella le pareció agradable. Se detuvo en los escalones y miró cómo la brisa de abril agitaba la superficie de la piscina más abajo.

Había pasado muchas tardes felices en esa piscina con Dirk a su lado...

Los recuerdos fluyeron en su mente. Dirk, quien la enseñó a nadar y bucear. Dirk sentado bajo la sombrilla ayudándola a leer, alentándola a superar su dislexia. Dirk recostado en la tumbona, haciéndole preguntas acerca del tráfico para que Laura aprobara el examen del carnet de conducir.

¿Qué le había pasado a aquel hombre amable y cariñoso?, se preguntó. ¿Dónde estaba...?

La respuesta era pura y simple. No... pura no, sólo simple. Estaba en la cama con la morena, ¡y seguramente a ella no tenía que enseñarle nada!

Laura cerró los ojos por el dolor de su corazón. No debía haber ido a la fiesta.

Sin embargo, tampoco pudo soportar la idea de regresar a su apartamento frío y desierto.

Suspiró, abrió los ojos y caminó hasta un extremo de la piscina, donde se sentó en una tumbona. Levantó los ojos hacia la casa, a la fila de ventanas del piso superior.

Había luz en una, la del extremo. Laura se percató de que era la habitación de Donna, y recordó que Carmel le había contado que dejaba la luz encendida porque su hija de siete años tenía miedo a la oscuridad.

Sonrió con cariño al pensar en la dulce Donna, y después frunció el ceño cuando pensó en Nicholas, su hermanito de cuatro años. ¡Qué niño tan terrible! El médico decía que era hipertenso. «¡Qué hipertenso ni qué nada!», pensó Laura. Estaba muy consentido. Sería un milagro si llegaba a salvo a la edad adulta. Ya se había roto varios huesos al caer de tejados y árboles, y casi se ahogó dos veces en la piscina, a pesar de la tela metálica de seguridad que la

rodeaba.

Aun así, el niño tenía su encanto; unos grandes ojos azules, rizos dorados y muchas sonrisas. Era extrovertido como sus padres. En cambio Donna no era tan atractiva; tenía los ojos grises y pequeños y el pelo castaño lacio. Era introvertida por naturaleza y su hermano siempre la eclipsaba ante la gente. Quizá por eso Laura sentía mucho afecto por la niña. Odiaba que se halagara a los niños sólo por su aspecto físico. No era justo.

Laura meditaba en esto y miraba distraídamente la ventana de Donna, cuando una sombra grande apareció allí. Entonces se inclinó hacia delante deprisa y derramó un poco de vino en su traje de lana, pero no le importó. Tenía la atención puesta en la figura que se veía en la ventana iluminada.

Era un hombre muy alto y robusto. Con seguridad no era Morrie, ya que éste era de estatura media y delgado.

Laura se quedó paralizada. La idea de que un borracho hubiera llegado al dormitorio de Donna, aunque fuera por error, la alarmó. La niña se sentiría aterrorizada si se despertaba y encontraba a un extraño allí, por no hablar de... Visiones de horrores indecibles la abrumaron.

Se levantó y corrió, derramando el resto del vino en la piscina. En su nerviosismo chocó contra la tela metálica de la piscina, y se alegró de que no hubiera nadie allí para oírla maldecir. Corrió por los escalones, cruzó el patio y entró en el salón lleno de gente. La música sonaba y la gente bailaba. Morrie y Carmel estarían en algún lugar, pero no podía verlos. Sería mejor no perder más tiempo, pensó. Quizá Donna ya estaba llorando de miedo. ¡O peor aún!

Subió deprisa por la escalera y corrió por el pasillo hasta la habitación de Donna. Llevaba la copa de vino en alto, lista para atacar al intruso.

Ver a Donna sentada en la cama muy contenta sorprendió a Laura, al igual que la vista de Dirk, quien estaba sentado en la cama de su sobrina con un cuento en las manos.

Se volvió al ver entrar a Laura y levantó una ceja burlona al notar las mejillas sonrojadas y el pecho agitado de ella.

-¡Tía Laura! -exclamó Donna con sorpresa. -No creí que estuvieras tan ansiosa de volver a verme -comentó Dirk divertido.

Laura sujetó con fuerza la copa de vino que había estado a punto de arrojarle.

-Estaba sentada junto a la piscina -explicó, rechinando los dientes-, cuando vi a un hombre en la ventana de Donna, así que

yo... yo...

-Viniste a rescatar a nuestra damita -concluyó él-, con la espada en la mano -añadió señalando la copa.

Ella apretó los labios con furia ante esa actitud burlona. Decidió que lo odiaba más que a nadie en el mundo, pero en ese momento él expresó verdadera admiración.

-Serás muchas cosas, querida Laura -murmuró-, pero nunca una cobarde.

El rostro de Donna se iluminó de dicha mientras los contemplaba.

-¿La tía Laura y tú ya os habéis reconciliado, tío Dirk? ¡Ay, me alegra tanto! Añoro mucho cuando nos visitabais juntos.

A Laura se le contrajo el corazón. No sabía cuánto había afectado su separación a la sensible niña.

«Oh, Dios, soy una egoísta. Nunca pensé en el daño que le hacía a Donna al no venir a visitarla!», reflexionó e hizo una mueca. Sabía que su actitud se debía a que había sido hija única.

Sin embargo, no era excusa, y decidió visitar a Donna más a menudo, aunque corriera el riesgo de encontrarse con su marido. Por lo menos no tendría que verlo con otra de sus mujeres, ya que Carmel no lo permitiría.

Mientras tanto, tenía que aclarar su relación con Dirk ante la niña.

-Bueno, no es que nos hayamos reconciliado, Donna -explicó con calma-. Más bien tratamos de ser amables el uno con el otro, ¿verdad, Dirk?

-Yo soy un tipo muy amable -respondió él, sarcásticamente, levantando una ceja.

Laura se contuvo de hacer una mueca de disgusto y esbozó una sonrisa falsa.

-¿Entonces puedes quedarte a escuchar el resto del cuento, tía Laura? -preguntó Donna.

Negarse heriría a la niña, pero ella no deseaba quedarse. Había algo en la forma en que Dirk seguía mirándola que la hacía temblar. Era demasiado sensual, como si él supiera que ella aún lo deseaba, y la idea le pareciera sorprendente y divertida.

Trató de que sus ojos azules fueran fríos e inexpresivos cuando respondió.

-¿Por qué no? -bajó la copa de vino, cerró la puerta y caminó hacia la cama-. ¿Qué cuento es? -le preguntó a la pequeña.

-Caperucita roja.

-Ah... mi favorito -Laura sonrió.

-Puedes sentarte aquí, tía -sugirió la niña, señalando un lado de, la cama.

Laura no quería estar en la misma habitación que Dirk, y mucho menos en la misma cama, pero, instintivamente, no reveló su incomodidad. Para mantener alejado a un tiburón, no hay que ponerle sangre delante.

-¿Es nueva esta colcha? -preguntó al sentarse.

-Sí -Donna suspiró-. Nicholas también tiene una nueva, con coches de carreras, y dice que es más bonita que la mía -su rostro se ensombreció.

-Yo prefiero las flores y las hadas a los coches de carreras -comentó Laura, y Donna sonrió con alivio.

-¿Qué te dije, cariño? -intervino Dirk-. A los niños y a las niñas les gustan cosas diferentes. Eso no significa que una colcha sea mejor que la otra. Nick sólo tiene cuatro años y no puede comprender eso. Debes tener mucha paciencia con él, ya que tú eres mucho más madura.

-¿Lo soy, tío Dirk?

-Claro que sí. Vaya, en poco tiempo serás una preciosa mujercita como tu tía Laura.

-Oh, eso espero -Donna suspiró-. Es muy guapa.

-Sí que lo es -estuvo de acuerdo Dirk con una mirada que podría derretir un trozo de hielo. Laura requirió de todo su control para no ruborizarse cuando Dirk le miró abiertamente los senos. Lo contempló con frialdad, y entonces notó que no llevaba la corbata que le había visto en el teatro. Tres botones de su camisa de seda blanca estaban fuera de los ojales, revelando algunos rizos rubios en el duro pecho.

La imagen mental de la corbata tirada al lado de la cama de la morena la hizo sentirse enferma.

Lo miró con enojo y una vez más él le sonrió con picardía. Si Donna no hubiera estado presente, Laura lo habría abofeteado.

-¿No deberías continuar con el cuento, Dirk?

-preguntó con una sonrisa empalagosa-. Se hace tarde.

«Me niego a seguirlo amando», se dijo una y otra vez. «Definitivamente ya no lo deseo. ¡Lo desprecio!»

«¿A quién crees que engañas?», le preguntó una vocecita interior.

Uno pensaría que leer Caperucita Roja no implicaría problemas, pero Dirk parecía decidido a darle un significado muy adulto a cada frase.

-... y el lobo feroz se relamió la boca y dijo: «Para comerte

mejor, querida...»

Cuando pronunció esto, dirigió una mirada penetrante a la boca de Laura, y ésta se obligó a no sonrojarse; levantó la barbilla y sonrió con desafío. Menos mal que él no podía oír su pulso, ni ver las imágenes que bailaban en su mente.

Dirk siempre había sido un amante imaginativo y desinhibido.

Laura no supo cómo, pero logró escuchar todo el cuento. Cuando Donna pidió que le leyeran Ricitos de Oro, se negó, pensando en lo que Dirk haría con frases como «demasiado dura» o «demasiado suave», sin mencionar la pregunta: «¿Quién ha dormido en mi cama?»

-Creo que es hora de que te duermas -señaló con firmeza-. Tus padres se molestarían si supieran que estás despierta. No quieres meternos en problemas, ¿verdad?

-N-no...

-Bueno, entonces tu tío puede guardar el libro mientras yo te acuesto.

-Está bien -asintió la niña.

Laura miró a Dirk con desafío, pero él sólo se encogió de hombros y se levantó. Siempre había sido un hombre musculoso, pero parecía que últimamente iba más que antes al gimnasio.

Ella levantó la vista para admirar esos hombros anchos, la forma en que su figura se estrechaba en la cintura y las caderas. Hubo una época en que le encantaba deslizar la mano por el cuerpo desnudo de él mientras dormía, explorándolo, aunque Dirk siempre se despertaba y la incitaba a proporcionarle caricias más eróticas.

De pronto él se volvió y vio el deseo en los ojos de ella. Laura miró deprisa hacia Donna, pero era demasiado tarde.

-Te quiero, tía Laura -susurró la niña cuando le dio un beso en la frente.

-Y yo a ti, cariño -respondió ella, con el corazón encogido-. ¿Te gustaría que te visitara más a menudo?

-¡Oh, sí!

-Entonces te prometo que lo haré. Ahora duérmete.

Donna bostezaba cuando los adultos salieron de la habitación. En cuanto cerró la puerta, Laura dejó escapar la ira contenida.

-No me ha gustado el doble sentido que has usado al leer el cuento, Dirk. Me parece de muy mal gusto.

Dirk abrió su chaqueta y metió las manos en los bolsillos. Esto estiró la tela gris, delineando las caderas esbeltas y los fuertes muslos.

-¿Sí? A mí me ha parecido divertido.

-Ya lo creo -respondió ella-. Tampoco me gusta la forma en que me has mirado toda la noche. Sugiero que te quedes más tiempo con tu morena. ;Es obvio que no te has recuperado de tu necesidad de hacer el amor dos veces!

-Antes de separarnos, cariño, era difícil hacerlo contigo siquiera una vez. Sin embargo, hubo una época en que te complacía hacerlo tres veces, o hasta cuatro -añadió con picardía.

-¿Qué buscas, Dirk? -preguntó ella, perturbada por sus palabras-. ¿Qué quieres de mí, Dirk?

-¿De ti, Laura? -la miró con inocencia, sin revelar sus malévolos pensamientos-. Sólo quiero lo que estés dispuesta a darme. Por esta noche me conformaré con tu compañía en la fiesta.

-¿Por esta noche? -Laura se rió con cinismo-. ¡Hablas como si fuéramos a pasar más noches juntos!

-Tomémonoslo con calma, ¿de acuerdo? -propuso él con burla.

-¡Debes de estar loco! -exclamó ella con incredulidad-. Hemos terminado, Dirk. Para siempre. Lo supe esta noche cuando te vi con otra mujer. ¡Mis sentimientos por ti han muerto!

-¿Han muerto, Laura?

Él alzó las manos y rodeó el cuello femenino, extendiendo los pulgares hacia la mandíbula y el sedoso pelo. Laura se tensó. Sabía que debía moverse, pero algo la tenía atada a los hipnotizantes ojos grises.

-No te creo -la provocó-. No te creo en absoluto...

Cuando bajó la cabeza, despacio, Laura lo amenazó:

-Si me besas, te daré una patada.

-Me parece bien -respondió él.

La besó, y Laura le dio una fuerte patada en la espinilla. Dirk sólo gruñó un poco y la sujetó con fuerza por la nuca. La empujó contra la pared, aprisionándola con las piernas y el ancho pecho.

-No me des patadas, Laura -pidió con voz ardiente y sensual-. Mejor bésame. Libera tu furia y frustración en mi boca, no en mis espinillas.

Ella agitó la cabeza cuando los labios de Dirk se posaron en los suyos. Estaba confundida. No podía creer que aún amara y deseara tanto a ese hombre, ni comprendía por qué esa demostración de machismo la excitaba tanto. Las acciones de él deberían molestarla, pero en realidad se deleitaba con las duras manos en su rostro y la forma en que la besaba contra su voluntad.

Dirk nunca la heriría físicamente; lo sabía con seguridad. Durante los últimos meses de su matrimonio, él nunca trató de herirla, a pesar de lo iracundo que estuviera.

Un gemido sensual escapó de su garganta cuando por fin abrió la boca y Dirk la invadió con la lengua. El también gimió y le sujetó con más fuerza la cabeza. El beso siguió y siguió y Laura desechó su actitud de indiferencia. Sus deseos y necesidades contenidas explotaron y le devolvió el beso con hambre salvaje y desesperada.

-¡Hey! ¿Quién está ahí?

Dirk se tomó su tiempo para soltarla. Tenía una expresión de satisfacción antes de responderle a su hermano.

-Soy yo, Morrie.

-Por Dios, Dirk -le espetó a su hermano y se dirigió a ellos-. ¿Qué diablos estás haciendo? Creí que… -se interrumpió cuando vio quién estaba contra la pared, con el rostro sonrojado y la respiración agitada-. ¿Laura? -abrió mucho los ojos y los miró-. vaya, vaya. ¿Vosotros dos por fin…?

-No -negó Dirk y se separó de Laura-. No.

-Pero… -Morrie frunció el ceño.

Laura no podía explicar lo sucedido. El color de sus mejillas era el resultado de su excitación, y también de la vergüenza. Dios, era una estúpida vulnerable, sin dignidad ni orgullo.

Qué tontería permitir que Dirk la dominara con tanta facilidad. Él tenía una mirada de triunfo. ¿Cómo había sido ella tan tonta como para retar su vanidad masculina diciéndole que sus sentimientos estaban muertos, cuando él sabía muy bien que no era así? ¿No se lo había demostrado cada vez que lo miraba? Ahora le había revelado de forma más explícita que seguía siendo suya, cuando él lo decidiera.

Su única defensa era alejarse para siempre de él. No creía que la persiguiera. Esa noche se habían encontrado por casualidad; él decidió que aún le gustaba y se aprovechó del abierto deseo que ella le había demostrado. La única satisfacción de Laura era saber que él no podía estar seguro de que aún lo amaba. Se prometió que nunca se lo dejaría saber. Con suerte, muy pronto dejaría de amarlo.

Se apartó de la pared y le lanzó a Dirk una mirada amarga.

-Espero que le expliques a tu hermano que lo que ha visto no significa nada -le espetó-. Es sorprendente lo que unas copas de vino pueden producir en las mujeres sensatas. Terminan besando a un hombre a quien desprecian. Adiós, Morrie. Hasta ahora había sido una agradable fiesta. Dile a Carmel que la llamaré.

Con la cabeza alta, se alejó. Se esforzó en controlarse mientras conducía hacia su casa, y se negó a llorar. Él no se merecía sus lágrimas. ¡Era un maldito despreciable!

Pero cuando cerró la puerta y miró el apartamento desierto y frío que en otro tiempo había compartido felizmente con él, algo en su interior se derrumbó. Cayó de rodillas en el suelo y rompió a llorar.

Capítulo 3

LAURA se bajó del tren en la Estación Central el lunes por la mañana y caminó deprisa hacia la salida a la calle Eddy. Hacía frío y estaba nublado. El viento soplaba en las calles y no resultaba agradable.

En mañanas como ésa ella deseaba poder viajar en su cómodo automóvil, con calefacción, pero era muy problemático aparcar. Además, era mucho más rápido ir en tren desde su apartamento en Milson Point, y su oficina estaba a sólo cinco minutos de la estación.

Corrió para unirse al grupo de gente que cruzaba la calle. El tren se había retrasado, y faltaban diez minutos para las nueve.

Ella debía estar a las ocho y media en el escritorio, pero esa mañana nada le había salido bien. Se despertó tarde porque no había puesto en hora el despertador, y después descubrió una mancha en su falda negra, por lo que tuvo que ponerse un vestido de punto azul que no necesitaba plancharse.

Sin embargo, había sido un error, pensó mientras caminaba hacia Modas Fenwick. Era un día frío de otoño, y el vestido no abrigaba. Debió ponerse su traje gris, pero no había encontrado el cinturón. Sin duda estaría en el suelo del armario, junto con otras cosas «perdidas». Debería arreglar todo ese desorden.

Suspiró. Nunca había sido ordenada, ya que tuvo una madre que lo hacía todo por ella. Cuando se casó, una señora limpiaba la casa dos veces a la semana. Esa señora se fue el mismo día que Dirk, y ella debía hacerlo todo, pero no era organizada ni dedicada a las labores hogareñas. Prefería los pasatiempos creativos como coser; así lo demostraban los múltiples recortes y modelos que tenía en la mesa del comedor.

Pero, ¿qué importaba que fuera desorganizada? Nadie más que ella podía ver el caos.

Ese pensamiento reavivó sus ganas de llorar y sintió que le ardían los ojos.

No lloraría, decidió con resolución y se tragó el nudo de la garganta. «¿Qué aspecto tendrías si entraras en la oficina con el maquillaje estropeado?», se preguntó. «¿Qué pensarían todas tus colegas?»

-Nunca demuestres tus sentimientos -le había dicho su madre-. Sonríe y el mundo sonreirá contigo. Llora y llorarás sola.

-Bueno, ciertamente estuve llorando sola ayer, mamá -murmuró en voz alta-. Y no me sentí nada bien. Y ahora hablo sola. ¡Estoy volviéndome loca!

Suspiró y entró en el viejo edificio de dos pisos de Modas Fenwick. Esbozó una sonrisa cuando pasó por la recepción. No fue al baño como siempre hacía, sino que se dirigió directamente a la oficina que compartía con Hester, la otra jefa de vendedoras.

Por un momento creyó que su colega no había - llegado, pero cuando cerró la puerta, Hester se levantó de su escritorio. Era una rubia guapa y esbelta de treinta años. Tenía mucha experiencia en su trabajo y Laura siempre la trataba como si fuera su jefa.

-Perdón por llegar tarde -se disculpó-. El despertador no sonó, el tren se retrasó y...

-Por Dios, Laura -la contuvo Hester con una risa-. No tienes por qué disculparte. En todos los meses que llevamos juntas nunca has llegado tarde. Creo que la empresa te perdonará este retraso, ¿no crees? Sobre todo porque últimamente trabajas horas extra y te llevas trabajo a casa sin pedir remuneración.

Laura sonrió y suspiró con alivio.

-Sí, supongo que tienes razón... -se dirigió a su escritorio, dejó caer su bolso y se desplomó en el sillón, consciente del ceño fruncido de su compañera.

-¿Pasa algo, Laura? -preguntó Hester-. Te veo pálida. ¿Estás enferma?

-Mañana estaré bien. Son esos días del mes en que trató de sonreír.

-Pero eso no te afecta. Nunca te tomas días libres, como otras chicas, incluyéndome a mí.

-Quizás estoy un poco deprimida -suspiró, deseando no hablar más.

Hester tenía razón: Laura nunca sufría por su período menstrual. Pero tenía que sucederle justo después del desastroso encuentro con su marido.

Era desolador pensar que nunca tendría lo que una vez deseó tanto; un hijo de él.

Bueno, ya no era tan importante como antes. Se conformaría con tener a Dirk, con hijos o sin ellos. Pero los incidentes del sábado le demostraron que el Dirk con quien ella se había casado ya no existía.

Si él nunca hubiera existido...

Una angustia profunda abrumó su corazón. Era tan difícil aceptar la verdad, creer que su príncipe azul sólo fue producto de su

inocente imaginación, o que Dirk era un actor consumado que representó a la perfección el papel de esposo atento y cariñoso con tal de tener lo que quería: ella, en su cama todas las noches.

-¿Sabes, Laura? -murmuró Hester-. Si alguna vez quieres hablar, cuenta conmigo. Yo no soy chismosa.

La expresión sombría de Laura cambió a una de asombro. No sabía cómo responder al ofrecimiento. A pesar del tiempo que pasaban juntas, nunca compartían secretos personales.

-Bueno... gracias, Hester. Lo... Lo tendré en cuenta.

La sonrisa de su colega fue algo triste, como si le tuviera lástima.

Sintiéndose incómoda, Laura casi agradeció la entrada de Claudia, con la correspondencia, aunque ésta no hubiera llamado antes a la puerta, algo que Hester y Laura odiaban.

-¿Cómo estamos esta mañana? -preguntó Claudia, estudiando a Laura con ojos de halcón-. Vaya, vaya... -se le acercó-. ¿Has tenido un fin de semana ajetreado? Tú no acostumbras a hacer eso, Laura. No me digas que por fin has encontrado alguien para reemplazar a tu mujeriego marido -su risa era burlona-. Bueno, sería mejor para ti. Mis fuentes dicen que él ya está saliendo con otra chica despampanante. Es una actriz con el inapropiado nombre de Virginia.

-Oh, por Dios, Claudia -le espetó Hester con enfado-. Sólo deja la correspondencia y vete, ¿quieres? Pensé que tendrías mejores cosas que hacer que chismorrear sobre Dirk, sobre todo porque los pedidos de verano deben completarse al final de esta semana.

-¡Vaya, qué mal genio! -replicó Claudia-. A algunas personas les parece natural hablar de sus fines de semana con su compañeros de trabajo. Otras son unas pedantes incorregibles que nunca tienen una palabra amable ni hablan con nadie -y con una mirada mordaz, salió del despacho dando un portazo. Laura se quedó. inmóvil, con la boca abierta.

-No le hagas caso -le aconsejó Hester.

Laura sacudió la cabeza.

-No sé por qué me odia tanto. Sé que le molestó que me ascendieran de puesto a principios de año, pero parece que hay algo más.

-Bueno, no sé...

Laura intuyó que Hester sabía más pero que no quería herirla.

-Dime la verdad, Hester -pidió con firmeza-. ¿Las otras chicas también creen que soy una pedante?

-Mira, yo...

-La verdad, Hester -rogó Laura-. Por favor... -Quizá un poco.

Tú... nunca vas a la cafetería ni hablas con ninguna de las mujeres, así que su curiosidad femenina acerca de tu ruptura matrimonial no está satisfecha.

-Oh, Dios -gimió Laura-. No esperarán que les cuente a todas los detalles de mi vida privada, ¿no? ¡A ti no te exigen eso!

-Yo no estoy casada con Dirk Thornton. Laura frunció el ceño.

-Debes saber, Laura, que tu esposo se convirtió en una celebridad después de que lograra que no condenaran a aquella pobre mujer que mató a su marido. Ese juicio por asesinato y su aspecto de actor lo convirtieron en una especie de ideal romántico para muchas mujeres en Australia, y tú estabas casada con él. ¿Entiendes de qué hablo? Todas quieren saber cosas de él -añadió Hester-. La mayoría de las chicas sintieron lástima por ti cuando él te dejó y querían expresarte su pesar, pero tú nunca lo permitiste. Incluso cuando tu madre murió, alejabas a al gente con esa actitud de autosuficiencia.

-Comprendo -murmuró Laura, sintiéndose alterada por la misma razón que cuando había visto a Donna el sábado. Estaba ciega a los sentimientos de las demás personas. Totalmente ciega.

-Oye, no pongas esa cara -la animó Hester-.

No es culpa tuya. Eres una mujer reservada, y Claudia es una arpía.

-Nunca... he tenido facilidad para hacer amigos -trató de explicar Laura-. Ni siquiera en el colegio. Tenía problemas por mi dislexia y todas mis compañeras se burlaban de mí. Me hacían sentirme estúpida y diferente, así que pasé la mayor parte de mi adolescencia sin amigos, y sin saber ser amiga. Y ahora, aunque tengo más seguridad en mí misma, parece que nunca podré liberarme del hábito de cerrarme ante otras mujeres.

-Ya te he dicho, Laura, que no seas dura contigo misma -Hester sonrió con ironía-. ¿Has pensado que una mujer con tu aspecto no suele tener muchas amigas?

-¿Mi aspecto? -repitió Laura con asombro-. Pero si no soy tan atractiva. ¡Tú eres mil veces más guapa que yo?

-En una comparación fría y detallada, quizás lo soy, pero tú tienes algo, Laura, que los hombres encuentran muy atractivo, y no sólo es físico. Quizás en ese aire de inaccesibilidad -Laura esbozó una sonrisa-. Oh, sí, puedes reírte, pero deberías ver las caras de frustración que ponen cuando ni siquiera los miras, como si estuvieran muriéndose por hacerte alguna proposición y no supieran cómo. Algunas veces me pregunto si te dan tan buenos contratos sólo porque esperan anotarse un punto contigo.

Laura sólo sacudió la cabeza, confundida. En ese momento un joven desconocido asomó la cabeza por la puerta de la oficina.

-¿Señora Thornton? -preguntó, mirándolas a las dos.

-Soy yo -respondió Laura con curiosidad.

-Flores para usted -anunció el muchacho y entró con el adorno floral más exquisito que Laura había visto nunca. Lo colocó en su escritorio y ella abrió mucho los ojos ante la multitud de rosas rojas, claveles y flores amarillas y azules.

-Es un gran admirador, señora -comentó el chico con picardía.

-¿Ah, sí? -preguntó Laura sin aliento.

-Sí, señora -y con una sonrisa, el joven se retiró.

Laura miró las flores con la mente hecha un caos. ¿Quién las enviaba? ¿Uno de los admiradores secretos a los que Hester se había referido?

La respuesta se filtró en su mente como una serpiente venenosa, haciéndola temblar. Dirk...

-¿No vas a mirar la tarjeta? -preguntó su compañera, admirando las flores-. Oh, son preciosas. ¡Laura, si no me dices en este instante quién te las ha mandado, estaré de acuerdo con Claudia y te pondré el primer apodo que se me ocurra!

-Son de Dirk -informó, con otro temblor. ¿Por qué le hacía eso?

-¿Cómo puedes estar tan segura sin mirar la tarjeta? -inquirió Hester.

-No lo sé, pero puedes leerla si quieres.

-¿De veras? -preguntó la rubia con asombro y deleite-. Bueno, dice: «Mis más humildes disculpas. No estuve a la altura de la situación». Vaya, ¿q hizo? Y también dice... Oh, Dios...

Laura abrió mucho los ojos.

-¿Qué? ¿Qué dice?

-Dice: «Si estoy perdonado, cena conmigo este viernes en Kable's a las ocho en punto».

-¡Vaya! -exclamó Laura con ira-. ¿Así sin más? ¡Y seguro que cree que voy a ir!

-Después de la fortuna que se ha gastado en estas flores. supongo que sí -concluyó la otra mujer.

-¡Qué descaro! -Laura se sentó, apretando los dientes y mirando con furia las flores-. Tú nunca te has casado, ¿verdad, Hester?

-No, pero tengo conocimientos del sexo masculino. Vivo con un espécimen de ese género por el momento -terminó con una sonrisita irónica.

-¿Sí? -durante un segundo, Laura pensó en Hester viviendo con un hombre que no fuera perfecto. Bueno, ella no podía hablar

después de lo que Dirk le había hecho, ¡de lo que trataba de hacerle! Sin embargo, necesitaba oír una opinión objetiva de labios de otra persona.

-Si te digo lo que pasó el sábado, ¿me darías tu consejo sincero y objetivo?

-Me encantaría -respondió Hester con curiosidad y se sentó en el escritorio de Laura-. Adelante.

Cinco minutos después, Hester hacía un gesto de meditación, sin atreverse a hablar.

-Bueno -la presionó Laura-. No te contengas. Dime qué crees que quiere Dirk.

-¿Quieres saber la verdad?

-Claro que sí.

-Primero dime por qué crees que Dirk te abandonó. ¿Fue por otra mujer o algo así?

Laura abrió la boca y la volvió a cerrar. Aunque deseaba hablar de sus problemas, prefería ser discreta. Dio una respuesta verdadera, pero no reveladora.

-El problema fue que Dirk no quería tener hijos y yo si. Sin embargo, por lo que él comentó entonces, aunque el tema de los hijos no hubiese salido a relucir, se habría cansado de mí y se hubiera marchado de todas formas.

-Mmm... Sí, hay algunos hombres que no pueden ser monógamos. Simplemente no son así. Por lo tanto, si es ése el caso, la respuesta a tu pregunta es obvia. Laura, odio decirte esto porque veo que aún lo amas, pero él sólo quiere acostarse contigo.

Laura sintió una profunda tristeza. Era una tontería, ya que ella misma había llegado a esa conclusión. ¿Cuánto tiempo necesitaba su estúpido corazón para borrar la falsa imagen de Dirk?

-Me temo que estoy de acuerdo contigo -comentó con voz tensa.

-¿Qué vas a hacer entonces? No irás a cenar con él, ¿verdad? Es obvio que Dirk piensa que tú serás el postre.

Laura se levantó y tomó las flores. Decidió que las enviaría al hospital infantil de Camperdown. No soportaba verlas, pero tampoco las tiraría a la basura.

Sus ojos eran fríos y sombríos cuando miró a su colega.

-No lo creo, Hester. No me quedaré hasta el postre, pero sí voy a ir para hacer lo que debí hacer muchos meses: ¡decirle a mi maldito marido que quiero el divorcio!

Capítulo 4

¿SEÑORA Thornton?

-¿Sí? -contestó Laura con tono irritado. Era difícil no sentirse molesta. Había llegado al Hotel Regent en un taxi, a las ocho y cuarto, vestida con un traje sastre negro, lista para enfrentarse a Dirk. Incluso se había recogido el pelo en un moño en la nuca y se había maquillado muy poco para parecer profesional y fría.

¿Y qué había pasado? Cuando entró al Kable's Dirk no la estaba esperando como ella supuso. Sólo había un mensaje diciéndole que se iba a retrasar, que llegaría lo antes posible y que pidiera un cóctel o dos.

Tres daiquiris más tarde, el camarero la miraba con ansiedad.

-El señor Thornton se disculpa una vez más, señora, pero ha sufrido un contratiempo y sugiere que cene mientras lo espera.

-¿Ah, sí? -preguntó ella con voz tensa por la agitación.

-Sí, señora -el camarero parecía desconsolado y Laura pensó que era un buen actor. Bueno, después de todo, casi todos los camareros de Sydney eran actores desempleados. A menudo eran jóvenes muy atractivos también. El que la atendía no se quedaba atrás.

De pronto ella le sonrió y él no pudo evitar responderles. Sus dientes perfectos y blancos eran señal de buenos genes y un excelente dentista.

-Muy bien, Jonathan. Ése es tu nombre, ¿no? -había oído que el jefe de camareros lo llamaba así.

-Sí, señora -respondió el joven, tratando de recuperar su seriedad, pero su sonrisa era obvia.

-Creo que no comeré la entrada, sólo el plato principal. ¿Qué me sugieres? -tomó el menú que llevaba una hora en la mesa.

En menos de quince minutos Laura saboreaba un suculento filete acompañado por una deliciosa ensalada y pan recién hecho. Pidió una botella de exquisito Chardonnay.

Bueno, ella no lo pagaría, pensó con malicioso regocijo.

Devoraba el último bocado cuando le dio un vuelco el corazón. Dirk se dirigía hacia ella, muy seguro y atractivo con su traje azul marino de finas rayas. Las lámparas hacían que su pelo rubio pareciera plateado, añadiéndole un toque de madurez. Aparentaba lo que era, un hombre magnífico.

Laura trató de no sentirse molesta cuando todas las mujeres se volvieron a mirarlo. Tenía que reconocer que él sólo la miraba a

ella. Dirk sonrió a manera de disculpa cuando se sentó frente a ella y tomó su servilleta de lino blanco.

-Lo lamento, Laura. Tuve que quedarme a tranquilizar a un testigo muy importante que ha tenido una tarde difícil en el tribunal. Pero sabía que tú lo comprenderías.

-¿Ah, sí, Dirk? -preguntó ella con frialdad-. Era una testigo, sin duda.

-Así es -él sonrió, sin molestarse en disimular su diversión, así que ella no ocultó su sarcasmo.

-Entonces lo comprendo. Estoy segura de que las mujeres en el papel de testigos necesitan de mucha tranquilidad. Lo único que no comprendo -le espetó con dureza-, es por qué sabías que yo vendría esta noche y que te esperaría más de una hora.

Los ojos grises de él continuaban divertidos mientras observaba el rostro molesto de ella:

-Pero me has esperado, ¿no?

-Hubiera esperado veinticuatro horas para decirte lo que tengo que decir -replicó ella con mordacidad.

Los músculos del cuello de Dirk se tensaron como reacción a la hostilidad de ella, pero su mirada era serena. Laura sabía que nunca podría adivinar lo que él pensaba en realidad, o cómo lo afectaría la noticia que iba a darle.

-Eso suena preocupante -comentó él en tono ligero-. ¿Puedo pedir una copa antes de que pronuncies la sentencia?

Ella se encogió de hombros con indiferencia y él pidió un whisky con hielo.

-Espero que no conduzcas esta noche -comentó Laura con mordacidad-. Ha estado lloviendo y los caminos son resbaladizos. Si bebes como solías hacerlo los vienes por la noche, sufrirás un accidente.

-¿Y te importaría?

La idea de Dirk envuelto en vendajes y escayola la impactó, lo cual era sorprendente.

-Sí -aceptó de mala gana-. Me importaría. -En ese caso -dijo él con placer-, compartiré tu taxi.

-¡No lo harás!

-¿No? ¿Por qué no?

-¡Sabes muy bien por qué! ¿Crees que no sé dónde quieres que termine esta reunión? Primero tus miradas pícaras el sábado pasado, sin mencionar ese maldito beso. Después las flores y ahora la cena. Dirk esbozó una sonrisa casi inocente.

-Bueno, entonces tú sabes más que yo. ¿Adónde se supone que

vamos a ir después de esta cena? -¡A la cama, claro!

-¡Ah, sí! ¡Dios, olvidé cambiar las sábanas! Bueno, tendremos que ir a tu apartamento, cariño. ¿Puedo quedarme a dormir? ¿Tienes mi marca favorita de café?

-Muy gracioso, Dirk -estudió el rostro atractivo y burlón-. La noche del sábado aclaré que no quiero tener nada que ver contigo.

-¿Y por eso estás aquí esta noche? -la provocó con suavidad.

-Estoy aquí únicamente por una razón: mirarte a la cara y decirte que quiero el divorcio. Tan pronto como sea posible.

Él no parpadeó, aunque si tardó en responder.

-Qué molestia -dijo-. Todo ese papeleo. ¿Estás segura de que no prefieres Vivir con él en una unión libre?

-No hay nadie. Dirk. créeme -Laura suspiró-. No quiero divorciarme de ti para volverme a casar.

¡La verdad es que no quiero seguir siendo la señora Thornton! Es humillante, con la multitud de mujeres que paseas por todo Sidney.

-Y yo que pensaba que era discreto -él se rió-. Bueno, creo que es justo. Me encargaré de eso el lunes por la mañana. ¿Confías en que lo haga yo, o quieres contratar a tu abogado?

Laura parpadeó. ¿Así de fácil? «Bueno, aquí tienes el divorcio, querida. Adiós».

Le tembló un poco la mano cuando tomó su copa y la vació de un trago. ¿Por qué estaba tan molesta? ¿Deseaba que él se opusiera, que le dijera que no le daría el divorcio?

-No confío en ti, Dirk. Mi abogado se pondrá en contacto contigo.

Dirk puso cara de tristeza fingida.

-Oh, Laura... estoy destrozado...

-Pues no lo pareces -replicó ella, mirando los hombros anchos y firmes. ¿Por qué los hombres como Dirk siempre parecían impecables y controlados?

-¿Te gusta mi traje? -él sonrió-. Es nuevo, australiano, así que no puedes acusarme de no ser nacionalista. Supongo que eso que llevas es de Modas Fenwick, ¿verdad?

-Sí -contestó ella.

-Es un poco severo, ¿no? -Dirk arrugó la nariz-. Me gusta que mis mujeres se pongan cosas más suaves.

-Sí. Lo sé.

Él la miró durante un segundo y después le ofreció una sonrisa encantadora que derretiría a cualquier mujer. Laura no era la excepción; sin embargo, sonrió con frialdad y desprecio.

-No deberías desafiarme, Laura -le advirtió él con tono

indolente.

El camarero apareció de pronto ante su mesa, y ella se controló. Era muy injusto que un hombre pudiera ser tan sensual. Una descarga de Dirk y todos los circuitos de Laura corrían el riesgo de descontrolarse.

-Su bebida, señor -anunció el camarero, la depositó en la mesa y fue a servirle más vino a Laura.

-Gracias, Jonathan -dijo Laura de forma automática.

-Es un placer, señora -la calidez de la voz del camarero la hizo levantar la vista e intercambiaron una sonrisa rápida.

-Jonathan? -preguntó Dirk, levantando una ceja cuando el empleado desapareció-. Ya no eres tan tímida como antes, querida. A menos que conozcas al tal Jonathan desde hace tiempo.

Laura lo miró con frialdad al notar el tono sarcástico de su voz. Era como si no le gustara lo que acababa de pasar. Dadas las circunstancias, sus celos resultaban ridículos.

-No responderé a ese sucio comentario. En cuanto a mi timidez... sí, poco a poco voy recuperándome. Aún me faltan ciertas habilidades sociales, pero creo que he madurado este último año. El dolor y la pena levantan o hunden a la gente. Me gusta pensar que a mí me han levantado.

Durante varios segundos sus ojos se encontraron. Los de él eran fríos y acerados; los de ella, vibrantes y furiosos. Dirk rompió por fin el duelo de voluntades con una sonrisa irónica.

-Estoy seguro de que sí. De modo que... ¿aún no has encontrado al hombre de tus sueños? ¿El que llegará a tu vida y te dará todo lo que quieras?

Dios, sí que era cruel.

-¿Existe, Dirk? Lo dudo. Una vez tú fuiste el hombre de mis sueños, y mira lo que pasó. Te convertiste en el mismísimo diablo.

Laura contuvo el aliento cuando vio la oleada de emoción que cruzó por los ojos de Dirk, los cuales brillaron unos segundos, aunque Laura no podía decir qué emoción era. ¿Ira? ¿Frustración? Seguramente no era tristeza, ¿o sí?

Lo que fuera desapareció de inmediato, y Dirk adquirió una expresión casi satánica.

-El diablo, ¿eh? Vaya. Supongo que nada de lo que yo sugiriera podría impresionarte.

-Ninguna de tus sugerencias me impresionaría ni me interesaría -declaró Laura con nerviosismo.

-No fue ésa la impresión que me diste la otra noche, cuando me besaste con tanto... entusiasmo.

-Ya te lo expliqué -replicó Laura, sintiendo las mejillas calientes-. Bebí mucho. Ese beso no significó nada.

Dirk se inclinó y llenó la copa de ella hasta el borde.

-Bebe, entonces. Así podrás convencerte de que no significa nada para ti si terminamos en la cama juntos esta noche.

El sonido que surgió de la garganta de Laura fue extraño, una mezcla de ira y asombro. Odiaba las escenas en público, así que tenía que contener su frustración. Se conformó con mirarlo con los ojos relampagueantes de furia.

-Antes de que me mates con la mirada, Laura -comentó Dirk con frialdad-, escúchame. Quizá consideres que lo que voy a sugerirte es sensato y deseable para los dos.

Laura inspiró y dejó escapar lentamente el aire.

-El hecho de que sigas sentada quiere decir que escucharás mi proposición, ¿me equivoco? -preguntó Dirk.

-¡Más bien estoy tan pasmada que no puedo moverme!

-¡Vaya, este último año te ha dado muchas agallas! Bueno, siempre has tenido tu genio. Pero la frustración sexual te sienta bien, cariño. Estás muy guapa con ese rubor en la cara y esos ojos furiosos. Ahora comprendo que las cosas pueden ser mejor la segunda vez.

-¡No me llames «cariño», y no habrá una segunda vez!

Iba a levantarse, pero él la sujetó de la muñeca y la obligó a sentarse.

-Has olvidado negar que estás frustrada sexualmente -le recordó él.

Ella lo miró con ira y apretó los dientes. Su mente giraba y su corazón latía aceleradamente. No debió ir a cenar con él. Había subestimado el poder físico de Dirk sobre ella. Bajo sus protestas y su aparente indignación, deseaba oír la proposición de él. Por eso trató de huir al sentir la impactante anticipación que le quemaba la sangre y la hacía olvidar que ese hombre la había herido demasiado.

-Bien -él la soltó y dio un trago de vino-. Como estás tan desesperada por irte, ¿qué te parece si pido la cuenta y vamos a pasear para que te explique lo que tengo en mente?

El pánico de Laura brotó en forma de una risa brusca. Un agradable paseo por las calles oscuras sería muy peligroso para ella.

-No, gracias. Está lloviendo, ¿recuerdas? Di lo que tengas que decir, y pronto. Es tarde y estoy cansada.

-Te has convertido en una mujer muy dura, Laura -la reprendió él en voz baja.

-Y tú en un cerdo inmoral -replicó ella en el mismo tono.

-Eso depende de tu definición de inmoral y mediante qué moral formas tu juicio.

Laura sacudió la cabeza, incapaz de creer lo que oía.

-Creía que compartíamos los mismos conceptos, Dirk -comentó con voz trémula-. Pero me equivoqué. Tú no tienes un verdadero concepto del bien y del mal, ¿o sí?

Sin duda esa observación lo hirió, ya que él apretó los labios. Sin embargo, se recuperó y sonrió con ironía..

-Ése es uno de tus problemas, Laura. Tu madre te enseñó a pensar en blanco y negro, amor y odio, pero hay muchos tonos de gris entre esos extremos. Quizás algún día te des cuenta de ello, En cuanto a mí, te aseguro que, como abogado penalista, tengo un conocimiento exacto del bien y del mal.

-Sólo en el sentido jurídico -le espetó ella, disgustada por la crítica a su madre, quien quizá no fue perfecta, pero hizo lo que creyó que era mejor para educar bien a su hija-. En mi opinión, y la de mucha gente, no hay excusas para tu conducta inmoral.

Dirk se rió y Laura estudió con furia las líneas clásicas de su rostro, los hermosos ojos grises tan claros, brillantes y astutos, la mandíbula cuadrada y la boca amplia y bien delineada que hablaba por muchos desvalidos, pero que ahora sonreía con cinismo.

De pronto ella se sintió abrumada por sus sentimientos de ambivalencia. Amor y deseo, frustración y desmayo. Anhelaba tener al antiguo Dirk, no a ese extraño desalmado.

Sin embargo, en ese momento ese extraño desalmado la afectaba enormemente, lo deseaba. La tentación de besar esa boca risueña era demasiado fuerte.

-Di lo que tengas que decir, por Dios -lo urgió, conmovida por la profundidad de sus deseos.

Dirk asumió una arrogancia cruel y fría que la enervó.

-Mi proposición es sencilla, Laura -declaró con fuerza-. Quiero que seas mi concubina. Ella se quedó sin aliento.

-Sé que es un término anticuado -continuó él, como si hablaran de cualquier cosa mundana-, pero describe muy bien el tipo de relación que quiero tener contigo. Claro, yo pagaré todas sus cuentas y te haré muchos regalos caros. A cambio de eso, obtendré acceso ilimitado y exclusivo a tu cuerpo.

Sus ojos se oscurecieron al recorrer el cuerpo femenino.

-¿Y bien? -insistió con una sonrisa-. ¿Qué te parece?

Laura sintió que la histeria la ahogaba. «Debería estar asqueada, ¡pasmada! ¿Y qué es lo que siento?

Excitación... deseo...»

«Acceso ilimitado y exclusivo a tu cuerpo.» «Oh, Dios mío...»

-No pongas esa cara, Laura -dijo él-. Si lo piensas, no es una idea tan descabellada e implica beneficios para los dos. Yo obtengo lo que siempre he querido de ti, sin ningún compromiso emocional, y tú a cambio recibes satisfacción a tus necesidades sexuales, y al mismo tiempo aseguras tu situación económica -suspiró cuando ella siguió muda-. Ya veo que debo convencerte. Primero: aún nos gustamos mucho. Es un hecho que no puedes negar dada tu respuesta a mí la otra noche. ¡O es eso, o estás tan frustrada que necesitas a un hombre de inmediato! Como has confesado que no has encontrado a nadie más con quien acostarte, estoy seguro de que yo podré ocupar dignamente el puesto.

Se inclinó y la estudió con una sensualidad que le aceleró el pulso. Laura exhaló el aire contenido y se apoyó en el respaldo de la silla, forzándose a parecer controlada. Sin embargo, sus manos apretaban con fuerza la servilleta en su regazo.

-Por mi parte -continuó Dirk con calma-, admito que nunca he encontrado a una mujer que me complazca tanto como tú. ¿Por qué no darnos satisfacción mutua y convertirnos en amantes? ¿Qué nos lo impide? No heriremos a nadie. Deja a un lado las ideas conservadoras y los prejuicios y enfréntate a la realidad, cariño. ¿Quieres pasar las noches sola mientras esperas a que tu príncipe azul aparezca? ¿Y si él nunca llega?

Ladeó la cabeza y le ofreció una de sus encantadoras sonrisas.

-Eres una mujer hermosa, Laura, con un cuerpo fantástico. Es una lástima desperdiciarlo, ¿no crees?

Laura no pronunció ni una palabra. Dejó la servilleta en la mesa, se levantó, tomó su bolso y se marchó deprisa. Los taxis esperaban afuera, y ella subió a uno sin perder tiempo.

Dirk Thornton se quedó en la mesa, jugando con la copa, con los ojos entrecerrados y expresión meditabunda. Cuando Jonathan, el camarero, se acercó y preguntó si quería otra copa, él le pidió la cuenta. Dos minutos después, se alejó de la mesa, con una expresión preocupada, pero decidida en el rostro, e indiferente a las miradas lujuriosas que las mujeres le lanzaban.

Capítulo 5

T IA Laura, tía Laura! -gritó Donna con alegría. Saltaba en el umbral, en pijama, esperando que Laura subiera por los escalones que conducían a la casa.

-¡Uf! -exhaló Laura-. ¡Qué subida! Menos mal que llevo un atuendo deportivo. Con razón tu madre está tan guapa y delgada, si sube esa escalera todos los días.

Carmel apareció en la puerta, poniéndose deprisa unos pendientes.

-Mira quién fue a hablar. Si te pones de perfil, ya no se te ve, Laura. ¿Comes bien?

-¡Oye! -Laura se rió-. He venido aquí como niñera, no a que me regañes. Claro que como bien. ¿De dónde crees que he sacado la fuerza para escalar ese monte Everest de ahí atrás?

-Sí -suspiró Carmel-. Es una lata vivir en una colina, pero la vista es maravillosa, ¿no Crees?

Laura se volvió para contemplar el panorama de Manly Beach, con sus magníficos pinos que delineaban la costa y las olas que se rompían en la arena blanca.

-Sin duda -estuvo de acuerdo-. Y ahora, princesita -se dirigió a Donna-, espero que tengas muchos juegos para esta noche. No hay nada bueno en la televisión.

-¡Iré por ellos ahora mismo! -anunció la niña con ojos brillantes y se alejó.

-Qué bien que hayas podido venir, Laura -dijo Carmel-. No podía creerlo cuando Kirsty telefoneó para decir que no vendría porque está enferma. Sabía que no podría encontrar a nadie en sábado, y de pronto tú llamas y dices que vas a venir. Espero que no te moleste cuidar a los niños.

-¡No seas tonta! Me encantó la idea de ayudar y ver a los niños al mismo tiempo.

-Te recompensaré el próximo fin de semana. Haré una parrillada especialmente para ti. Es decir, si no tienes planes.

-No, ninguno. Me encantaría.

-Tú... no ibas a salir esta noche, ¿no? No habrás pospuesto una cita por nosotros, ¿verdad?

Laura detectó algo de sospecha en la voz de Carmel y comprendió.

-Ah... Morrie te contó que me encontró besándome con Dirk el

sábado, ¿verdad?

Enseguida se dio cuenta de que la otra mujer no lo sabía, pero ya era demasiado tarde para cambiar las cosas. Carmel la miraba con una mezcla de sorpresa y curiosidad.

-No fue nada -replicó Laura-. Fue una locura de un momento. Por favor, olvídalo. Entremos.

Carmel la siguió con ansiedad.

-Pero no puedo olvidarlo. Es decir... ¿tú lo besaste? Después de que él... bueno...

Laura caminó por el pasillo hasta la amplia cocina de Carmel, donde se sentó en uno de los taburetes.

-Bueno, aun así sería magnífico que Dirk y tú volvierais a uniros. ¡Como en los viejos tiempos! Es decir... sé que se ha portado muy mal últimamente, pero tú y él parecíais hechos el uno para el otro, Laura. Todo el mundo lo dice. Por eso nos sorprendimos tanto cuando os separasteis.

Laura miró con una aparente calma a su excitada amiga. Hacía menos de veinticuatro horas que había dejado solo a Dirk en el Kable's y aún sentía un caos emocional y físico.

-No hay posibilidad de que volvamos a unirnos, Carmel -declaró con firmeza-. Anoche vi a Dirk y...

-¿Lo viste? ¿Dónde?

-En un restaurante de la ciudad -Laura siempre recordaría ese lugar como el escenario de uno de los momentos más humillantes de su vida. No sólo porque Dirk le había hecho una proposición indecorosa, sino porque ella había estado tentada a aceptarla.

Sólo fue por un momento, ya que su fuerza de voluntad fue más grande que sus deseos. Su relación con Dirk empezó con una gran pasión, y aunque la intensidad disminuyó un poco con los años, quizás debido a la obsesión de ella por quedarse embarazada, su separación incrementó doblemente su deseo. Estar tan cerca de él la noche anterior había sido un tormento. No sabía cómo había reunido fuerzas para alejarse cuando cada parte de su cuerpo le gritaba que aceptara todo con tal de estar en sus brazos otra vez.

Laura notó que Carmel la observaba, esperando más información, y se forzó a hablar.

-Le pedí el divorcio -declaró con frialdad-, y él se alegró. Nuestro matrimonio ha terminado y, ¿sabes qué? Me siento aliviada. Por fin me he dado cuenta de que ya no lo amo.

«Bravo», la aguijoneó una vocecita burlona. ¿Qué importaba una mentirijilla? Además, era muy astuto por su parte no mencionar la proposición que Dirk le había hecho, de otra forma tendría que

confesar que la había excitado tanto, que apenas tuvo tiempo de huir para no caer a sus pies.

-Oh, qué lástima -murmuró Carmel con tristeza.

Lástima...

¡Sí que era la palabra precisa!

Laura se sentía aliviada porque tuvo la fuerza necesaria para rechazar la oferta de Dirk. ¿Cómo se sentiría ese día si hubiera permitido que él la llevara a la cama?

«Ciertamente no tan tensa como en estos momentos», la provocó una vocecita malvada.

-Por Dios, era inevitable -dijo más que nada para sí misma-. Perdona -se disculpó-. Supongo que aún estoy un poco alterada por lo de Dirk. No hablemos más de él. Bueno... háblame de esa reunión a la que vais a asistir. Me comentaste que sería en la casa de un gran productor de cine, quien irá a ver South Pacific después. Hoy es la última función, ¿no?

-¡Sí, sí! -exclamó Carmel y en ese momento entro su marido. Durante un segundo, Laura sintió celos. Carmel y Morrie hacían muy buena pareja y lo compartían todo. Una vez, Laura se sintió muy segura cuando vio las dotes de Morrie como esposo y padre. Creyó que los dos hermanos serían iguales. Qué equivocada había estado.

Su cuñado entró en la cocina vestido con un elegante traje. Era un poco más bajo que Dirk, pero igual de atractivo y astuto.

-¡Eres un ángel de la guarda, Laura! -la halagó y le dio un beso en la mejilla antes de volverse a su esposa-. ¿Lista, querida? Dios, estás preciosa. ¿Vestido nuevo?

Carmel se sonrojó de placer. Era una mujer muy guapa, y el vestido rojo le quedaba muy bien. Laura pensó que a los dos hermanos les gustaba el mismo tipo de vestidos. Ajustados, reveladores y fáciles de quitar.

Morrie abrazó a su esposa y la besó largamente, dejándola abochornada.

-Válgame Dios, Morrie -exclamó ella, empujándolo con una leve risa-. ¿Qué pensará Laura?

-Que esta noche me moriré de ganas por volver a casa temprano -respondió él con picardía.

Laura no quería presenciar eso porque le recordaba demasiado a Dirk y lo que él quería de ella. Dios, si tan sólo fuera del tipo de mujer capaz de aceptar una proposición como esa. Si pudiera olvidar el respeto por sí misma y la decencia, el amor y el compromiso. ¡Si al menos no lo amara! ¡Maldito hombre!

Después de que Carmel y Morrie se marcharan, Laura se dedicó a jugar con Donna. Por primera vez, Nicholas se portó como un ángel, aunque ella lo mantuvo entretenido viendo dibujos animados en la televisión hasta que fue la hora de acostarse. Por desgracia, fue entonces cuando el niño se puso difícil. Se revolvió y protestó e, incluso cuando Laura lo acomodaba en la cama, seguía quejándose.

-Si no te portas bien -le advirtió Laura-, llamaré al tío Dirk y le diré que venga. Estará furioso.

Bloqueó la sensación de culpa de inmediato. Nicholas no podía saber que su tía no llamaría a Dirk por nada del mundo.

El pequeño se tensó un poco. Dirk lo había rescatado una vez de un tejado, después de una subida peligrosa y luego le echó tal reprimenda, que habría asustado hasta a un juez.

-Me portaré bien -prometió el niño con una vocecita.

-Me alegro -respondió Laura. Lo besó en la frente y fue hacia la puerta-. ¿Quieres que te deje la luz encendida?

-¡Claro que no! -exclamó el niño-. No soy un gatito asustadizo como la tonta de mi hermana. Soy un niño grande y valiente. ¡No creo en el coco ni en los monstruos!

Laura frunció el ceño con exasperación cuando apagó la luz. Sin embargo, al darse la vuelta y ver a Donna a su lado con los ojos llenos de lágrimas, deseó entrar y golpear a Nicholas.

-No... no puedo evitar tener miedo, tía Laura. A veces sueño con monstruos y... y si está oscuro cuando me despierto, yo... yo imagino que los monstruos están escondidos en mi habitación.

Laura resistió la tentación de levantar a la niña y abrazarla. A veces una actitud de ese tipo resulta perjudicial, pues fomenta la autocompasión. Tomó a la pequeña de la mano y la condujo despacio por el pasillo.

-¿De veras sueñas con monstruos? -preguntó con tono interesado-. Yo también sueño, pero nunca con cosas interesantes. Mis sueños son muy aburridos. Quizá debería ver más esos dibujos animados que veis Nicholas y tú, tal vez así tenga sueños interesantes de monstruos.

Le sonrió a Donna, quien estaba sorprendida por su aparente envidia.

-¿No crees que eres una niña afortunada porque puedes tener sueños tan emocionantes? -preguntó Laura-. Claro, los sueños sólo son como los dibujos animados de televisión. No pueden hacerte daño. No existen. Alguien los diseña y los dibuja con un ordenador. Cuando apagas la televisión... ¡puf!, los monstruos desaparecen. Despertar hace lo mismo con los sueños.

Un vez más le sonrió a la niña, cuya mente parecía asimilar los nuevos y sorprendentes conceptos que aliviaban sus temores y aumentaban su seguridad.

Laura se sentía muy complacida consigo misma cuando Donna se fue a la cama con la luz apagada. Sin embargo, diez minutos después se asustó cuando la niña bajó corriendo y gritando al salón.

-¡Tía Laura, tía Laura! Nicholas está atascado y no puede soltarse. Es por mi culpa y... y...

Laura trató de no atemorizarse y la abrazó con fuerza.

-Cálmate y dime dónde está atascado Nick.

-¡En la escalera! -gritó la pequeña-. Ven, te lo enseñaré.

Tiró de Laura por el pasillo. -¡Allí arriba! -señaló.

Laura levantó la vista y vio un montón de rizos dorados que salían de entre los barrotes de la escalera. Una carita asustada y llena de lágrimas se volvió hacia ella.

-¡Sácame de aquí! -suplicó Nicholas.

-Oh, Dios -gimió Laura-. Vamos, Donna, veamos qué podemos hacer.

«Me encantaría matarlo», pensó mientras subía por la escalera.

-¿Por qué dices que ha sido culpa tuya, Donna? ¡Es la cabeza de tu hermano la que esta atascada entre los barrotes!

-Bueno, él me estaba gritando apodos desde su habitación y...

-¡No es cierto! -exclamó el niño.

-Tú, cállate, travieso -le espetó Laura, dándole un golpecito en el trasero-. Continúa, Donna.

-Bueno, como él no se callaba, le dije que tú estabas llamando por teléfono y que quizás el tío Dirk vendría. ÉL.. él se levantó y asomó la cabeza por aquí para ver mejor el teléfono. Entonces se atascó. Yo... no quería que se hiciera daño -insistió-. De verdad, sólo quería que dejara de llamarme gato asustado y niñita porque le tengo miedo a la oscuridad.

-¡Sácame de aquí! -gritó Nicholas y rompió en llanto. El cuerpecito sacudido por los sollozos suavizó el corazón de Laura. Después de todo, sólo era un niño.

-Ya, cariño -lo tranquilizó y se arrodilló junto a él-. Todo va a salir bien. Ahora deja de llorar y veamos qué puedo hacer. Donna, baja y trae pañuelos para tu hermano.

-Pero de veras estoy atascado -sollozó Nicholas.

-Sí... de veras lo estás -repitió ella, ocultando una sonrisa.

No obstante, la diversión no duró mucho. La cabeza y las orejas de Nicholas se habían hinchado un poco de tanto tirar hacia atrás y Laura dudaba que pudiera liberarlo. Tendrían que cortar un barrote.

-Creo que necesitamos ayuda -pensó en voz alta.
-¡Quiero a mi mamá y a mi papá! -sollozó Nicholas.
-Yo también -murmuró Laura y le limpió la nariz.
Morrie y Carmel habían dejado el número de teléfono de dónde iban a estar, pero Laura no quería interrumpirlos. Después de todo, la vida del niño no estaba en peligro. Aunque necesitaba ayuda.
-Quédate a consolar a tu hermano, Donna, mientras yo pido ayuda por teléfono.
Estaba en el final de la escalera cuando sonó el timbre.
-¡Vaya, qué suerte! -exclamó y fue a abrir, deseando que fuera un hombre hábil. Lo era.
Por desgracia.
-Laura -la saludó Dirk desde el umbral, vestido con pantalones negros y una elegante chaqueta blanca. Era el mismo hombre que ella había rechazado hacía menos de veinticuatro horas.
Era obvio que su rechazo no lo molestó, ya que estaba vestido como para ir a una cita.
Laura se preguntó quién sería la afortunada que disfrutaría de sus encantos esa noche. ¿Virginia? ¿Alguna otra criatura fogosa?
-¿De visita, Laura? -preguntó él, observando el atuendo informal de ella.
-No -negó ella-. Mira, no tenemos tiempo para discutir qué dios vengativo te ha traído aquí la misma noche en que estoy de niñera -ignorando sus emociones, lo agarró de la mano y tiró de él.
Dirk entró y levantó una ceja.
-No es necesaria esta prisa, Laura. Si has cambiado de opinión respecto a mi proposición, preferiría que lo hiciéramos con más estilo y...
-Cállate y mira ahí -ordenó ella. Sintió placer al ver cómo cambiaba el rostro de Dirk.
-Ese pequeño bribón -dijo él entre dientes.
-Shh -lo reprendió ella-. No hagas ningún comentario delante de los niños.
Laura dio un paso atrás cuando él recorrió su cuerpo con ojos sensuales.
-Lo que tú digas, cariño. Esperaremos hasta que se duerman para... continuar. Tú eras la que parecías demasiado ansiosa hace un momento.
-Eres un...
-Delante de los niños no -la interrumpió, poniéndole un dedo los labios.
El contacto envió una corriente eléctrica por el cuerpo de la

joven, quien jadeó y abrió la boca. Dirk levantó una ceja.

-Mmm -murmuró y se atrevió a meter el dedo en la boca femenina.

Laura retrocedió inmediatamente y le golpeó la mano.

-¿Cómo te atreves? -le espetó.

-Déjame advertirte -respondió él con voz amenazante- que últimamente me atrevo a hacer cualquier cosa... y ahora -dijo en voz alta, mirando de nuevo a Nicholas-, ¿qué has hecho esta vez, pequeño travieso?

Les llevó cierto tiempo liberar a Nicholas, pero al final no tuvieron que cortar el barrote como Laura había pensado. Colocaron una toalla con hielo en el cuello del niño durante un cuarto de hora. Después le sujetaron atrás las orejas con cinta adhesiva y le untaron vaselina en el pelo; de ese modo pudieron deslizar con cuidado la cabeza entre los barrotes. El único inconveniente fue la cantidad de lubricante que quedó en el pelo de Nicholas, y que fue lavado muy bien antes de meter al fatigado bribón en la cama.

Lo bueno de todo fue que la relación entre los hermanos cambió. Donna reconfortó a su hermanito durante el proceso y después él la miró de otro modo. Era como su ángel guardián, su héroe, su otra «mamá», e insistió en que ella durmiera con él y le contara un cuento, aun cuando se quedó dormido de inmediato.

Cuando Donna por fin se fue a su cama, era una niña distinta, muy emocionada y orgullosa de sí misma.

-Es pequeño -le comentó a su tía-. No es su intención ser travieso.

-Necesita a alguien que lo vigile todo el tiempo -comentó Laura de mala gana.

-Yo lo haré.

-¿Sí? Ah, qué cariñosa y buena hermana eres. Ojalá yo tuviera una hermana mayor como tú.

-¿No tienes una hermana, tía Laura?

-No, y tampoco un hermano. Mi madre sólo me tuvo a mí y debo confesar que me sentí muy sola de pequeña. Me hubiera gustado tener un hermano a quien querer.

-Cuando tengas hijos, tía Laura, será mejor que tengas muchos para que no crezcan solos -sugirió Donna, frunciendo el ceño.

A Laura se le encogió el corazón y no pudo responder. Sólo se quedó allí sentada en la cama, mirando a la niña y tratando de controlarse.

-No te pongas triste, tía Laura. Te quiero -exclamó Donna y la

tomó de la mano.

-Yo también te quiero -respondió Laura con la voz quebrada y un nudo en la garganta.

Un sonido detrás de ella la hizo volverse y vio que Dirk se marchaba a grandes zancadas, como si estuviera furioso.

Se le contrajo el estómago. Era obvio que él había escuchado la conversación sobre tener hijos y había reaccionado mal. ¿Se debía a la irritación o a la aflicción? Laura se preguntó una vez más si la frustración por su esterilidad era la responsable de su drástico cambio de conducta.

Era improbable. Laura no podía esperar milagros. Si Dirk deseara tanto un hijo, habría tenido uno con ella mediante la inseminación artificial, o incluso mediante la adopción. Sin embargo, él nunca quiso hablar de eso.

No. Le gustaba lo que hacía, le gustaba acostarse con todas las mujeres que le atraían. ¡Y ciertamente le encantaba escandalizar a su mojigata esposa!

Quizá era eso lo que había detrás de su absurda proposición. Deseaba escandalizarla, ejercer algún tipo de venganza por el golpe que ella le había asestado a su vanidad masculina. ¿No fue cruel y estúpida al decirle que no lo querría si no podía darle hijos? Bueno, quizá Dirk quería hacer que lo deseara sin darle nada a cambio, excepto el peor de los insultos: ¡el frío y duro dinero!

Endureció su corazón, besó a Donna y salió de la habitación. Después de asegurarse de que Nicholas estuviera dormido, bajó despacio por la escalera, decidida a no permitir que Dirk la alterara, y mucho menos que la tocara.

Capítulo 6

LAURA entró en el salón y se quedó paralizada.

-¿Qué haces? -le preguntó a Dirk, quien se estaba quitando la chaqueta y la corbata y las colocaba sobre una silla.

-Poniéndome cómodo -caminó hacia un mueble y tomó la guía de programas de televisión-. ¿Qué película hay hoy? Ah, sí, una de mis favoritas de Alfred Hitchcock., ¿Recuerdas que la vimos juntos una noche, Laura? Parece que fue hace años. Acurrucados en nuestro sofá -se rió con sensualidad-. Bueno... casi la vimos toda. Si no recuerdo mal, el pobre Cary Grant se estaba metiendo en un terrible aprieto y yo estaba concentrado en la película cuando tú empezaste a...

-¡Ya basta, Dirk! -lo interrumpió ella con furia, enrojeciendo al recordar.

-Si es lo que quieres -él se encogió de hombros-. Pensé que no eran necesarias tales hipocresías. No hay nada de vergonzoso en lo que hacíamos juntos. Éramos marido y mujer. Aún lo somos -terminó, mirándola fijamente.

Laura cruzó los brazos a la defensiva y lo miró con severidad.

-¡Algo que el tiempo y un divorcio remediarán! Ahora... sugiero que te pongas la corbata y la chaqueta y te vayas, Dirk. Estoy segura de que Virginia o la chica de turno estará ansiosa por verte.

-Pareces muy bien informada sobre mis amigas -observó él-. ¿Me has estado vigilando?

-En absoluto. Si no quieres que la gente se entere de tus amantes, no te exhibas públicamente. ¡O dile a tu secretaria que haga un voto de silencio!

-Pobre June -sonrió él-. No podría hacerle eso. Su única diversión es chismorrear. Bueno, supongo que la querida Claudia aún trata de clavarte un puñal.

-¿Tú qué crees?

-Creo que deberías dejar ese trabajo y abrir tu propia agencia de modas. ¡Tendrías un éxito increíble! No deberías trabajar para Modas Fenwick, Laura. ¡Deberías trabajar por tu cuenta!

Laura no pudo evitar un sonrojo de placer. Dirk siempre tenía la habilidad de halagarla. No por su aspecto, sino por sus logros reales y posibles. Fue a instancias de él por lo que Laura hizo una solicitud para el empleo que vio anunciado en el periódico un sábado, dieciocho meses después de su boda. Su madre dijo que no podría

con un trabajo con gente de negocios donde debía tomar importantes decisiones. Laura misma, con su penosa experiencia en el colegio, pensaba que nunca llegaría a más que ayudante de tienda.

Pero le fue bien en el trabajo. Su sentido natural de la moda y su deseo de demostrar que era tan inteligente como decía su marido, la hicieron triunfar. Se regocijó al ver lo orgulloso que se sentía Dirk de ella.

Sin embargo, esta vez él la sobrestimaba.

-No creo que tenga la suficiente experiencia para hacerlo por mí misma -arguyó-. Además, para empezar un negocio se necesita muchísimo capital de apoyo. Yo... no lo tengo, Dirk.

-Te daré todo el dinero que quieras si aceptas mi proposición de anoche -le ofreció él con calma.

De pronto, Laura se dio cuenta de adónde la conducían sus cumplidos: a la trampa sexual. Percibió un mal sabor de boca y se enfureció.

-Tienes tantas oportunidades de que pase eso como... como...

-¿Como de hacer el amor en este sofá ahora? -sugirió él.

Laura jadeó. Caminó con decisión hacia la silla, tomó la chaqueta y la corbata de él y se las lanzó. -¡Vete ahora mismo!

Dirk se limitó a recoger su ropa y a colocarla en un sillón cercano, levantando una ceja, divertido e indulgente.

-No tienes por qué ponerte así, cariño. Y he entendido la indirecta. Tu respuesta sigue siendo no. Bueno, pero no me iré. No quiero llegar a mi apartamento vacío. Llamé a Virginia mientras bañabas a Nicholas y cancelé nuestra cita.

-¿Así sin más? ¿Sin explicaciones ni disculpas?

-No me digas que te preocupan los sentimientos de Virginia. Sería una locura. La esposa preocupada por la amante. Si quieres saberlo, le dije algo sobre una crisis familiar. Por desgracia, ella llegó a la conclusión de que podría tratarse de ti y colgó el auricular disgustada -su suspiro fue burlón-. Voy a tener que esforzarme para contentarla.

-Estoy segura de que encontrarás la forma de hacerlo -le espetó Laura.

-Cierto -aceptó él con descaro.

Durante un segundo, Laura creyó que estallaría de ira. Se recuperó justo a tiempo porque sabía que sería un error demostrarle a Dirk debilidad. Se necesitaba una mente fría para controlar a ese demonio, ya que estaba claro que no quería irse.

-En realidad no tengo interés en hablar de tus poderes de persuasión -señaló ella-. Y tampoco deseo el dudoso placer de tu compañía durante el resto de la velada. Así que me gustaría que te marcharas.

-¡Qué desagradecida eres, Laura! He venido a rescatar a ese pequeño bribón y mira lo que obtengo: nada más que insultos. Ni siquiera una taza de café.

-¿Si te traigo un café te marcharás luego? -preguntó Laura con impaciencia.

-Tienes mi palabra.

«Que es tan fiable como la de un político», pensó ella con irritación.

Su miedo creció cuando vio que él tomaba el mando a distancia de la televisión y se acomodaba en el sofá.

Un segundo después, las imágenes de Cary Grant y Eva Marie Saint ocuparon la pantalla. Por desgracia se trataba de una escena romántica. Laura se dirigió a la cocina y comenzó a preparar el café de mala gana.

-No olvides preparar una taza para ti -gritó Dirk desde el salón-. Odio beber solo.

-Desgraciado -murmuró Laura.

-¿Qué has dicho? -la miró desde el sofá.

-Sólo ve la película, Dirk, y cállate.

-Vaya, sí que estás quisquillosa esta noche. ¿No será que estás así todas las noches? ¿Sabes? Lo que necesitas, Laura, es un buen y largo...

-Dirk Thornton, si dices algo más te arrojaré el café ardiendo ya sabes dónde.

-Sólo iba a decir descanso -él se rió sin remordimiento.

-¡Vete al infierno!

-Laura, estoy sorprendido.

-¡Sí, claro!

-Mira quién dice groserías.

-Yo no. Yo nunca maldigo.

-Sí lo haces.

-¡No es cierto!

-Anoche me llamaste cerdo.

-Eso no es maldecir. Es sólo la verdad -señaló Laura.

-Una opinión, no un hecho.

Ella tragó saliva e iba a soltar otra réplica mordaz, pero se contuvo.

«Estás disfrutando de esto. Tu corazón late aceleradamente. Tu

sangre se calienta y tu maldito cuerpo está al borde de la excitación sexual», se dijo a sí misma. «Si sigues así, no querrás que él se marche, y tú sabes adónde te llevaría eso.»

Lo que vio Dirk en el rostro femenino lo hizo ponerse serio, y después adoptó una expresión de malicia que la molestó.

«Lo he vuelto a hacer», gruñó ella en silencio. «Ya he traicionado mis sentimientos más íntimos dejándole saber que bajo mis protestas aún lo deseo.»

Con desesperación bajó la vista y trató de que su pulso volviera a la normalidad, recordando la decisión que había tomado antes de bajar. Renovó su determinación y llevó el café al salón. Se hundió en un sillón y cruzó las piernas, esperando dar una imagen de fría indiferencia. Incluso fingió concentrarse en la película.

-Ah, nadie hace el café como tú, Laura -la halagó él después de varios sorbos-. Caliente, fuerte y dulce...

Ella se tensó mientras esperaba que él agregara «como tú». Una vez, él hizo esa comparación mientras hacían el amor en su luna de miel, y varios meses después, el acto de tomar café juntos adquirió una intimidad especial. Dirk la miraba por encima del borde de la taza y ella siempre se sonrojaba. En aquellos días parecía que a Dirk le encantaba hacerla sonrojarse.

Claro, igual que todo lo demás en su matrimonio, los sonrojos se acabaron y tomar café ya no representaba nada especial.

Sin embargo, en ese momento Laura sintió que el calor le subía al rostro. Invadida por la vergüenza, se atrevió a mirarlo para ver si él había notado su incomodidad.

¡Qué tontería hacerlo!

Los expresivos ojos grises se clavaron en los de ella, diciéndole que él también recordaba sus días de pasión, con gran placer a juzgar por el brillo de picardía.

A Laura le dio un vuelco el corazón, pero desvió la mirada y trató de recuperar su compostura y frialdad.

No obstante, Dirk no la dejaría escapar con tanta facilidad.

-¿Puedes darme una buena razón -preguntó con insultante suavidad- por la que no te es posible ser mi amante? Sin representaciones dramáticas. Sólo quiero saber tus objeciones en tono tranquilo y racional.

Laura tragó saliva. ¿Podía arriesgarse a responder a la pregunta, animarlo a interrogarla? Dirk era el rey del debate, de las discusiones verbales, de la persuasión. ¿Se atrevería a pelear con él?

Quizá no, pero el orgullo le indicaba que debía demostrarle que era una mujer más fuerte e independiente y que no aceptaría nada

contra su voluntad, mucho menos esa indecente proposición. Estaría loca si le permitía tratarla así después de todo lo que le había hecho. ¡Dios Santo! ¡Él estaba loco!

-Puedo darte un montón de razones, Dirk, pero las tres principales son éstas: primero, ya no me agradas. Segundo, no quiero, y tercero, creo que tu proposición es ofensiva y repugnante.

-Hmmm -él bajó la taza-. ¿Sabes, Laura? Hubo un tiempo en que no decías que hacer el amor conmigo fuera repugnante, sino todo lo contrario.

-No he dicho que hacer el amor contigo sea repugnante -lo corrigió ella con enfado-, sino que tu proposición lo es. Para mí ser la mantenida de un hombre es prostituirse.

-Ah, ya entiendo -murmuró él-. Entonces es el dinero lo que te ofende. Comprendo. Retiro lo del dinero. ¿Prefieres que te llame novia en vez de amante?

-Prefiero que me llames ex-esposa -declaró ella con frialdad-. Parece que olvidas mis dos primeras razones.

-No, no las olvido. Primero, no te agrado. Vaya, ¿qué es agradarse entre amantes? Es un punto discutible. Hay muchas cosas de ti que no me gustan, pero puedo soportarlas.

-¿Cómo cuáles? -preguntó Laura, impactada.

-Eres muy desordenada. Dejas todo tirado en el baño y tu idea de limpiar es amontonar todo en el armario. Apuesto a que si voy a tu habitación ahora, encontraría un desastre.

Laura se sonrojó avergonzada cuando recordó cómo estaba su habitación. Dirk tenía razón. Era un caos, pero no era sólo culpa de ella, sino también de él. Esa mañana se había puesto a confeccionar un nuevo vestido en un intento por no pensar en él. Después del almuerzo decidió que visitaría a Carmel y la llamó. En realidad no tuvo tiempo para limpiar.

-Eso no importa -señaló con un ademán molesto-. Olvidas la más importante de mis razones: No quiero que me hagas el amor.

-¿Prefieres hacérmelo tú a mí? -preguntó él con mirada pícara.

-Buen intento, Dirk -dijo ella con sarcasmo, aunque su sangre se calentaba por las imágenes que evocaba. Había pasado mucho tiempo desde que ella tomó el papel agresivo de hacerle el amor, desde que sus manos y su boca expresaron sus deseos, desde que fue ella la que tomó el control de todo el acto. Demonios, hacía muchísimo tiempo que no hacía el amor de ninguna forma, y su cuerpo se lo pedía. Sólo pensar en lo que tiempo atrás le hacía al hombre que estaba sentado junto a ella enviaba oleadas de excitación a sus venas. ¿Cómo sería hacerlo de nuevo, hacer a Dirk

gruñir de frustración, gemir de placer, sacarlo de control? Conocía muy bien el cuerpo de él, lo que le gustaba, lo que lo lanzaba a un vórtice de pasión que sólo podía satisfacer de una forma.

-Veo que estoy perdiendo el tiempo -masculló él. Se levantó y se llevó la taza a los labios, pero falló y el café se derramó en su camisa-. ¡Maldición! -murmuró-. Mi camisa favorita -y sin más, dejó la taza en la mesa y se desabrochó la prenda.

Durante unos segundos, Laura se quedó mirándolo con asombro, ya que Dirk no solía ser torpe. Cuando notó que a él le temblaba la mano, un pensamiento extraño cruzó por su mente. ¿Podría ser que él de verdad estuviera alterado por el rechazo de ella? ¿Seguía enamorado de ella?

Una vez más su mente fue bombardeada por las interrogantes acerca del brusco cambio de la conducta de su marido. Durante el año pasado, pasó de ser un compañero amoroso y fiel a un donjuán. ¿Su esterilidad era la razón de su absurda conducta? ¿Cuál era la verdad? ¿Mintió cuando le dijo que se había casado con ella sólo por lujuria? ¿Era posible que hubiera estado enamorado?

«Sí», decidió ella con una trémula oleada de emoción. «¡Sí!». No podía equivocarse en eso. Él la había amado.

Hacía tiempo…

Quizás ella no había destruido ese amor con su obsesión por tener un hijo. Tal vez sólo lo dañó, o quizá algo se alteró dentro de él cuando descubrió que no podía ser padre… algo que el tiempo y el amor podían curar…

La cabeza de Laura comenzó a girar en torno a esas posibilidades. Sin embargo, el sentido común la rescató. No podía estar segura de nada, ¿o sí? Sólo planteaba hipótesis; su amor por Dirk trataba de encontrar excusas para la conducta de él.

-Iré a lavar esto -anunció él y se quitó la camisa.

Laura dio un respingo. ¿Tenía que hacerlo delante de ella en ese preciso momento?

Tragó saliva y después hizo un esfuerzo por parecer indiferente mientras sus ojos se detenían en la lisa piel del torso de Dirk. No quedaba duda de que asistía con más regularidad al gimnasio. Laura apretó con fuerza los brazos del sillón para contener sus deseos de tocarlo hasta que él se marchó.

Una vez a salvo, se desplomó en el sillón, exhausta.

La lavadora comenzó a funcionar y Laura se alegró de tener un respiro de la perturbadora presencia de Dirk. Pero el sonido de agua se detuvo y se oyó el zumbido de la secadora. Si Dirk deseaba esperar a que su camisa se secara, permanecería en la casa un buen

rato, lo cual la incomodaba.

Se sintió tensa y aprensiva. No le gustaba el curso de los acontecimientos, y tampoco el de sus pensamientos. Estar con Dirk era de por sí malo. ¡Estar con un Dirk semidesnudo era una tortura!

Cuando él regresó, Laura se sintió aliviada porque llevaba una camisa de Morrie. Por desgracia, era demasiado pequeña y no pudo abrochársela, lo que permitía ver los músculos del pecho.

A ella se le secaron los labios cuando él se sentó, y su corazón latía con fuerza. Las dos reacciones la molestaban. No quería desearlo, y mucho menos quería que él notara su agitación. Dirk aprovechaba muy bien las debilidades de los demás.

-Te hace falta tomar el sol -comentó ella, con mordacidad proveniente de la compulsión perversa de criticarlo. En realidad no estaba pálido. Aun en los meses de invierno, la piel normalmente bronceada de Dirk conservaba su bonito tono dorado. Tenía una combinación inusual de pelo rubio claro y piel morena.

Morrie también era rubio, pero su piel no se bronceaba como la de Dirk.

-No he tenido muchos ratos libres últimamente -comentó él con indiferencia y extendió los brazos-. He tenido sólo casos difíciles.

-¡Eso, o tus horas libres las pasas en la cama!

La crítica hizo que él sonriera con burla, y Laura se reprendió en silencio.

-¿Son celos o comentarios agrios? -preguntó él. -¡Yo diría que es desilusión y disgusto!

-¿Sí? ¿Te molesta que tenga aventuras o mi elección de pareja?

-¡Me parece mal el número de parejas que tienes! ¿Es que no piensas en las enfermedades, Dirk? ¿Te gusta jugar con la muerte?

El ceño fruncido de Dirk la desconcertó. Era un hombre inteligente y seguramente se protegía, ¿no? Para ser sincera, era la primera vez que pensaba en eso. Las reacciones de su marido ante las mujeres eran emocionales, nunca prácticas. En ese momento le entró pánico por la salud de él. Si le pasaba algo, ella se moriría.

La fuerza de su preocupación la hizo acercarse a él.

-Dirk, no... no estarás arriesgándote, ¿verdad? -preguntó con verdadera preocupación-. Es decir...

Él acercó también el rostro al de ella.

-¿Crees que te pediría que fueras mi amante si existiera algún riesgo de que te contagie de algo? Quizá no me creas, pero aún me importas y nunca arriesgaría tu salud. ¡Nunca!

Ella le creía. Quizás era ingenua, pero le creía. De hecho, la conmovió mucho la profundidad de la emoción que vibró en la voz

de él. Le recordó al Dirk que conocía, al abogado responsable y compasivo que conquistó su imaginación y su corazón, con quien se casó y quien le enseñó que un hombre podía darle mucho a una mujer. Le recordó al hombre de quien se había enamorado.

-Oh, Dirk -gimió con suavidad y bajó los ojos, confundida por las emociones que la embargaban.

-Laura... amor mío...

Cuando él levantó la mano y le tocó la mejilla, ella lo miró. Se le encogió el corazón cuando vio la calidez y la pasión de sus ojos; aún la amaba. Debía de ser así.

El primer beso fue muy suave; los labios masculinos acariciaron los de ella con ternura. Laura suspiró cuando él se retiró.

El segundo beso no fue tan inocente; la lengua de Dirk exigía entrar -In su boca y su mano la sujetó posesivamente por el cuello. Hubo un segundo de resistencia automática por parte de Laura antes de separar los labios, pero pronto estalló en un deseo devastador y autodestructivo. No pensaba en las consecuencias, sino en las intensas necesidades que clamaban satisfacción.

Gimió cuando él se apartó; abrió los ojos para mirarlo con súplica.

-Si seguimos así -murmuró él-, no podré detenerme. Dime, ¿te quedarás a dormir aquí o irás a casa?

-Me... me quedaré aquí.

-Lástima. Bueno, con esto basta, ya que por fin has decidido olvidarte de tus tonterías de esposa celosa y actúas como la mujer sensual que eres. Bien, no sigas con tus protestas, Laura -ordenó tirando de ella y colocándola en su regazo-. ¡Es obvio que necesitas a un hombre en tu cama, y qué mejor que sea yo, tu marido!

La atrajo hacia sí y volvió a besarla, recordándole que su carne era más fuerte que su voluntad, especialmente cuando estaba excitada. Y sí que lo estaba. Dios, incluso podía sentir el calor líquido entre sus muslos; sentía cómo sus entrañas se contraían en un nudo de tensión que sólo ese hombre podía aliviar.

Soltó un gemido de desmayo cuando Dirk dejó de besarla y la colocó en el sofá junto a él. No la dejaría de esa forma, ¿o sí?, se preguntó con asombro.

-Dirk -susurró. Sin pensarlo, deslizó las manos bajo la camisa abierta, apartándola a un lado. Luego se inclinó y besó la piel satinada y caliente de un hombro, deslizando los labios hasta rozar un pequeño pezón.

El gemido de él le indicó todo, así que continuó por su pecho, sus costillas y hasta su ombligo. con la punta de la lengua trazó

círculos eróticos alrededor de él, provocando que Dirk endureciera el abdomen y su respiración se acelerara. Pero cuando ella quiso bajar la cremallera, él la sujetó con fuerza de las manos.

-No, por Dios -ordenó con sensualidad.

-¿Por qué no? ¿Ya no te gusta? -le preguntó ella con ojos brillantes.

-Claro que sí -contestó él con una risa estrangulada.

-Entonces déjame hacerlo -murmuró ella con voz tensa-. Quiero hacerlo -se inclinó para besarlo y sus manos buscaron el cierre del pantalón de Dirk.

Con una violencia que la dejó pasmada, él la empujó y se levantó.

-He dicho que no, Laura -señaló con voz fría y ella se le quedó mirando-. Lo siento pero la verdad es que he hecho otros planes para esta noche. No tenía idea de que serías tan... cooperativa. Sin embargo, no te preocupes; me aseguraré de que ésta sea la última vez que vea a Virginia. Desde mañana seré todo suyo. Salaam, cariño mío -sonrió, dándole una despedida en árabe-. Duerme bien y guarda toda tu pasión durante otras veinticuatro horas. Veo que merecerá la pena esperar. No te levantes.

Laura seguía muda cuando la puerta principal se cerró. Poco a poco recuperó la cordura con amarga angustia.

¿Cómo pudo pensar que le importaba a Dirk? ¿Cómo pudo rogarle que le permitiera hacerle lo que ella siempre consideró como la intimidad máxima en el juego del amor? ¡Debió de estar loca!

Un calor de vergüenza le quemó el rostro al pensar en lo cerca que había estado de la humillación. Ya era bastante malo que Dirk la hubiera besado para luego ir a buscar a otra mujer. ¿Qué habría pasado si ella...?

Un profundo estremecimiento la recorrió.

Pero lo dejó marcharse sin decirle que se fuera al infierno, sin refutar la suposición de él de que ella aceptaría su proposición...

-Oh, Dios -gimió y se derrumbó en el sillón-. ¿Qué voy a hacer?

Capítulo 7

NO tenías que esperarnos despierta -dijo Carmel cuando llegaron a casa a la una. -Creí que era mejor -replicó Laura con cuidado. No merecía la pena comentarles que no podía dormir.

A pesar de la sensación de que casi odiaba a Dirk, no podía dejar de pensar en él y Virginia desnudos en alguna habitación extravagante con terciopelo rojo, alfombra blanca y mullida y una enorme cama circular con sábanas de satén negro.

El intuitivo Morrie fue el primero que reaccionó a la tensión silenciosa de ella.

-¿Ha pasado algo malo? -preguntó.

Laura dejó de pensar en Dirk y Virginia y se concentró en su cuñado, quien la miraba interrogante.

-Nada del otro mundo. Ocurrió un percance con Nicholas y pensé que era mejor que os diera la versión real y no esperar a que los niños relataran la suya.

-¿Qué ha hecho esta vez? -inquirió Carmel con cansancio-. ¡No, espera! Déjame ir a por una copa de oporto. Creo que la necesito antes de oír la ultima travesura de nuestro hijo. ¿Queréis una vosotros?

Los dos aceptaron. Laura se recordó que debía beber poco. Había decidido lo que haría con Dirk y eso requería tener sus cinco sentidos alerta.

Una vez sentados todos en el salón, Laura relató los acontecimientos de la velada, incluyendo la oportuna llegada de Dirk, aunque los hizo creer que él se había marchado inmediatamente después del incidente.

Carmel sacudía la cabeza cuando el relato terminó.

-Nunca sé qué esperar de ese diablillo -se quejó-. Morrie, tienes que ser más firme con Nicholas.

-Hago lo que puedo, cariño. Es un niño difícil. Cuando vaya al colegio, quizá se discipline.

-Creo que la lección de esta noche ha sido buena para él -intervino Laura-. Estaba muy tranquilo después de lo que pasó. Dirk comentó que no hay nada como un poco de miedo para sosegar un espíritu rebelde.

-Qué suerte que Dirk llegara en ese momento -susurró Carmel con el ceño fruncido-. ¿Te dijo a qué había venido? Es decir... él sabía que íbamos a salir. Oí que Morrie se lo decía por teléfono

cuando hablaron esta tarde.

-No lo dijo -Laura se encogió de hombros-. Supongo que la emergencia lo hizo olvidar el motivo de su visita.

-O vino exclusivamente a verte -concluyó Carmel-. Pero no sé cómo supo que tú... -miró a su marido con exasperación-. Morrie, no le informaste a tu hermano que Laura cuidaría a los niños hoy, ¿verdad?

-Quizá lo mencioné -aceptó él con culpabilidad-. Mira, ¿por qué usas ese tono acusador? Por Dios, después de todo es su marido. Quizá sólo quería hablar con ella. No te molestó, ¿verdad, Laura?

-El sólo verlo la molesta -señaló Carmel con irritación-. En cuanto a lo de marido... ¡Ja! Él se olvidó de eso cuando abandonó su casa y comenzó sus andanzas de mujeriego.

-¡Ya basta! -estalló Laura y se levantó-. ¡Ya basta!

Carmel y Morrie se la quedaron mirando con expresión mortificada.

-Por favor -pidió Laura-. No discutáis por mí y Dirk. Me... me hace sentirme muy mal. Vosotros sois una pareja feliz y no quiero que... que...

Las lágrimas se acumularon en sus ojos y Carmel se acercó para abrazarla.

-Oh, pobrecita -la tranquilizó-. Lo siento. Soy una estúpida desconsiderada.

Laura se apartó de ella y tragó saliva. Sabía que si empezaba a llorar, no se detendría. Pero Dirk no se merecía sus lágrimas.

-Dicen que un divorcio es peor que una muerte en la familia -comentó con voz trémula-. Empiezo a creerlo.

-¿Un divorcio? -repitió Morrie, estupefacto-. Pero creí que... Es decir... ¿Cuándo ha pasado eso?

-Laura lo decidió la semana pasada -le informó Carmel.

-Pero...

-Mira, no puedes quedarte en el limbo para siempre, Morrie. Aunque la queramos mucho y deseemos que siga siendo de nuestra familia, Laura debe pensar en su futuro. Ya le ha dado a Dirk mucho tiempo para que recapacitara y buscara la reconciliación. Ahora él ya ha perdido el barco, ¿no es cierto, Laura? -preguntó Carmel.

-Sí -acordó ella, pensando con amargura que Dirk había perdido el barco, pero tenía montones de hermosos botes de recreo a sus pies.

-Dirk no es un hombre malo -lo defendió su hermano con vehemencia-. Algo le preocupa. Creo... creo que Laura debería darle

más tiempo antes de dar un paso tan definitivo como es el divorcio. ¡Es decir, ella no ha conocido a otro hombre, ni quiere volverse a casar!

Laura se quedó pasmada ante la certeza de Morrie. ¿Cómo podía estar tan seguro? Él nunca había interferido en los detalles de su vida privada. Lo veía casi cada semana en las reuniones del grupo de teatro, pero ella no chismorreaba sobre nada ni nadie. Morrie no podía saber si ella salía con otro hombre o no.

Lo cual significaba que los hermanos hablaban sobre ella.

Laura contempló a su cuñado y se preguntó qué parte jugaba él en los intentos de Dirk por tenerla de vuelta en su cama. ¿Era Morrie su cómplice? Recordó que fue él quien le dio entradas a su hermano para el teatro. Quizás incluso se encargó de que se sentara justo detrás de ella. La desilusión y la ira se reflejaron en el rostro de Laura.

-No me mires así, Laura -gruñó Morrie-. Él es mi hermano y tú eres lo mejor que le ha pasado. Diablos, no sabes cómo era antes de conocerte. ¡Las cosas que hacía! Y no hablo de mujeres, sino de los increíbles riesgos que aceptaba al defender a todo tipo de delincuentes cuyos casos ningún otro abogado se plantearía siquiera -suspiró-. En su adolescencia fue muy rebelde, y no mejoró mucho con los años. Siempre aceptaba el peligro sin pensar en el futuro. Si creía que alguien era inocente, adoptaba una postura inflexible, sin importarle el precio -la miró a los ojos-. Pero entonces te conoció.., y de la noche a la mañana se convirtió en una persona más sensata y estable. Entonces creí que sí podría llegar a los treinta y cinco. Bueno, parece que ahora se ha descarriado pero, ¿es mucho pedirte que esperes un poco más? No renuncies todavía a él, Laura. Te lo ruego.

Ella se conmovió por el ruego fraternal de Morrie, pero estaba claro que él no sabía nada sobre el problema de esterilidad de Dirk, ni que éste le había dicho que se casó con ella por lujuria, no por amor. Y era la lujuria lo que lo impulsaba de nuevo a interesarse por ella. Morrie creía que la conducta de su hermano era una locura transitoria, no algo permanente.

Ella sabía la verdad. Dirk le había demostrado esa misma noche que era un demonio. Lo único que la sorprendió fue que no quisiera acostarse con ella y con Virginia en la misma noche. Quizá a sus treinta y cuatro años empezaba a menguar su vigor. Sus razones no eran morales. Un hombre con moral no se exhibe con mujeres delante de su esposa, ni trata de aprovecharse de lo que ella siente por él.

Porque eso es lo que Dirk intentaba, se dijo. Usar el amor que ella le tenía para tomar sólo lo que deseaba: su cuerpo.

Le dio un vuelco el corazón cuando vio el rostro alterado de Morrie. Deseaba reconfortarlo, decirle que aún amaba a Dirk y que no lo abandonaría por nada.

Pero no podía hacerlo. El amor no es indestructible, y lo que sentía por Dirk empezaba a desvanecerse.

Oh, sí, sin duda aún la afectaba sexualmente. Quizá tardaría mucho tiempo en liberarse de eso, porque la atracción sexual no es racional, pero no podía seguir amando a un hombre que no le agradaba.

-Dirk ha elegido su camino, Morrie -dijo con tono pesaroso, pero decidido-. Me temo que debe seguirlo.

-Pero, Laura, él... -Morrie se interrumpió e hizo una mueca. Ella tuvo la impresión de que quería decir algo más, pero no podía.

-¿Sí? -lo animó.

-Dirk es un hombre muy complejo -comentó Morrie con un suspiro-. A veces su enfoque de los problemas de la vida es... poco ortodoxo, pero te repito que no es malo. Recuérdalo siempre.

Laura trató de no mostrarse irónica. Morrie no conocía tan bien a su hermano. Ése era el problema, pero ella no podía desilusionarlo.

-Como tú digas, Morrie -le dio palmaditas en la espalda-. Ahora debo irme.

-¿Irte? -exclamó Carmel-. ¿A esta hora? Creí que te quedarías a dormir.

-Perdona, pero no puedo dormir en una cama extraña, mucho menos cuando estay tan deprimida.

Carmel miró con reproche a su marido.

-Dirk te ha alterado, ¿verdad? -preguntó, pero Laura no contestó-. Bueno, te acompañaré a la puerta.

Eran más de las dos de la mañana cuando Laura llegó a su apartamento. Le tembló la mano cuando apagó el motor del coche, y se dio cuenta de que no recordaba el trayecto. Menos mal que no había habido tráfico a esa hora.

Todo el tiempo pensó en Dirk, y era extraño que sus pensamientos fueran tristes, en vez de furiosos o amargos.

Podía comprender la frustración de Morrie, pues ella también quería creer que Dirk no era malo. Pero lo era. Sus actos hablaban por sí mismos. ¡Era el colmo que se fuera a los brazos de otra mujer y le pidiera que le guardara un lugar en su cama para la noche siguiente!

Laura salió del coche y lo cerró de un portazo.

El problema era que Dirk sí podía lograr su objetivo, ya que su dominio sexual sobre ella era muy fuerte. Sin duda se presentaría en su apartamento ese día, muy atractivo y sensual, y terminaría lo que empezó en casa de Carmel.

Laura respiró profundamente y metió la llave en la cerradura del portal, tratando de no pensar en lo bien que Dirk hacía el amor cuando se lo proponía. Lo... imaginativo que podía ser.

Se concentró en lo que había decidido hacer para evitar la catástrofe de que su marido la sedujera contra su voluntad.

Llegó al primer piso del edificio, se aseguró de que el pasillo estuviera vacío y caminó deprisa hacia su apartamento. En segundos entró y echó el cerrojo.

Se apoyó en la puerta y suspiró. En menos de cinco horas subiría a su coche y pasaría el día lejos de allí. Dirk no era paciente y se cansaría de buscarla. Ella esperaba que se rindiera y regresara a su apartamento de soltero.

Eso sólo resolvería su problema por un día, pero ya era algo. Él comprendería que perdía el tiempo con ella.

Se apartó de la puerta y avanzó por la habitación con pasos decididos. Sólo la preocupaba una cosa: ¿Dirk creía que ella se pasaría todo el día esperándolo en la cama para sucumbir a sus exigencias sexuales? ¡Estaba loco! Necesitaba que alguien le enseñara que no podía tratar a las mujeres como juguetes eróticos, que se usan y se desechan.

-¡Y yo se lo voy a enseñar! -se prometió en voz alta.

Tiró a la cama su portafolios, el cual rebotó y aterrizó en la almohada que Dirk solía usar. Laura miró la almohada con disgusto y después todo el lado derecho de la cama. El siempre dijo que sólo podía dormir de ese lado.

-Seguramente es otra mentira -murmuró ella con enfado.

Pero se había reído de él aquella noche que regresaron de su luna de miel.

Se hundió en la cama y su ira desapareció al recordar la época en que su futuro era de color de rosa, cuando Dirk era la respuesta a todas sus necesidades, cuando nada ni nadie hubiera socavado la fe en su amor.

-¿Pero por qué tienes que dormir en ese lado? -le había preguntado entonces con una sonrisa indulgente-. No has exigido hacerlo durante nuestra luna de miel.

Él le sonrió desde el otro lado de la cama. Sus maletas estaban sobre la colcha mientras las deshacían.

-Creo que esas noches no hemos dormido nada.

-¿Y lo harás de ahora en adelante? -lo provocó.

-Sí, por desgracia. Mañana tenemos que trabajar los dos. Regresamos a la realidad.

-La realidad -repitió ella despacio, con el corazón triste.

Al ver su cambio de humor, Dirk la abrazó. Su beso fue tierno y sus brazos la reconfortaron.

-No te pongas triste -susurró-. Las lunas de miel no pueden durar para siempre. La realidad siempre regresa, pero la realidad contigo, mi vida, será más maravillosa que un millón de lunas de miel con otra mujer. Eres todo lo que puedo desear en una esposa.

-¿Lo soy, Dirk? -preguntó ella con una duda repentina-. ¿De verdad lo soy? -no podía olvidar que un día antes de su boda su madre le había advertido con crueldad que su matrimonio no duraría, que aunque Dirk estuviera enamorado, Laura no sabía lo que se requería para conservar a un hombre así.

-¿Qué puedo decir para convencerte? -le preguntó Dirk, acariciándole la cara-. Te adoro, señora Laura Thornton. Sencillamente te adoro.

-Pero... yo no soy brillante, ¿sabes? No soy como tú.

-¿No eres brillante? -Dirk se rió con incredulidad-. ¡Vaya, eres la chica más brillante que conozco! Has atrapado al soltero más codiciado de Sydney, ¿no? Me atrapaste y me tuviste a tus pies con una sola mirada de tus hermosos ojos azules.

-Pero eso no es...

-Ya, ya -la interrumpió con firmeza-. No quiero oír hablar más de eso. Eres brillante, y no permitas que nadie te diga lo contrario. Lo que pasa es que no recibiste el empuje adecuado.

Entonces la besó con pasión. Minutos más tarde apartaron a un lado las maletas, y Dirk le demostró que era igual de eficiente en cualquier lado de la cama.

Laura se llevó las manos a la cabeza y gimió, anhelando al Dirk de aquellos tiempos. Era tan difícil creer que había sido sólo una ilusión, que él sólo quería poseerla en el plano sexual. Deseaba creer con desesperación que él la había amado de verdad, que el hombre con quien se había enfrentado esa noche estaba alterado por el conocimiento de su esterilidad, por su futuro vacío.

Morrie creía que los cambios efectuados en su hermano eran sólo temporales. Ella no tenía esa esperanza, porque no había pruebas de que fuera así. La conducta de Dirk cada vez era más desconcertante y grosera.

Al pensar otra vez en las palabras de despedida de él, Laura se

enfureció. ¡Si creía que podía tenerla en su cama con facilidad, estaba loco! Ya no era una adolescente ingenua como cuando se conocieron. Era una mujer segura, una superviviente.

Se puso de pie y levantó la barbilla con resolución. Que se atreviera a seducirla. ¡Que lo intentara!

Capítulo 8

EL domingo fue un típico día cálido de otoño. Después de las ocho, Laura se hallaba en camino a una de las playas del lado sur de Sydney, lejos de Dirk. Cronulla estaba bien, decidió cuando vio una señal después de pasar por el puerto.

No tenía intenciones de nadar, ya que el agua estaría muy fría. Dormiría en la arena tibia, pensó mientras bostezaba por enésima vez.

Y así lo hizo durante toda la mañana. La fatiga física y mental por fin la abrumó. Después deambuló por la playa y por último se sentó. Las preocupaciones volvieron. ¿Dirk se cansaría de esperar a que llegara a casa y se marcharía?

El nunca se rendía, recordó, y tampoco permitía que ella lo hiciera. Con los ánimos que él le dio, Laura aprendió a nadar, a leer mejor, a conducir. Incluso obtuvo un trabajo mejor. El siempre la presionó, pero con amor.

Ahora se preguntó si Dirk lo hizo por ella o por él. Quizá lo hizo por satisfacer su propio orgullo. Después de todo, una vendedora de ropa que no podía leer bien no era la esposa adecuada para un abogado eminente.

Laura hundió la cabeza entre las manos. «Tengo que detener esto», se dijo, «o me volveré loca». Dirk ahora era malo y ésa era la amarga verdad.

La oscuridad llegó a las cinco y media, y con ella una brisa fría. Laura se vio obligada a abandonar su refugio. Aún no regresaría a su apartamento. Dirk podría estar esperándola aún, pensó.

En ocasiones como ésa, lamentaba no tener familia ni amigos. Si al menos contara con un hogar cálido, gente con quien hablar que no fuera Morrie ni Carmel.

La imagen de Hester se filtró en su mente.

Ni siquiera sabía dónde vivía, recordó mientras regresaba a su coche. Tampoco tenía su número de teléfono, pero podía buscarlo en la guía.

Recordó con el ceño fruncido que Hester había mencionado que vivía con un hombre. No podía molestarla el fin de semana. No, tendría que entretenerse ella sola. Iría a cenar, y después al cine.

La película era muy mala. Laura se hubiera marchado de tener otro sitio adonde ir, pero se quedó a observar cómo un psicópata

asesinaba a una mujer tras otra, por razones desconocidas. Ella se sintió molesta por haber gastado dinero en esa basura.

Lo que más la molestaba era la estupidez de las víctimas. ¿Por qué sabiendo que había un maniaco suelto por las calles, salían a pasear de noche? ¡Estaban pidiendo que las mataran! ¡Y claro, lo conseguían; y de qué forma!

Aun así, la irritación puede distraer a la gente, decidió Laura cuando terminó por fin la película. En las dos últimas horas no había pensado ni una vez en Dirk. Era un milagro.

Pero cuando abandonó la sala, volvió a pensar en él. Seguramente ya estaría decidido a dejarla en paz, por lo menos ese día. Eran más de las nueve y media. Cuando llegara a su apartamento serían por lo menos las diez.

A Dirk le gustaba llegar temprano a la oficina los lunes, así que nunca se acostaba tarde los domingos. No cambiaría ese hábito, ¿o sí? Todo lo demás en él había cambiado, recordó ella con amargura. Sacudió la cabeza con frustración y se dirigió al aparcamiento.

Después de las diez, entró en la calle en que se encontraba su apartamento. Era estrecha y había vehículos aparcados allí.

Laura miró a cada acera por si el Jaguar azul metálico de Dirk estaba allí. Era un coche fácil de identificar, pensó con cierta tranquilidad.

No estaba allí.

Pasó frente al edificio de apartamentos y volvió a hacer el recorrido para estar segura.

El único Jaguar a la vista era un modelo de color negro. Ella dejó escapar un suspiro de alivio y condujo al aparcamiento.

Quizá debido a la película que había visto, o a su preocupación por Dirk, corrió a la escalera interior. Cuando al fin estuvo en su apartamento, se dio cuenta de que había contenido la respiración. Al colocar la cadena de seguridad, respiró con fuerza.

-Qué tonta soy -murmuró con voz nerviosa.

Temblando un poco, apagó la luz del vestíbulo y se dirigió al baño para bañarse. Su ritual de los domingos consistía en un baño largo y relajante, por lo general después de ver una película en la televisión.

De hecho, había adoptado muchos rituales nocturnos. A veces se ponía a hacer ejercicio sin ton ni son; en otras ocasiones trabajaba afanosamente en la máquina de coser hasta quedarse casi dormida. Además, tenía muchos libros junto a la cama por si el insomnio llegaba. No eran novelas románticas, por supuesto.

Si todo lo demás fallaba, recurría a las pastillas que le había

recetado el médico cuando murió su madre. No las tomó hasta que la visita de Dirk aumentó su tristeza. Durante algún tiempo dependió mucho de las pastillas, pero después de que Morrie le diera el trabajo de hacer los disfraces para la obra de teatro, se desprendió de ellas y trabajó duro.

Suspiró y abrió los grifos de la bañera. Al pensar en sus pequeños rituales se dio cuenta de qué patética y solitaria era su vida, qué vacía...

Se enderezó y se miró en el espejo del baño.

-Tendrás que hacer algo al respecto -se reprendió-. Tendrás que buscar a alguien con quien compartir tu vida.

Murmuró algunos consejos más, se desnudó y echó la ropa al cesto. Reguló la temperatura del agua y se metió en la bañera.

-Ah -gimió y se recostó; la presión del agua la empujó hacia arriba hasta que quedó flotando. Cerró los ojos e hizo un valiente esfuerzo por permitir que su mente flotara de la misma forma.

Fue en vano.

Su mente seguía rumiando todo tipo de recriminaciones y decisiones que, cuando salió de la bañera, sólo sirvieron para indicarle que la vida sin Dirk no tenía sentido y que pasaría mucho tiempo antes de que pudiera encontrar a un hombre que le interesara.

Tomó una toalla y se secó con vigor. Luego se aplicó bastante talco de lavanda. Se quitó el gorro de baño y el pelo cayó sobre sus hombros en pesadas ondas. Cuando trató de pasar los dedos por él, no pudo. Se le había enredado por el día en la playa y las largas horas de descuido.

Suspiró y comenzó a cepillárselo. Sus brazos estaban entumecidos por el baño y le costó mucho trabajo hacerlo, pero si no se peinaba en ese momento sería un desastre por la mañana.

Miró al espejo automáticamente, y estaba pensando que su nariz y sus mejillas se habían bronceado un poco, cuando, en ese momento, Dirk se materializó en el borde del cristal.

El impacto envió adrenalina por su cuerpo. Con los ojos muy abiertos y el corazón acelerado, Laura se volvió, esperando que fuera una alucinación.

No era así. Vestido con unos vaqueros azules y una sudadera gris con las palabras NUEVA YORK impresas en letras negras, Dirk parecía más masculino y vibrante que con su traje formal de la noche anterior. Miraba el cuerpo desnudo de ella con ojos hambrientos.

-¿Cómo... cómo has entrado aquí? -exigió saber ella con voz

estrangulada y cubrió su desnudez con la toalla.

Dirk metió la mano en el bolsillo de sus pantalones y sacó un juego de llaves que hizo girar en su dedo índice.

Laura gruñó. ¿Cómo pudo olvidar que él aún tenía las llaves? El hecho de que no las hubiera usado desde que se marchó...

-Entré alrededor de las nueve -explicó él y guardó las llaves. Después, se apoyó con pereza contra el marco de la puerta-. No estabas en casa.

-¿Quieres decir que has estado aquí todo el tiempo? -jadeó ella.

-Estaba sentado en la oscuridad del salón, esperando con paciencia a que terminaras con tu baño, esperando hasta que estuvieras... preparada.

Ella lo miró con disgusto y sintió un escalofrío cuando vio que Dirk miraba el espejo detrás de ella. Podía sentir los ojos que se deslizaban por la imagen reflejada de su espalda y traseros desnudos.

-Con tu permiso -dijo y se envolvió en la toalla.

-Qué modestia de virgen -comentó él con una sonrisa burlona-. ¿Se te olvida que ya lo he visto todo?

-No -estalló Laura-, no se me olvida, pero eso fue cuando vivíamos juntos y cuando creía que me amabas. Si quieres jugar, vete con tu preciosa Virginia.

-Eres muy deseable cuando te enfadas, ¿sabes? -señaló él con una amplia sonrisa que la alteró-. Tu piel brilla, tus ojos relampaguean y esos hermosos senos suben y bajan con movimientos muy provocativos.

Laura trató con desesperación de calmar su respiración agitada, pero no pudo. Una vez más la atrapaba un torbellino de ira mezclada con pasión. Una parte de ella quería golpear a Dirk. La otra quería abrazarlo, besarlo con fuerza, exigirle que compensara el terrible año de soledad con una orgía de loca pasión.

«Sigue pensando en Virginia», se ordenó. «Y en todas las demás mujeres que te ha puesto delante. Piensa en ellas para no ablandarte.»

Se echó el pelo hacia atrás y levantó la barbilla con desafío.

-Supongo que no me harás caso si te digo que te vayas, ¿verdad?

-No.

Ella apretó los dientes con fuerza.

-No tengo intenciones de irme a la cama contigo -declaró con una frialdad que la sorprendió. Si él supiera lo que estaba pensando.

-Ya lo sé -respondió Dirk con calma.

-¿Entonces qué haces aquí? -preguntó Laura, tratando de no

parecer desilusionada.

-Intentando seducirte -declaró él. Se acercó un poco y le sonrió con sensualidad.

-Pero acabas de decir que... que... -se quedó sin habla cuando Dirk comenzó a caminar despacio hacia ella.

-La seducción implica una falta inicial de cooperación -explicó él-, pero mi meta es persuadirte.

-No hagas esto, Dirk -gimió ella, llevándose una mano a la garganta en señal de impotencia.

-¿Qué? -susurró él, tomándole la mano y llevándosela al corazón acelerado; luego la alzó hasta su boca-. ¿Que no haga lo que sé que quieres que haga? Anoche pusiste las cartas sobre la mesa, Laura. No trates de mentirme porque no funcionará -le aconsejó y después se metió en la boca uno a uno los dedos femeninos, sorprendiéndola.

Durante varios segundos, Laura no pudo pensar; su mente era un caos. El atrevimiento de Dirk la enfureció más y trató de abofetearlo, pero él se lo impidió.

-No luches conmigo, Laura -le advirtió él con voz ronca por el deseo y le sujetó los brazos detrás de la espalda-. No quiero hacerte daño.

Un gemido ahogado se formó en la garganta de Laura. ¿Hacerle daño? Era justo lo que él había hecho.

-Te odio -sollozó cuando él la apretó contra el tocador y comenzó a besarle el cuello-. Te odio -repitió cuando echó hacia atrás la cabeza para dar acceso a los labios hambrientos.

-Ódiame lo que quieras -murmuró él contra la piel caliente-, siempre y cuando me dejes hacer esto... -deslizó la boca hasta los labios de ella.

La lucha de Laura contra su conciencia fue breve. Sólo después se preguntaría cómo un solo beso podía ponerla al borde de un abismo tal de sumisión. Concluiría que Dirk no tuvo que esforzarse mucho para conseguir su rendición total. La seducción de él había empezado una semana antes con esas miradas sensuales en el teatro. Desde ese momento, Dirk la mantuvo pensando sólo en el sexo.

Pero todos estos pensamientos surgieron después: En ese momento, ella no pensaba en nada, sus sentidos eran arrastrados en una oleada de placer y pasión. Gimió un poco bajo los labios y lengua exigentes, sin importarle cuando Dirk le arrancó la toalla. De hecho, se maravilló con la sensación del pecho de él rozando sus senos desnudos; después la excitó el contacto de las manos

posesivas en su trasero desnudo, atrayéndola hacia él.

De pronto, Dirk la hizo girar para colocarla frente al espejo; sus senos subían y bajaban. Los azules ojos de Laura se abrieron mucho cuando Dirk comenzó a acariciarla; se le secó la boca cuando vio sus propias respuestas a las eróticas caricias. Su mente giraba en una especie de sensualidad pasmosa ante la posesión salvaje de su cuerpo por parte de las manos que subían para amoldar sus senos hinchados, presionándolos y juntándolos, frotando los pezones sensibles hasta que fueron como capullos duros, doloridos y muy sensitivos.

Cuando Dirk bajó la cabeza para libar la suave piel de su cuello, una fiera oleada de deseo la invadió. Separó los labios y buscó la boca de él, gritando su nombre en un ruego tormentoso.

Con un gruñido, Dirk cubrió los labios ansiosos. Mientras la besaba, deslizó las manos por el plano abdomen de ella, hacia abajo, donde sus muslos se unían. Laura retiró la boca con un jadeo y arqueó la espalda como reflejo a la invasión íntima de él. Nunca había sentido esas sensaciones eléctricas tan intensas, pero excitantes. En cuestión de segundos se presionaba contra él, retorciéndose de placer bajo esos dedos provocativos.

-Oh, Dios -jadeó, temiendo que su cuerpo estallara-. Por favor... detente.

-Nunca -replicó él y la levantó en sus brazos para llevarla a la habitación.

Durante un segundo, la sensatez de Laura resurgió, pero ella la aplacó. Eso era lo que deseaba, lo que necesitaba. ¡Ninguno de sus escrúpulos la detendría!

Pero cuando él la tumbó en la cama, los últimos vestigios de orgullo la hicieron exigirle una concesión.

-Dirk -susurró con los brazos alrededor de su cuello.

-¿Sí?

-Tú... no irás después con ella, ¿verdad? No... no podría soportarlo.

El titubeo de él fue como un cuchillo en su pecho, tan afilado que casi la hizo gritar de dolor. Y ahí estaba ella, fingiendo que ya no lo amaba. Dios, ¿no podía él ver que sólo el amor la haría actuar de una manera tan tonta? ¿Por qué le permitía utilizar su cuerpo, romperle el corazón otra vez?

-No seas tonta, Laura -respondió él al fin-. Ya te he dicho que he terminado con ella. Tú eres todo lo que deseo, lo que siempre he deseado.

Y para convencerla, la besó con tempestuosa pasión, con tal

fuerza que la dejó devastada de placer mientras se quitaba la ropa.

-Bien, ahora -murmuró acostándose junto a ella y acariciándola posesivamente-, recuperemos el tiempo perdido..

regular de Dirk a su lado, consciente de que ella debía dormir también. Dentro de dos horas tendría ' que ir a trabajar, pero estaba demasiado excitada. Era extraño, ya que su cuerpo debería estar lánguido y saciado.

Ya habían hecho el amor varias veces. Laura se sorprendió y se asombró al descubrir que la maravillosa vida sexual que habían compartido hacía tiempo podía ser superada. La respuesta debía de estar en ella, ya que Dirk seguía siendo el mismo amante vigoroso e imaginativo. Pero antes él la persuadía y seducía para experimentar los juegos más desinhibidos, y ahora era Laura quien tomaba la iniciativa.

Cómo debió sorprenderse Dirk cuando ella sugirió que se bañaran juntos, sin mencionar lo bien que lo baño y secó. Claro, él al final tomó el mando, disfrutando del asombro inicial de ella; después insistió en que hicieran el amor frente al espejo. Pero cualquier sorpresa causada por esa sugerencia pronto desapareció ante el placer abrumador que Laura experimentó cuando Dirk se puso en acción. Aún sentía mariposas en el estómago al pensar en su imagen en el espejo cuando fue transportada a otro clímax maravilloso.

-¿Por qué no te duermes? -murmuró él a su lado.

-No puedo -se volvió hacia él-. Estoy demasiado excitada.

-¿Todavía? -Dirk se rió con diversión.

-Pensaba en lo que hicimos en el baño -comentó ella con voz tímida.

-Mmm -Dirk la miró-. No me digas que no te gustó.

Laura miraba al techo, escuchando la respiración-Claro que sí, pero creo que aún prefiero hacer el amor en la cama. Es más... cómodo.

-Y mucho más aburrido -se burló Dirk-. Creo que las parejas casadas no deberían hacer el amor en la cama después del primer año. Así, los matrimonios no caerían en los problemas sexuales en que suelen caer. Los maridos se verían forzados a usar su imaginación, y las esposas estarían... -se rió con suavidad-. Bueno, no sabrían qué esperar, ¿verdad?

De pronto deslizó un brazo debajo de ella y la colocó encima de él.

-Yo te mantendré en un estado perpetuo de expectación, cariño -prometió con sensualidad-. Expectación y excitación -la besó de

nuevo.

Laura jadeó cuando él se separó y sus manos comenzaron a acariciarla.

-No podemos seguir con esto -protestó ella sin aliento.

-No sé tú, pero yo estoy muy bien. Y era cierto. Laura podía sentirlo. -Eres un pícaro -se rió.

-Así es.

-¡Detente!

-¿Qué?

-Ya sabes...

-Ah, ¿que deje de hacer esto? -rodando sobre ella, comenzó a hacerle el amor una vez más, marcando su mente y su corazón, hasta que la muerte los separara.

Nada más los separaría, se juró Laura con fuerza. Ni otras mujeres, ni los hijos, ni el ego de Dirk ni nada. Lo tenía de vuelta en su vida, y no pensaba dejarlo irse nunca.

-Me quedaré dormida en el trabajo -susurró ella más tarde.

Dirk aún la abrazaba, sus dedos le acariciaban el brazo.

-Tómate el día libre -sugirió-. Yo no iré al tribunal hoy. Podríamos dormir, comer en algún sitio y después ir a mi casa. No conoces mi apartamento de soltero, ¿verdad? Está en Bondi, con vista a la playa.

Algo dentro de Laura se rompió. Una cosa era jurarse que no pensaría en las otras mujeres, y otra muy distinta cumplirlo. No podría ver el lugar donde él había llevado a Virginia y a otras, donde quizá les había hecho lo que acababa de hacerle a ella. No podría soportarlo.

-No -negó con firmeza-. No quiero conocerlo.

-¿Celosa, Laura? -la provocó él. -Sí -admitió ella con franqueza.

-Bien -murmuró él.

Laura se enfureció; todos sus esfuerzos eran premiados con la insensibilidad de él.

-¿Por qué te parece bien? -inquirió, apoyándose en un codo-. ¿Qué te parecería si yo te pusiera a un montón de hombres delante? ¿Qué dirías si te cuento que en esta cama han dormido muchos hombres más?

-No juegues conmigo, Laura -le advirtió con dureza-. Si hay otro hombre, u otros, en tu vida, quiero saberlo ahora. Diablos, mujer... -la sujetó y la hizo tenderse en la cama-. Si te has acostado con alguien, yo... yo...

La miraba con brutalidad y un extraño horror en los ojos. Laura tuvo la impresión de que había hecho un desagradable

descubrimiento. No le fue difícil concluir que eso incluía los sentimientos de él por ella.

¿Se había dado cuenta de que de verdad la amaba? ¿De que sus sentimientos iban más allá de la lujuria? ¿La imagen de ella con otros hombres por fin había sacado a la luz la verdad?

Controlándose, Dirk la soltó y se tumbó en la cama con una expresión irónica en el semblante.

-Perdona -murmuró-. No he debido hacer eso. No tengo derecho a esta celoso de nada que hayas hecho el año pasado. Supongo que estoy preocupado. Después de todo, tú fuiste la que me preguntó si me estaba arriesgando. Espero que tú no lo estés haciendo. Me gustaría saberlo, para tomar precauciones en el futuro.

Laura se quedó quieta, tratando de no parecer complacida. «No me engañas, Dirk Thornton», pensaba. «Me amas; siempre me has amado y por eso estás furioso. Por eso no pudiste alejarte de mí cuando volviste a verme.»

-No ha habido ningún otro hombre -confesó-. Trataba de provocar tus celos.

-Y lo has logrado -se rió-. Bien... -la miró-. ¿Ya has decidido lo que vas a hacer hoy?

-Sí. Iré a trabajar. Los pedidos de verano son para esta semana y Hester no puede hacerlo todo sola.

-Entiendo -él suspiró-. Debí saber que no podría cambiar muchas cosas de ti. Todo lo haces según las reglas, ¿no?

-No creo que eso sea malo -murmuró ella, herida por la crítica.

-¿Y si alguna vez no funciona? ¿Y si tienes que quebrantar un poco las reglas para obtener lo que quieres?

Laura no estaba segura de a qué se refería él. ¿A su trabajo como abogado defensor? ¿A su manera de perseguirla y acorralarla?

-La sociedad tiene sus formas de castigar a los que rompen las reglas -contestó y él se rió con cinismo.

-Bueno, es un riesgo que tendré que correr.

-¿De qué estamos hablando, Dirk?

-De nosotros, claro.

-¿Qué pasa con nosotros?

-De la relación que vamos a tener.

-¿Cuál?

-Viviremos juntos en pecado.

-No seas tonto, Dirk -ella se rió-. Estamos casados, como tú mismo me lo recordaste hace poco.

-Ah, pero no lo estaremos cuando nuestro divorcio se haya consumado.

-Pero... yo creí que...

-Ah, no, Laura. Te lo dije una vez y te lo repito: el matrimonio no es para mí. Nos divorciaremos, cariño. Y no pongas esa cara. Seré tuyo todo el tiempo que me desees. Sí me deseas, ¿verdad? -preguntó con burla.

-Sí, claro, pero...

-No más peros, Laura. La vida es para vivirse, no para preocuparse por tonterías. De todas formas, no tienes nada de qué preocuparte. Seré un amante fiel -la abrazó-. Ahora cierra los ojos y duerme un poco, si no Modas Fenwick tendrá una vendedora menos.

Laura habría discutido si no hubiera estado muda por el asombro de que él siguiera con la idea del divorcio. La amaba. Siempre la había amado. Eso estaba claro y, a pesar de lo que él dijera o hiciera, nada le arrebataría a ella esa certeza otra vez.

Capítulo 9

ADIÓS, cariño -murmuró Dirk y se inclinó para darle un beso prolongado-. ¿Quieres que sea un caballero y me baje a abrirte la puerta?

-No seas tonto. Te mojarás -el lunes lloviznaba y Laura de verdad agradecía que Dirk la hubiera llevado en el coche para que no tuviera que tomar el tren-. Tengo aquí mi fiel paraguas.

-¿No vas a cambiar de idea y vas a decir en el trabajo que estás enferma?

-No puedo -dijo ella con pesar, presionando la mano en los labios de él cuando quiso besarla de nuevo-. ¿Me recoges esta tarde?

-Estaré aquí con campanas.

-No es necesario -se rió Laura-. Tu espléndido coche es suficiente.

Una sonrisa irónica se dibujó en su rostro. ¡Qué extraña era la vida! Si hubiera sabido que el Jaguar negro que estaba aparcado anoche en la acera era de Dirk, no habría entrado en la casa y no se sentiría tan feliz esa mañana.

-Debo irme -anunció y miró con amor a su atractivo marido.

Él suspiró y se apoyó en el respaldo del asiento.

-Eres cruel. ¿Qué tal sí comemos juntos? -lo intentó de nuevo, con el rostro emocionado como un niño-. Podría recogerte y llevarte a un motel, y después...

Laura salió deprisa del coche; su suave risa ocultaba el deseo que sus palabras habían evocado en ella. Si no se alejaba de él, se derretiría. Abrió el paraguas y se volvió con un gesto de reproche.

-Estoy segura de que tienes mucho trabajo también. Nos veremos a las cinco en punto.

Cerró la puerta, y sonrió cuando lo vio alejarse de mala gana.

Aún sonreía cuando vio a Claudia a su lado con una expresión sorprendida en el rostro.

Por un segundo se sonrojó avergonzada, pero después le pareció gracioso y sonrió.

-Hola, Claudia -la saludó con júbilo-. ¿Cómo has pasado el fin de semana? Yo muy bien.

-Pero... pero -tartamudeó la chica-. ¿No era tu marido el que iba en ese coche? Es decir... no muchos hombres tienen ese color de pelo y... y...

-Sí, era Dirk -admitió Laura, disfrutando de la reacción de Claudia.

-¿Ya... os habéis reconciliado? -Sí.

Claudia abrió la boca y volvió a cerrarla. Después hizo una mueca.

-Espero que sepas lo que haces, Laura -dijo con disgusto-. Sé que tu marido es un hombre muy guapo, sensual y brillante, pero si yo fuera su esposa, no podría hacer la vista gorda ante lo que ha hecho últimamente. Dios, June me dice que sale con una mujer distinta cada semana. ¿Crees que él renunciará a todo eso para volver contigo? Quizá creas que eres un regalo de Dios para los hombres, pero créeme que hasta tú puedes aburrir a un hombre después de un tiempo.

Laura se tensó con disgusto y resentimiento.

-Qué amable por tu parte concederme el beneficio de tus consejos, Claudia -le espetó con energía-. Ahora déjame darte algunos. Lo que hago en mi vida privada es sólo asunto mío. Tú no sabes nada de mi marido, excepto lo que una tonta secretaria te cuenta y lo que ves escrito en los periódico: y revistas. Salir con una mujer no significa que se vaya a la cama con ella. Te diré que Dirk es un hombre maravilloso, cálido y dulce -Claudia parecía escéptica-. ¡Sí, dulce! Nadie conoce su verdadera personalidad, excepto yo. Si yo, como su esposa quiero hacer la vista gorda ante algunas indiscreciones que él cometió mientras estábamos separados tengo derecho a hacerlo. ¡Porque lo amo y él me ama!

Claudia la miró con franco odio.

-¿Ah, sí? Vaya, qué forma tan extraña de demostrarlo. Aun así, quizás a algunas mujeres les guste que las traten como a un felpudo. No digas que no te lo advertí terminó y entró en el edificio. Laura entró también, furiosa.

Cerró el paraguas y refunfuñó.

Hester entró -Tenía que llover cuando me he dejado aquí el paraguas -comentó la rubia sacudiendo las gotas de su abrigo, y después contempló a Laura-. Hoy tienes muy buen aspecto, Laura -la halagó-. El malva te queda bien. Deberías usarlo más a menudo. Nunca habías traído ese vestido.

-No -admitió Laura un tanto distraída. Su discusión con Claudia la había dejado alterada.

-Bueno, resalta tu figura un poco más que la ropa seria que llevas siempre -señaló Hester-. Es muy sensual.

Laura miró el vestido. Era de lana y de corte recto, con un cinturón muy ancho que enfatizaba su estrecha cintura. Dirk se lo

había regalado hacía un par de años, y cuando esa mañana buscaba en el armario qué ponerse, él lo sacó y se lo mostró.

-Ponte éste -dijo-, y esto debajo... -le dio un sujetador de satén negro y unas diminutas bragas, que hacía años que no se ponía.

-Normalmente no llevo ropa tan sexy para trabajar - protestó ella.

El se había acercado y la había sujetado de la barbilla.

-Póntela para mí -le pidió-. Me gustaría imaginarte así todo el día.

Por supuesto, Laura no pudo resistirse a la sensual proposición.

Sin embargo, el comentario de Claudia la hacía sentirse un poco avergonzada.

-¡Oh, Dios! -exclamó Hester-. Acabo de recordar que ibas a ver a Dirk el viernes por la noche para pedirle el divorcio -miró a la gente que entraba en el edificio-. Perdona -dijo y bajó la voz-. No quería gritar en público, pero me muero por saber qué ha pasado. Vamos -la agarró del codo-. Entremos en el despacho para que me lo cuentes todo.

Laura gruñó en silencio. Tenía la impresión de que Hester opinaría igual que Claudia. Sin embargo, no podía dejar de contárselo. Una vez en el despacho, decidió contarle también lo de la esterilidad de Dirk. Así su colega comprendería por qué ella hacía lo que hacía.

-Bueno, eso es todo -terminó después de un rato-. Quizá creas que soy una estúpida romántica al creer que él aún me ama, pero lo siento así.

Hester se mordisqueaba el labio inferior sin decir nada, pero su expresión era de preocupación.

-Bueno -Laura suspiró-. Dime lo que piensas.

-Lo que pienso... -Hester cambió de posición-. Bueno, creo que quizá sea cierto que él aún te ama, pero francamente pienso que vas derecha al desastre.

-Sabía que lo dirías -Laura suspiró-. Me encontré a Claudia cuando bajaba del coche de Dirk y me dijo lo que pensaba. Más o menos me dijo que yo era una boba ingenua. Y quizá tenga razón.

-¡Claro que no! Eres la chica más sensata que conozco. Si crees que Dirk te ama, tal vez sea cierto, pero él no puede darte un hijo y tampoco creo que cambie de opinión respecto al divorcio. Por lo que me dices, era casi un suicida antes de conocerte. Lo apaciguaste durante algún tiempo, pero cuando falló vuestra relación, él volvió a ser igual. Amar a un hombre como Dirk es un gran riesgo.

-¿Por qué lo dices? -discutió Laura-. Si mi amor lo transformó

una vez, puede hacerlo de nuevo.

-Quizá sí, quizá no. No tengo mucha fe en que los hombres cambien. Francamente, creo que él fue muy sincero al decirte que te quiere como amante. Te tiene afecto, pero de una manera egoísta, típica de su sexo. Si puedes aceptar sus condiciones, tienes la oportunidad de ser feliz con él, pero tal vez por muy corto tiempo.

Laura escuchó con la mente abierta. Sin importar la lógica de la otra mujer, algo en su interior se negaba a aceptarlo. Dirk la amaba de verdad. Eso era lo que le decía su instinto, y no escucharía a Claudia, ni a Hester ni a nadie más. Su felicidad estaba en juego y ella sola tomaría las decisiones.

-Vaya, he visto esa expresión antes -Hester suspiró-. Ya has tomado una decisión. Vivir o morir con Dirk, y nada te hará cambiar de opinión -señaló y Laura se sorprendió mucho, haciendo reír a su amiga-. ¿No sabías que eres muy obstinada cuando decides hacer algo?

Laura parpadeó. Eso le había dicho su madre respecto a Dirk: que era una tonta terca y que un día se arrepentiría.

-No te preocupes -la animó Hester-. Estaré aquí para recoger los pedazos.

-¡No habrá ningún pedazo! -replicó Laura con la barbilla levantada.

-¿Lo ves? -Hester sonrió-. Eres obstinada, pero tu lealtad a tu marido es comprensible. Ojalá yo pudiera ser tan confiada.

El teléfono sonó y Hester lo contestó. Cinco minutos más tarde, salió del despacho para revisar un embarque de ropa del extranjero.

Laura languideció en su escritorio toda la mañana, tratando de concentrarse en los pedidos de ropa de verano. Su mente no estaba en el trabajo. Le habría pedido ayuda a Claudia de no ser por el altercado de la mañana. Luchó sola y a la una había terminado la mayor parte del trabajo, pero estaba muy tensa. Pensaba salir a dar un paseo cuando alguien llamó a la puerta.

-Adelante -dijo.

Un desconocido de abdomen prominente y cabeza calva entró y la miró de los pies a la cabeza. -Usted debe de ser Laura Thornton comentó-.El tipo me indicó que le diera esto... -le entregó una nota doblada-, y que la llevara con él. Pero apresúrese. He aparcado el taxi en zona prohibida.

Laura leyó la nota.

Han pasado cuatro horas desde que te toqué y me estoy volviendo loco. Una hora. Sólo una hora. ¿Es mucho pedir?

Ella miró al taxista y trató de no sonrojarse. -Hmm... ¿dónde

está ese tipo?

-A la entrada de un motel a dos calles de aquí. -Ah... -Laura se sonrojó. -Bueno, ¿viene o no? -la presionó el taxista con impaciencia.

Ella se agachó para recoger su bolso, que se encontraba junto a la silla. Nunca había hecho alto tan ridículo, tan atrevido.

El taxista enarcó las cejas cuando la estudió bien de los pies a la cabeza.

-Es un tipo con suerte -murmuró. Laura se sonrojó aún más.

-Él.., él es mi marido -tartamudeó.

-Claro, cariño -la miró con cinismo-. Me paso el día llevando esposos a los moteles. Vamos, dése prisa.

Laura se sintió agradecida por el corto trayecto.

Se bajó deprisa del coche y se lanzó a los brazos de su marido en un minuto. Mientras Dirk pagaba al taxista, Laura notó que por lo menos no era un motel feo. De hecho era un edificio nuevo y limpio, con una amplia entrada con fuentes y palmeras.

De todas formas era un motel y todo el mundo sabía para qué servían a la hora del almuerzo.

-Me siento como una prostituta -susurró ella cuando el taxi se alejó. Se sonrojó de vergüenza y excitación.

La risa de Dirk mostró sus dientes blancos. Después la besó delante de todo el mundo. Era obvio que había ido a casa a ducharse y cambiarse, porque olía maravillosamente. También estaba muy atractivo con pantalones negros y un suéter gris que combinaba con sus ojos.

-¿Ah, sí? -murmuró, deslizando un brazo posesivo alrededor de su cintura, mientras la conducía adentro-. Bueno -sonrió cuando sacó la llave de la habitación veintitrés- después de todo, tú me atrapaste.

Toda la semana fue así. Dirk constantemente la sorprendía e intrigaba. Cada noche, después del trabajo, la llevaba a casa, donde ella se duchaba y se vestía con ropa que él elegía o le regalaba. Siempre eran vestidos sensuales, de telas suaves al tacto y estilos que enfatizaban su figura sin revelar demasiado. Su ropa interior era otra cosa; eran prendas muy eróticas de satén blanco o negro, que se amoldaban a sus curvas.

Una vez que se arreglaba y perfumaba, Dirk la llevaba a cenar a un restaurante cercano a un hotel para no tener que conducir después de comer. Por lo general, Laura se sentía un poco mareada

cuando Dirk la conducía a la habitación reservada. Pero eso no era por el vino que ingería en la cena. Estaba ebria de placer; era casi tan insaciable como él. No podía tener suficiente de su cuerpo, y cada noche pasaban muchas horas antes de que se durmieran abrazados.

La primera nube en su existencia de ensueño sobrevino el viernes por la noche. Dirk la llamó al trabajo justo después de las cinco y le informó que saldría a las siete de la oficina, pues tenía una cita a las seis con un cliente. Cuando ella propuso cenar en el apartamento, él aceptó y dijo que llegaría alrededor de las ocho.

Pero dieron las ocho y él no apareció.

A las ocho y media, Laura estaba muerta de preocupación, aunque no se atrevía a llamarlo a la oficina. Por primera vez, los celos y la sospecha asomaron sus feas cabezas.

El cliente era una mujer, comenzó a pensar. Una mujer sensual, una mujer hermosa. Dirk le hacía el amor en su despacho, en el suelo, en el escritorio, imaginó con rabia.

Comenzó a pasearse por el apartamento; su imaginación se desbordaba.

Una llave sonó en la cerradura a las ocho treinta y cinco, y Laura corrió hacia la puerta.

-¿Por qué no me has llamado para decir que llegarías tarde? -exigió saber.

-No tengo teléfono en el coche -respondió él y cerró la puerta-. Hubo un atasco en el puente –sus ojos recorrieron el rostro sonrojado y tenso-. Sólo he llegado media hora tarde, Laura.

-¡Media hora es mucho tiempo para un casanova como tú! -Laura reveló sus celos-. Bueno, ése no ha sido todo el tiempo que has tenido. Quizá fue todo el día, o desde que llamaste esta tarde.

Dirk estiró la mano, la sujetó de la muñeca y tiró de ella con dureza.

-No seas tonta. Estuve ocupado, como te informé. Pero supongo que tendré que convencerte.

La besó con pasión. Cuando ella se apoyó débilmente en él, Dirk la levantó en brazos y la llevó a la cama.

-¿Tienes hambre? -le preguntó poco después; habían hecho el amor breve y apasionadamente.

-No mucho -su cabeza yacía sobre el fuerte pecho; todo su disgusto había desaparecido.

-Estás loca, ¿sabes? -dijo él, acariciándole el pelo y besándola-. No necesito ni mirar a otra mujer si te tengo a ti, Laura. Te amo. Debes saberlo. Laura levantó con rapidez la cabeza.

-¿Sabes que es la primera vez que me lo dices desde que... que...?

Un enorme nudo le obstruyó la garganta y la humedad anegó sus ojos. Dos grandes lágrimas rodaron por sus mejillas y Dirk se conmovió.

-Por Dios, no llores, cariño. Por favor, no llores -la abrazó fuerte contra su pecho-. Te amo -insistió-. A pesar de todo lo que he hecho. Créeme.

-No me dejarás otra vez, ¿verdad? -preguntó Laura.

-No. Nunca.

-¿Y el divorcio? No quiero el divorcio, Dirk. No quiero una aventura. Te quiero aquí conmigo p siempre. Por favor, amor mío... Múdate conmigo. Sé mi marido otra vez.

-Si así lo quieres... -Dirk suspiró.

-Oh, Dirk... ¿hablas en serio? Oh, te amo tanto, mi vida. Lo de quedarme embarazada no importa. De verdad que no. Si no puedes ser padre, no quiero hijos. De verdad.

Cierta tristeza nubló los ojos de él.

-Me alegra saberlo, Laura. Mucho más de lo que imaginas...

-No... no hablemos más de eso -se apresuró a decir ella, temerosa. Ahí fue donde todo empezó a ir mal. Y lo que ella había dicho era cierto: sólo quería hijos de Dirk; de nadie más.

Pero había algo en su mente que seguía recordándole que ser padre era más que un asunto biológico. Uno podía ser padre por otros métodos. Algún día, cuando su matrimonio tuviera solidez, quizá se lo mencionaría a Dirk.

Mientras tanto, sólo deseaba tenerlo con ella.

-Quizá deberíamos cenar ya -sugirió con un suspiro feliz-. ¿Qué te parece?

El timbre del teléfono los asustó.

-No contestes -ordenó Dirk.

-Debo hacerlo. Nunca me llama nadie, así que debe de ser importante.

Se reclinó sobre el pecho de él y alcanzó el teléfono.

-¿Sí?

-Gracias a Dios que contestas -dijo Carmel-. Te he llamado todas las noches de la semana y nunca estabas. Creí que te habías ido de vacaciones o algo así. ¿No será que hay un nuevo hombre en tu vida? Dirk le arrebató el teléfono:

-No -señaló-. ¡Es uno viejo!

Hubo un silencio de sorpresa al otro lado de la línea, y Laura casi se rió.

-¿Dirk? -preguntó Carmel-. ¿Eres tú?

-El mismo. ¿Para qué quieres a Laura? Está ocupada por el momento -le guiñó un ojo a su esposa, que trataba de no estallar en risas.

-Oh... yo... sólo iba a invitarla a la parrillada de mañana. Se lo prometí la semana pasada y... -¿A qué hora? -la apresuró.

-Bueno, como a las cuatro, creo...

-Allí estaremos, Carmel. Compra mucha carne. Últimamente tengo mucho apetito.

Colgó el auricular con una gran sonrisa en los labios.

-Nunca había oído a Carmel tan sorprendida. Pobre Morrie. Esta noche va a escuchar una larga historia, te lo garantizo.

-¡Dirk, eres un malvado! -Laura se rió.

-Lo seré si no sacas ese trasero sensual de aquí y vas a la cocina. Anda. Muévete -la empujó con suavidad y le dio un beso en el trasero-. ¿No has oído lo que le he dicho a Carmel? Un hombre necesita su sustento, sobre todo después de lo que he hecho esta semana.

Laura se irguió y se echó atrás el pelo brillante. -El trabajo de una mujer nunca termina -se quejó en broma y después caminó despacio a la puerta. -¿No te vas a poner nada encima? –preguntó Dirk.

La mirada que Laura le lanzó por encima del hombro fue muy provocativa.

-Tengo un delantal en la cocina. Con eso bastará. -Pensándolo bien -murmuró Dirk, levantándose de la cama-, me gustaría aprender a cocinar.

Capítulo 10

DIRK aparcó el coche junto a la acera y apagó el motor. El reloj del tablero marcaba las cuatro y dos minutos. Muy nerviosa, Laura miró la casa de Carmel y Morrie. Una cosa era reírse por la reacción de asombro de Carmel por teléfono, y otra muy distinta exponerse a las miles de preguntas con que la bombardearía.

-¿Qué quieres que le diga a Carmel? -preguntó Laura con tensión.

-La verdad, supongo -respondió Dirk.

-¿Cuál es exactamente la verdad? -inquirió ella con el ceño fruncido.

-¿Qué dices, Laura? -la miró con una expresión severa que la inquietó-. ¿Ya no quieres que sea tu marido? ¿Es eso?

-No, claro que no, pero cuando comenté que ya no necesitarías tu apartamento de soltero en Bondi, no respondiste. Si de veras hablas en serio con respecto a nuestro matrimonio, ¿por qué quieres seguir alquilando ese lugar?

-No pago alquiler. Es mío. De hecho, todo el edificio es mío.

Laura se quedó con la boca abierta. Dirk ganaba mucho como abogado y había heredado una buena suma de sus padres. Sin embargo, ella no creía que tuviera tanto dinero como para comprar un edificio con vistas al mar.

-Dirk, no estarás mezclado con mafiosos, ¿verdad?

-Puede ser, Laura -él se rió-. Vamos, ya es tarde y...

-Ah, no, señor Evasivo -lo sujetó del brazo-. Quiero saber ahora mismo cómo conseguiste tanto dinero para comprar un edificio.

-No te va a gustar saberlo -le advirtió él con ironía.

-Quizá, pero quiero saberlo.

-Ya te lo he advertido. Hace unos meses defendí a un corredor de apuestas acosado de fraude. Cuando lo absolvieron, estaba tan agradecido que me dio algunos consejos para las carreras del sábado. Puse todo lo que me pagó en una apuesta doble.

-¿Cuánto?

-Cinco mil.

-¿Apostaste cinco mil dólares en una doble? -exclamó Laura con incredulidad. Dirk a veces apostaba en las carreras, pero nunca más de cien dólares, y mucho menos en dobles. Decía que era muy difícil acertar a dos ganadores.

-No pongas esa cara, Laura. Los dos ganaron. El primero diez a uno; el segundo, a doce. Así que gané en total seiscientos mil

dólares.

-S-seiscientos mil dólares -repitió ella, pasmada.

-Sí, me guardé el dinero en el bolsillo y fui a una subasta de bienes inmuebles. Compré ese pequeño edificio con doce apartamentos. Estaban un poco ruinosos, pero yo mismo los arreglé y...

-¿Tú mismo? -lo interrumpió con sorpresa-. Pero si tú no puedes ni clavar un clavo.

-Bueno, la gente cambia, Laura. Las circunstancias te obligan. Disfruté mucho haciendo el trabajo. El único que no puede alquilarse en este momento es el mío. Es un completo desastre.

La sorpresa la dejó muda. Y ella que se lo imaginó llevando mujeres a un hermoso apartamento con todos los dispositivos afrodisíacos decadentes como luces tenues, música automática y camas giratorias. Quizás había visto muchas películas de amor últimamente.

O tal vez él las llevaba a moteles, al igual que la llevó a ella la semana pasada. Quizás Dirk iba a los apartamentos de ellas o...

Sus pensamientos se interrumpieron cuando vio a Nicholas corriendo por el camino con su madre detrás.

-¿Cuántas veces te he dicho que no corras, niño malo? -gritaba Carmel-. Te caerás y te romperás el cuello. ¡Es decir, si no te lo retuerzo antes! -se detuvo con las manos en las caderas, ya que en ese momento el niño llegó a la acera y su tío lo levantó en brazos.

Laura ni siquiera se había dado cuenta de que Dirk se había bajado del coche.

-¿Cómo estás, mi aventurero? -preguntó él, haciendo girar al pequeño antes de colocárselo sobre los hombros-. ¡Vaya, la casa de tus padres sigue ahí! ¿Todavía no la has quemado?

Nicholas se rió y se agarró con fuerza al cuello de su tío.

_-¡Dirk, no les des ideas! -exclamó Laura y salió del coche.

Tanto el tío como el sobrino sonrieron y Laura se quedó pasmada. Eran tan parecidos. Eran diablillos guapos, aventureros, con la habilidad de encantar a la gente.

De inmediato le vino a la mente que si Dirk y ella tuvieran un hijo sería como Nicholas: rizos rubios, ojos azules y energía efervescente. Se le encogió el corazón y desvió la mirada para ocultar su tristeza. Pero aun así podía sentir los ojos de Dirk clavados en su espalda.

Cuando por fin lo miró, él fruncía el ceño. ¿Había intuido su dolor? ¿Le había adivinado el pensamiento? Dios, ella esperaba que no. Pensar en su incapacidad para ser padre le causaba pena, pero

no se podía comparar con el dolor de vivir sin él.

Se esforzó por sonreír y miró a Carmel. Donna, a su lado, estaba muy guapa, con vaqueros y una blusa de colores. Su pelo, antes largo y lacio, ahora estaba corto y rizado. Le quedaba muy bien, ya que resaltaba su delgado rostro.

-¿Quién es esa preciosa criatura que está contigo, Carmel? -preguntó Laura-. Me parece familiar, pero no puedo...

-¡Soy yo, tía Laura! -exclamó Donna-. Me he cortado el pelo y mira... se ha rizado, como el de Nicholas.

-Odio el pelo rizado -se quejó Nicholas-. Quiero tenerlo lacio, como el tío Dirk.

-Se pondrá lacio cuando crezcas -le aseguró Dirk-. Está en tus genes.

-Pero yo no tengo genes -comentó el niño, ladeando la cabeza.

Dirk y Laura se miraron y se rieron.

-Vamos, niños -los regañó Carmel en tono seco-. Hay que preparar la carne y hacer y responder muchas preguntas.

-¿Vamos a jugar al Maratón, mamá? -preguntó Donna con inocencia.

-No creo, cariño. Me parece que tus tíos han jugado mucho últimamente.

Los miró con reproche y los guió a la casa. -Prepárate para las preguntas de tercer grado -le susurró Dirk a Laura cuando entraban.

-Tú eres el abogado defensor -murmuró ella-.

¡Aconséjame qué decir!

-Qué te parece «Me niego a responder cualquier pregunta que pueda incriminarme».

-Muy gracioso. No creo que Carmel se trague eso.

-Entonces dile que fui a buscarte, te dije que me perdonaras por la forma en que actué, que aún te amo y que quiero rehacer nuestro matrimonio. Carmel es la típica mujer que se derrite ante la palabra «amor».

A Laura se le contrajo el corazón por un momento. ¿No fue eso justo lo que Dirk había hecho? ¿Y ella no se había derretido como la típica mujer de la que él hablaba con burla?

«No pienses así», le aconsejó una voz temerosa. «Debes confiar en él. Si no lo haces, vuestra relación nunca mejorará.»

-¿Qué pasa? -preguntó Dirk, deteniéndose para mirarla-. ¿Has olvidado algo?

-Sí, yo... bueno, me he dado cuenta de que no hemos traído nada de vino o algo.

-No te preocupes. La bodega de Morrie durará unos cien años.

Vamos, este niño pesa una tonelada. ¿Qué has comido, Nicholas? ¿Tortugas Ninja?

-No seas tonto, tío. Dirk -el niño se rió-. Las tortugas no se comen.

-¿No has oído hablar de la sopa de tortuga? -preguntó Dirk cuando lo bajó de sus hombros. -No... ¿Sabe bien?

-Cuando vayas a visitarnos te daremos un poco. También tenemos sopa de cola de canguro, filetes de cocodrilo y...

-Vamos, tío Dirk -gimió Donna desde la puerta-. Papá quiere que le ayudes. Ya sabes que siempre quema la carne si no lo vigilas. Mamá dice que no debería beber y cocinar al mismo tiempo.

-Tiene razón -estuvo de acuerdo él y deslizó un brazo posesivo alrededor de la cintura de su esposa cuando entraban en la casa.

Dirk tenía razón en cuanto a Carmel. Ésta aceptó con gusto la explicación acerca de la reconciliación. También tuvo el tacto de no mencionar las conquistas de Dirk, aunque sí soltó excusas como «los hombres siempre serán hombres», «no merece la pena llorar por lo que ya pasó», «el amor lo cura todo» y «la vida no es fácil».

Laura consideraba que la vida nunca sería fácil, y que el amor no era la panacea universal que decía la gente. Amaba a Dirk y aún creía que él la amaba, pero, ¿sería suficiente eso?

Durante toda la tarde no pudo dejar de observarlo y pensar en las palabras de Hester: que iba camino al desastre. No sabía por qué de pronto su fe en él se estaba derrumbando.

Quizás porque Dirk había cambiado, decidió por fin. Durante los primeros años de su matrimonio, Dirk fue muy abierto con ella, le hablaba sobre su trabajo, sus sentimientos, su vida: Nunca le ocultó nada. Lo compartían todo. Ahora, Dirk parecía haber compartimentado su vida. Por un lado, su trabajo, sus sentimientos más íntimos, sus ambiciones. Y por el otro, su vida sexual.

Antes, Laura había sido parte importante de un todo. Ahora era relegada a la parte sexual.

Su intuición femenina le indicaba que el cambio producido en su marido y su comportamiento donjuanesco se debía al descubrimiento de su esterilidad. Nunca se complació en esas actividades hasta que descubrió la terrible verdad. Aun así... si ella quería seguir siendo su esposa, debía aceptar que no había vuelta de hoja y que él no volvería a ser la misma persona con quien se casó.

Lo que más la preocupaba era saber si podría amar a un hombre que sólo podía expresarle su amor de una forma: en la cama. La

experiencia de su madre y sus constantes advertencias le infundieron una gran desconfianza en los hombres que eran así... para quienes el amor era sólo una emoción unidimensional, un poco más que lujuria. Y la lujuria no duraba.

-Algo te preocupa -observó Dirk cuando Morrie y Carmel fueron a supervisar el baño de sus hijos.

Laura estaba sentada en uno de los sillones del salón, bebiendo vino tinto. Él estaba enfrente, haciendo lo mismo.

-¿Por qué lo dices? -preguntó ella.

-Vamos, Laura. Te conozco bien. Normalmente eres muy parlanchina cuando bebes vino. Hoy has estado muy callada. Además, te has pasado la tarde mirándome con el ceño fruncido. Empezaba a creer que tenía el cierre del pantalón abierto.

Laura contuvo la urgencia de reírse. Los dos llevaban vaqueros y jerséis, pero el de Dirk estaba tan desgastado y ajustado que si su cierre hubiera estado abierto, todo el mundo lo habría notado de inmediato.

-Anda, dime qué te molesta -la presionó él.

¿Se atrevería a decirlo todo? Por mucho que la preocupara el futuro, debía admitir que la semana pasada había sido la más excitante y satisfactoria sexualmente de toda su vida. Era como si estuvieran otra vez de luna de miel.

Una luz penetró en su cerebro.

¡Claro! Dios, ¿por qué había sido tan estúpida? Era como si estuvieran en su luna de miel. Después de su larga separación era natural que el sexo fuera lo dominante en su relación. Con el tiempo, todo volvería a la normalidad. Mientras tanto, ¿qué importaba lo a menudo que Dirk deseara hacerle el amor? ¿O dónde?, ¿o cuándo y cómo? Tampoco importaba si prefería el sexo que hablar. La mayoría de los hombres eran iguales. Dios, tenía todo el tiempo del mundo para largas conversaciones. Estaría loca si desperdiciaba la pasión poco común de su marido. ¡Loca!

-Laura -le advirtió Dirk-, si no dices algo en los próximos segundos, te mataré.

Ella le sonrió con seducción y malicia.

-Demos un paseo, Dirk -susurró con sensualidad-, por algún lugar privado...

Dirk abrió mucho los ojos, pero bajó deprisa su copa y se levantó.

-Tendrás que conducir. Yo ya he rebasado el límite. Tú estás bien, creo, es tu segunda copa.

-Así es -ella dejó la copa en la mesa y se levantó, consciente de

que ya temblaba por dentro.

Se sorprendió por la tormenta de sensaciones que la abrumaron cuando Dirk deslizó las manos por su trasero. La atrajo con fuerza hacia su cuerpo al tiempo que la besaba con desinhibida pasión.

Carmel entró en el salón en ese momento y se aclaró la garganta.

Cuando Dirk la soltó, Laura se tambaleó con debilidad. Él la sostuvo con firmeza y miró a su cuñada.

-Espero que no te moleste, Carmel, pero Laura y yo debemos irnos de inmediato.

La sonrisa comprensiva de Carmel era testimonio del cariño que les tenía.

-No hay problema. Morrie lo comprenderá también. Está encantado con vuestra reconciliación. Cualquiera diría que él tomó parte en ello.

Los dedos de Dirk se clavaron casi con crueldad en la cadera de Laura cuando la empujó hacia adelante.

-Despídenos de los niños, ¿de acuerdo? -le pidió a su cuñada-. Y dile a Morrie que lo llamaré pronto. Ah, y gracias por la comida, todo estaba delicioso. Me siento revitalizado.

-No estoy tan segura de que eso sea bueno para Laura -comentó Carmel cuando los acompañó a la puerta-. Laura parece un poco cansada. ¿Por qué no tratáis de dormir una noche? -sugirió con picardía.

Ellos se despidieron en la puerta y se marcharon.

-Creo que no te das cuenta de lo fuerte que eres -se quejó Laura mientras caminaban hacia el coche y se frotaba la cadera-. Mañana tendré cardenales.

-No serían los primeros que te he hecho últimamente -bromeó él.

Laura se volvió y le dio un suave puñetazo en el estómago.

-¡Bestia! -lo golpeó de nuevo con las dos manos en el pecho, disfrutando del contacto con los duros músculos.

-¡Tendré cardenales mañana! -se quejó él, imitándola.

-Tendrás más que eso cuando termine contigo esta noche.

-Me intrigas -la provocó Dirk-. ¿Qué tendré además de cardenales?

-Agujetas -respondió ella y echó a correr por el sendero.

-Estoy harta de que vengas todos los lunes con cara de satisfacción -gimió Hester en la oficina-. La gente enamorada debería ponerse en cuarentena para que nosotros los indigentes no presenciáramos tan repugnante exhibición de felicidad.

-Has tenido un mal fin de semana, ¿eh? -se burló Laura con una

sonrisa-. ¿Por fin echaste al hombre casi perfecto con quien me dijiste que vivías? ¿Cómo se llama? ¿Nigel? ¿Bruce?

-¿Crees que viviría con alguien con esos nombres? -Hester hizo una mueca-. ¡Dios, no! Mi novio tiene un bonito nombre masculino. Si te lo digo debes prometerme que no se lo dirás a nadie, especialmente aquí.

-Te lo prometo -aceptó Laura llena de curiosidad.

-Su nombre es Drake. Drake Marshall. -¿Drake Marshall? ¡Oh, Dios, no hablarás de Drake Marshall, del programa Our Street! ¿verdad? -El mismo -afirmó Hester.

Laura entrecerró los ojos cuando vio que su colega sonreía ampliamente al colocar una mano sobre su escritorio. Había que estar ciego para no ver el enorme diamante de la sortija que llevaba en el dedo. Laura se acercó e inspeccionó la joya.

-¡Vaya, rata inmunda! -exclamó-. Tienes una aventura amorosa con el sueño de todas las mujeres y nunca has dicho nada. ¿Cuándo te propuso matrimonio? ¿Este fin de semana?

-Hace meses, pero quería estar segura. Es actor y ya sabes que no tienen fama de ser fieles.

-¿Lo amas de verdad? Es decir... no es sólo por la fama y la fortuna, ¿o sí?

Un brillo cálido iluminó la belleza de Hester.

-Moriría por él -declaró ella.

-Oh, Hester -gimió Laura-. Es hermoso.

Las dos mujeres se miraron con lágrimas en los ojos.

-Nunca había sido tan feliz -admitió Hester-. Tengo miedo de que no dure.

-Yo también siento eso a veces -confesó Laura, pensando en lo feliz que era con Dirk desde hacía un mes-, pero no debes pensarlo. Nunca hay garantías de nada. Lo que tenga que pasar, pasará.

-Eres una gran mujer, Laura -declaró Hester con sinceridad-. Te mereces lo mejor de la vida. Espero de verdad que tu marido valore la clase de mujer que tiene. No muchas mujeres serían tan comprensivas ni perdonarían tanto.

-Oh, no sé -respondió Laura-. No soy tan buena. Si lo vuelvo a ver con otra mujer, no sé lo que haría.

Capítulo 11

TE pasa algo, Dirk? -preguntó Laura cuando él llegó por la noche.

-¿Por qué lo dices? -inquirió él al terminar de llenar su copa.

-Tú nunca bebes durante la semana, y mucho menos en lunes.

-¿Soy tan predecible? -comentó él con una sonrisa irónica.

-En absoluto -ella le sonrió cuando colocó las manos en su pecho y lo miró con amor-. Pero te conozco muy bien. Además, cada vez leo mejor tu lenguaje corporal.

-Mmm. Me parece muy prometedor.

Cuando la iba a besar, Laura se retiró. Le preocupaba que la única manera en que se comunicaban fuera mediante el sexo. Llevaban ya un estilo de vida más estable, y cenaban casi siempre en casa, pero el deseo de Dirk por ella nunca disminuía. A ella le encantaba que le hiciera el amor cada noche, pero también había ocasiones en las que deseaba sólo charlar.

-Por favor, Dirk, quiero que hables conmigo, no que me beses.

-Empiezas a parecer una esposa -le reprochó él con una risa seca y levantó su copa.

-Quizás es porque soy tu esposa -le recordó ella con dolor en el corazón. ¿Qué clase de matrimonio era ése si su marido no podía, o no quería, compartir sus problemas con ella? Un matrimonio así no podía durar-. Vuelves a tratarme como a una amante, Dirk -continuó con mortificación-. Y.., y eso no me, gusta.

El la miró y después se llevó despacio la copa a los labios. Sus ojos eran como de acero, con expresión implacable e indescifrable. Laura sólo estaba segura de una cosa: Dirk no le diría ni una sola palabra de lo que le preocupaba.

-¿De verdad me amas, Dirk? -preguntó con voz nerviosa.

Los ojos de él se nublaron y los entrecerró. Era una expresión que adoptaba cuando estaba furioso, o cuando un abogado oponente lo acorralaba.

-Claro que sí -señaló y vació la copa.

¿Debía ella creerle? ¡Oh, Dios, si sólo la estaba utilizando se moriría!

-Laura... -la frustración de los ojos de él se desvaneció cuando miró el rostro triste de ella-. No te tortures así. Claro que te amo. ¿No te lo he dicho miles de veces en estas semanas? ¿Qué más

puedo hacer o decir?

Laura sacudió la cabeza y bajó la vista, confundida. No sabía si el concepto de amor para Dirk era el mismo que para ella.

-No debí haberme mudado contigo tan pronto -comentó él-. Fue un error.

-No, no lo fue -negó ella con pánico-. ¡No lo fue! -repitió y lo abrazó con fuerza-. No digas eso, Dirk. Me da miedo que vuelvas a dejarme. No lo soportaría.

El suspiró y la abrazó con ternura.

-Nunca lo haré. Nunca... -la apartó con una sonrisa cálida y muy reconfortante-. ¡Ya! ¿Qué tal si cenamos esa deliciosa comida que está en el horno y después jugamos al Scrabble?

El corazón de Laura saltó. Ese juego fue una de las formas en que Dirk la ayudó a leer. Las letras grandes se fijaron con más facilidad en su mente. Admiró la paciencia de él para jugar una partida tras otra con ella, consciente de que seguramente se moriría de aburrimiento. Sin embargo, él nunca lo demostró. De todas formas, la única manera en que podía hacerlo entretenido era dándole una ventaja a Laura. Aun así, Dirk siempre le ganó.

-Te daré cincuenta puntos de ventaja -ofreció él.

-¿Sólo cincuenta? Que sean cien. El ganador friega los cacharros.

-De acuerdo. ¡Oye! -gritó después de que ella se retirara deprisa a la cocina-. No es así, ¿sabes? El perdedor es el que friega.

-No -Laura sonrió por encima del hombro-. Debiste escuchar con más atención, señor Astuto. Si ganas, friegas. Claro... puedes declararte perdedor, y entonces yo ganaría, por primera vez.

-Me parece que tengo todo en contra mía -se quejó él.

-¡En absoluto!

Fue una velada estupenda, sobre todo porque el sexo no fue lo preponderante. Abrieron una botella de vino para la cena, y después jugaron tres partidas. Con ventaja de cien, Laura ganó la primera con facilidad. De hecho, su vocabulario había mejorado muchísimo desde la última vez que jugaron, ya que ella tenía más seguridad en sí misma. Y nunca había disfrutado tanto fregando.

En la segunda partida, Dirk le dio una ventaja de cincuenta puntos. Por primera vez, él se concentró de verdad, pero ella volvió a ganar.

-En la próxima me recupero -alardeó él, moviendo de nuevo las fichas-. ¡No te daré más ventaja, tramposa!

-¿Tramposa? Yo nunca hago trampa.

-¿Entonces cómo es que de pronto te has vuelto tan inteligente?

-He resuelto crucigramas -confesó ella-. Es una buena fuente de

palabras escurridizas. -¡Y que lo digas! Ahora juega, sucia rata.

-Oh, pareces James Cagney.

-James qué?

-¿No lo conoces? -se burló ella-. Y yo que he creído todos estos años que eras un superdotado. Ahora creo que tu inteligencia es muy selectiva, Dirk Thornton.

-Y yo creo que eres una timadora. Juraría que siempre has podido leer bien.

-Quizá - lo provocó, y después formó una palabra de siete letras en su primer turno, ganándose cincuenta puntos. Dirk se quedó mirando el tablero unos segundos; después su atractivo rostro asumió una expresión decidida. Laura contuvo la risa. Había visto esa expresión antes, cuando ella rechazó su primera propuesta matrimonial.

Dirk ganó pero por poco margen.

Cuando por fin se fueron a la cama, hicieron el amor, pero fue un encuentro lento, suave y muy tierno. Después Laura cayó en un sueño profundo, sintiéndose feliz, y muy, muy amada.

-Debo ir a Brisbane un par de días -informó Dirk cuando cenaban al día siguiente-. He reservado una plaza en el vuelo de mañana por la tarde. Regresaré el viernes por la noche o el sábado por la mañana. Te llamaré para decirte el día exacto.

Ella lo miró, esperando más, pero él siguió comiendo.

La desilusión de ella fue muy grande. Así que volvían a lo de antes, ¿eh? Y tonta de sí creyó que, después de la noche anterior, todo saldría bien entre ellos. Pero en realidad nada había cambiado, pensó. Él seguiría tratándola como a una amante.

-¿No crees que merezco algunos detalles? -preguntó en tono mordaz-. Hubo una época en que solías hablarme sobre tu trabajo. ¿Es que no es trabajo lo que te lleva a Brisbane? -terminó con disgusto.

De inmediato deseó no haber hecho ese comentario. Dirk se tensó y sus ojos grises se oscurecieron. Durante unos segundos se mantuvo en silencio, pero después suspiró con frustración.

-Claro que es trabajo. ¿Qué otra cosa va a ser? La verdad, Laura, esa desconfianza tuya es la verdadera razón por la que no te quiero decir mucho.

Pero, como tienes tantas sospechas, te lo diré y al diablo con las consecuencias. Voy a Brisbane a representar a un cliente que ha demandado a una compañía por cancelación de contrato. Mi cliente

es una mujer, y muy atractiva; y por eso no quería decírtelo -un músculo se tensó en su mandíbula-. Comprendo por qué desconfías tanto de mí, pero, de veras, cariño -la tranquilizó tomándole una mano-, esos locos días míos ya han terminado. Eres todo lo que necesito y quiero en una mujer. Te adoro. ¿Crees que me arriesgaría a perderte?

Le alzó la mano y le besó los dedos con ternura.

-Quiero seguir haciendo esto -comentó con suavidad-, cuando tengamos setenta años, o quizás ochenta.

No merecía la pena protestar. Laura no podía contra Dirk cuando él decía cosas cariñosas como ésa ¿Qué mujer podría hacerlo?

-¿Regresarás el viernes por la noche? -preguntó con voz ronca.

-Aunque tenga que pilotar el avión yo mismo... -contestó él con mirada sensual.

-¡No puedo creerlo! -exclamó Hester cuando regresó a la oficina, haciendo una mueca y cruzando los brazos. Laura la miró sorprendida. Nunca había visto tan pálida a su compañera.

Y entonces Laura comprendió.

-No me lo digas -respondió-. Han llegado los pedidos de Aus Evening Wear y ninguno de los vestidos se parece siquiera a las muestras que nos enviaron.

-¿Cómo lo has sabido? -preguntó su colega con asombro.

-No quise decírtelo entonces, pero yo no confié en ese tal Doug Turner. Esos tipos machistas son siempre iguales. Creen que las mujeres de negocios atractivas tienen la cabeza hueca y que dicen que sí a todo si se les halaga. Recuerda qué meloso fue, y cuántas veces te dijo que estarías estupenda con sus vestidos.

-Sí, ya sé -Hester hizo una mueca-. ¿Sabes que no sólo usaron tela corriente, sino que también la mano de obra es pésima? ¡El terminado es atroz! ¡Dios, estoy tan furiosa que voy a estallar! -miró con rabia el teléfono, tomo la guía y buscó el número-. Cabeza hueca, ¿eh? ¡Ahora verá! -marcó con fuerza.

A Laura le latía el corazón aceleradamente. Los enfrentamientos la ponían nerviosa.

-Quiero hablar con Doug Turner -espetó Hester-. Soy Hester Appleyard, de Modas Fenwick... Gracias... -golpeó el escritorio con su pluma. A Laura se le contrajo el corazón cuando su colega explotó-. No me importa si el señor Turner está en una reunión. ¡Esto es una emergencia, así que le sugiero que lo llame si no quiere que su compañía vaya a juicio!

Laura la miró con admiración. Ella no tendría el valor de ser tan

agresiva. Pensó que si se decidía a poner su propio negocio, le pediría a Hester que fuera su socia.

-¿Señor Turner? -preguntó Hester-. Soy Hester Appleyard, de Modas Fenwick. ¿Sabía que el pedido de vestidos de noche que su compañía nos ha entregado son de calidad inferior a la de las muestras que nos enseñó? ¿No? ¡Vaya, qué sorpresa! ¡Sin embargo, usted personalmente nos garantizó que sería réplicas exactas de las muestras! -respiró hondo continuó-: Bueno, déjeme decirle que son pésimos Ahora permítame informarle lo que va a suceder , partir de este momento: voy a cancelar el pago de esos vestidos, y se los devolveré inmediatamente, a cuenta suya, claro. En Modas Fenwick ofrecemos ropa de calidad y no almacenaríamos esos horribles vestidos de noche que usted se ha atrevido a enviar. ¡Por favor, no se moleste en volvernos a llamar!

Y dicho eso colgó con fuerza el auricular. Laura sacudió la cabeza con admiración.

-¡Ufl No sabía que podías ser tan dura. ¿Sabe Drake con quién se va a casar? -preguntó.

Hester soltó un suspiro trémulo y Laura notó que sus manos temblaban.

-Quizá no. Aunque sabe que tengo un carácter fuerte. La otra noche le tiré la cena a la cara. -¿Sí? ¡Dios! ¿Qué pasó?

-Él se apartó y el plato se estrelló en la pared -respondió Hester con ironía-. ¿Adivina quién tuvo que limpiar al final? ¡Pero mereció la pena! -su ` sonrisa de satisfacción le enseñó a Laura otra faceta de su compañera: era rebelde-. ¡Bueno! -Hester se irguió y la miró-. ¿Cómo van las cosas con Dirk? Pareces un poco triste esta mañana. ¿Has tenido alguna discusión con él?

-No, pero se va a Brisbane esta tarde por cuestiones de trabajo. Lo voy a echar mucho de menos. De hecho, ya lo echo de menos. Ojalá hubiera podido ir a despedirlo al aeropuerto, pero el avión sale a las tres.

-¿Por qué no te tomas un almuerzo prolongado? Mejor aún, tómate la tarde libre. Yo te cubriré.

La sensación de depresión que había acompañado a Laura durante el día se desvaneció.

-¿Lo harías? Oh, sería maravilloso. Sé que se encuentra en su despacho en Broadway ahora, y eso está a cinco minutos de aquí en taxi.

Hester miró su reloj.

-Casi es la hora del almuerzo. ¿Por qué no llamas un taxi y te vas ya?

-Eres mi ángel de la guarda, ¿sabes? -comentó Laura y se puso la chaqueta.

-Las mujeres debemos ser solidarias -respondió Hester con seriedad-. Llamaré al taxi mientras tú vas a refrescarte. No puedes dejar que tu amor te vea con la nariz brillante y el pelo revuelto.

En menos de quince minutos Laura pagaba al taxista frente al edificio donde se encontraba el despacho de Dirk.

Caminaba hacia la puerta cuando la secretaria de Dirk salió, hablando con otra mujer. No vio a Laura y se alejó deprisa.

Laura subió por la escalera al vestíbulo de Dirk, aliviada de que June fuera a almorzar. No le agradaba, ya que su chismorreo con Claudia le causaba problemas.

La primera señal del desastre llegó con el perfume que golpeó el olfato de Laura en cuanto entró en la recepción de Dirk. Eso la contuvo de llamarlo. De hecho, se quedó quieta, confusa, tratando de recordar dónde había olido antes ese perfume, cuando la voz de Dirk salió del despacho semiabierto.

-¿Qué haces ahí tanto tiempo, Virginia? ¿Cuánto tardas en refrescarte y cepillarte el pelo? Si no te das prisa, perderemos nuestro avión.

Laura se quedó helada. ¿Virginia? ¿Nuestro avión?

-Siempre me apresuras -se quejó una voz suave de mujer-. ¡Ya! ¿Qué te parece? ¿Estoy bien?

-Siempre estás guapa, Virginia. Deja de buscar cumplidos.

-¡Y tú siempre eres un bastardo, Dirk Thornton!, dime, ¿qué cuento le has contado esta vez a tu pobre esposa?

El corazón de Laura se detuvo.

-De hecho le he dicho la verdad -contestó él con frialdad.

-Pero no toda la verdad, supongo -se burló la mujer-. De verdad, Dirk, ¿qué clase de juego cruel juegas con tu mujer? Vi su expresión la otra noche en el teatro. Está loca por ti. Yo te adoro, cariño, pero no puedo evitar sentirme un poco culpable. Ella parece tan... tan dulce.

-Ella es dulce.

-Entonces, ¿por qué haces cosas deliberadas para herirla? No tiene sentido.

-Para mí sí.

-¡Oh, odio cuando te pones misterioso conmigo! Me merezco una explicación más detallada, ¿no? Después de todo, llevamos mucho tiempo juntos. Puedes confiar en mí, ¿no?

-Pero si ya confié en ti, Virginia -Dirk se rió-. Y aún lo hago.

-¡Ja! Es todo lo que me dirás, ¿verdad? Bueno, espero que hayas

reservado un buen hotel, chico malo. Ya sabes que sólo me gusta lo mejor.

-Ya lo sé. El otro día recibí la cuenta por una prenda que compraste. ¿No pudiste ser un poco menos... pues... extravagante?

-Bueno, tú dijiste que querías algo muy sexy, y eso cuesta mucho dinero.

-Ya me he dado cuenta -gruñó él-. Creo que podemos comer algo antes de tomar un taxi al aeropuerto.

-Me parece muy bien. Mmm, estás terriblemente guapo con ese traje gris, ¿sabes?

Laura retrocedió hacia el pasillo; se le doblaban las piernas. Se sentía enferma. No, se sentía destrozada.

En cualquier momento se derrumbaría. Un instinto desesperado le indicó que no lo hiciera allí, delante de Dirk y esa horrible mujer.

Corrió por la escalera y salió a la calle. Un autobús se detuvo en la esquina y Laura se subió sin mirar atrás.

-¿Adónde, señora? -preguntó el conductor, ex

tendiendo la mano para recibir el dinero.

-A donde sea -respondió ella casi sin pensar. -Es un dólar y quince centavos -indicó el conductor-. Llegamos hasta Circular Quay.

Laura pagó, recibió el cambio y se sentó en el asiento más cercano.

«Me voy a volver loca», se dijo a sí misma, luchando contra las náuseas que le revolvían el estómago. Pero no se volvió loca. La locura, al igual que la vida, no es cosa fácil.

Capítulo 12

EL médico de Laura la dio de baja por incapacidad por dos semanas. Escribió que había contraído un virus, aunque los dos sabían que era un problema de estrés. Le preguntó si necesitaba ayuda especial, algún calmante, pero ella se negó. Sabía que debía salir sola del problema.

Fue a casa y, tratando de no ver la ropa de Dirk colgada junto a la suya, hizo una pequeña maleta y salió de inmediato. No sabía qué iba a hacer, pero no soportaría volver a ver a Dirk, hablar con él por teléfono y fingir que no sabía que Virginia estaba en la habitación con él. Tampoco podría enfrentarlo a la verdad y soportar que él le mintiera.

No dudaba que Dirk lo haría. Parecía que la mentira formaba parte de él.

¿Era una venganza?, se preguntó con pena mientras conducía por Pacific Highway. O quizá simplemente era un hombre sin escrúpulos que pensaba que podía tener a Virginia y a ella al mismo tiempo. Sólo Dios sabía con cuántas mujeres más tenía relaciones.

Sacudió la cabeza y apretó con fuerza el volante; la angustia y la ira luchaban por salir. Qué tonta había sido al volver tan precipitadamente con él. ¡Qué estúpida e ingenua!

Nunca más lo haría, se prometió con amargura. Prefería quedarse sola para siempre y no estar expuesta a ese dolor otra vez.

Pasó el río Hawkesbury y se dirigió a Newcastle. No miraba a los lados, sólo al frente. El paisaje no significaba nada para ella. Su mente imaginaba a Dirk de regreso el viernes, quizá sorprendido porque ella no había contestado el teléfono. Después encontraría su nota: Me he ido por algún tiempo.

Necesito pensar. Laura.

La nota no era para tranquilizarlo. Por su parte, él podía irse al infierno. Pero no quería que Dirk llamara a la policía para que la buscaran. Necesitaba tiempo y paz para decidir qué haría con su vida sin Dirk.

Llegó hasta Taree esa noche. Se hospedó en un hotel que había junto al río Manning. Era un hermoso lugar con muchas zonas verdes por donde pasear y pensar.

Laura lo hizo durante tres días.

Al cuarto día se desmayó. Simplemente se cayó de la silla del comedor del hotel. Más tarde despertó por el sonido de voces;

estaba en su habitación. Vio a un desconocido al lado de la cama, que le tomaba el pulso.

-¿Señora Thornton? Soy el doctor Jenkins. El administrador del hotel me llamó. Dijo que era huésped aquí y que no conocía a ningún médico local. ¿Cómo se siente ahora? ¿Mejor?

La habitación dejó de girar poco a poco. -Sí -susurró ella-. Yo... supongo que sí.

-¿Ha estado enferma, señora Thornton? El administrador dijo que podía ser eso. Está un poco pálida.

-Bueno, un poco...

-¿Quiere contármelo? Quizá pueda ayudarla.

-No creo -Laura sonrió con tristeza.

-Las mujeres jóvenes como usted no se desmayan así sin más -señaló el doctor-. ¿Se ha desmayado antes, señora Thornton, últimamente?

-Nunca en mi vida me he desmayado -aseguró ella con el ceño fruncido.

-Ah -el médico pareció pensativo-. Entonces podría ser que esté embarazada, ¿no?

A Laura se le contrajo el estómago; abrió mucho los ojos antes de que la fugaz esperanza muriera. Luego volvió la cabeza al otro lado.

-No -declaró con firmeza-. No, eso es imposible. Yo... yo...

Imposible o no, su mente calculó fechas y por primera vez se dio cuenta de que su período menstrual se le había retrasado una semana. Contra toda lógica, se estremeció emocionada. Pero el sentido común prevaleció.

-Usted no entiende... -suspiró y se enfrentó al médico-. No puedo estar embarazada. Mi marido es estéril. Él... él...

De pronto sus ojos se llenaron de lágrimas. Parpadeó con fuerza, pero dos grandes gotas caían ya por sus mejillas. El doctor Jenkins se mostró compasivo.

-Quizá su marido no sea el padre del niño -sugirió con amabilidad-. ¿Es eso, querida? ¿Es ése su problema?

-No -ella sollozó-. Creo que es sólo estrés. No puedo estar embarazada.

-Tal vez no, pero creo que será mejor que hagamos una prueba, sólo para mi tranquilidad. Entonces podré buscar otras razones para su desmayo.

Laura se secó las lágrimas con la mano y suspiró con cansancio.

-Si usted insiste...

Y la prueba de embarazo dio positiva.

-¡Pero... pero no puede ser! -exclamó ella con un azoro que ocultó la dicha que le daba la noticia. Se sentó en la cama y se estrujó las manos-. No lo creo. Yo... yo quiero otra prueba, una diferente.

-Entonces tendrá que venir a mi consultorio -le advirtió el doctor con el ceño fruncido.

-No me importa. Tengo que estar segura.

La segunda prueba también salió positiva. Muy positiva, le aseguró el doctor Jenkins. Cuando hicieron la tercera, a insistencia de ella, el resultado fue el mismo.

Gradualmente, el asombro de Laura se convirtió casi en ira.

-¿Pero cómo ha pasado esto? -interrogó al doctor y después le explicó que su marido era estéril y que este conocimiento lo cambió radicalmente, destruyó su matrimonio y arruinó su vida.

El médico no le dio respuestas concretas pero concluyó que todo había sido un error. Tal vez el patólogo confundió las pruebas, o quizá la esterilidad de su marido fuera temporal, causada por algún problema de salud o algún medicamento. Había tantos factores que podían alterar la producción de esperma, explicó el doctor. Algunas medicinas, mucho alcohol y cigarrillos, demasiado ejercicio, o incluso demasiado sexo.

Mientras discutía sobre la esterilidad de Dirk, la certeza de su embarazo por fin la golpeó. Había cometido un error, aceptó por fin, un error monumental.

Se sentó en el consultorio, callada y pasmada. Iba a ser madre. Iba a tener un hijo. No de cualquier hombre, sino de Dirk.

Estalló en llanto. El doctor le dio palmaditas y un pañuelo.

-Ya, ya, señora Thornton. Piense que es un milagro de Dios que cerrará la grieta entre ustedes. El querrá a este hijo, ¿no?

A Laura se le encogió el corazón cuando recordó a su madre diciendo que los hombres como Dirk no deseaban tener hijos. También recordó que Dirk había dicho lo mismo. Pero después vio la imagen de Dirk, riendo y jugando con Nicholas, y entonces supo que él había mentido. ¡Dirk sí quería un hijo! ¡Estaba segura!

No tenía otra opción. Debía regresar y decirle lo del bebé. Después de eso, era decisión de él si quería formar parte de la vida del niño o no. Ella permitiría que lo viera, pero su matrimonio de todos modos terminaría. Irrevocable y definitivamente.

Se limpió la nariz y se levantó. El doctor hizo lo mismo con rostro preocupado.

-No hará nada... estúpido, ¿verdad, señora Thornton?

-Claro que no -lo tranquilizó-. Quiero tener a mi hijo y estoy

segura de que mi marido también, una vez que asimile la noticia. Gracias por su ayuda y amabilidad.

-Espere, le voy a recetar unas pastillas con un alto contenido en hierro. Vaya a su ginecólogo en cuanto llegue a casa, ¿de acuerdo? Francamente, no me gusta la idea de que conduzca hasta Sydney sola. ¿No podría tomar un tren o un avión?

-Prefiero conducir, y de verdad que ya estoy bien. Me cuidaré. No permitiré que le pase nada a mi precioso bebé.

El doctor Jenkins sonrió. «Qué mujer más adorable», pensó. «Y qué buena madre será. ¡Dios, algunos hombres son realmente idiotas!»

Era la tarde del lunes cuando Laura llegó al norte de Sydney, justo en la hora punta. Se desvió en la calle que conducía a su casa; se le hacía un nudo en el estómago al pensar en enfrentarse a Dirk y decirle que no era estéril.

El tiempo había erradicado su convicción de que él se alegraría por esa noticia. Una vez se equivocó con él. Bien podría fallar de nuevo.

Al ver el Jaguar negro aparcado frente al edificio supo que Dirk estaba allí. A él no le gustaba tomar trenes ni autobuses; ni siquiera taxis. Siempre conducía. Si su coche estaba allí, él también.

Dejó su maleta en el portaequipajes y subió de mala gana a su apartamento. Metió la llave en la cerradura e iba a girarla cuando la puerta se abrió. Dirk estaba allí, mirándola con un aspecto fantasmal; tenía los ojos enrojecidos, el pelo revuelto y una barba de tres días.

-¡Laura! -jadeó-. Gracias a Dios. ¡Estaba muerto de preocupación! -la agarró y tiró de ella, cerrando la puerta con un pie. Cuando quiso abrazarla, ella se apartó.

-No me toques, Dirk -le advirtió.

Los ojos enrojecidos y cansados estudiaron el rostro femenino; mostraron angustia cuando Laura lo contempló con reproche.

-Lo sabes, ¿no? -gruñó él-. Lo de Virginia...

-¿Cómo has podido hacerlo, Dirk? -inquirió ella con dolor-. ¿Cómo has podido?

Él gimió y se apoyó en la pared, pasándose una mano por el pelo.

-Demonios -fue todo lo que dijo.

Los ojos azules de Laura eran muy fríos cuando lo recorrieron de arriba abajo, pero el cuerpo semidesnudo la hizo sentir todo menos frío.

Considerando todo lo que él le había hecho, ella pensó que esa

debilidad suya era enfermiza. Allí estaba Dirk, sin afeitarse y con resaca, vestido sólo con unos vaqueros desgastados. Y ella aún lo deseaba. No sólo lo deseaba; lo amaba.

Debía de estar loca.

Sacudió la cabeza y se preguntó cómo sobreviviría. Quizá debía darse la vuelta y desaparecer para siempre sin decirle nada acerca de su embarazo.

No. No podía hacerle eso, pensó. Dirk tenía derecho a saberlo.

-No quiero hablar de ti y Virginia, Dirk -comenzó con voz trémula-. Pero tengo algo que...

-¡No! -gritó él con tal tormento en la voz y el rostro que Laura se quedó muda de asombro-. ¡No! -repitió él. La tomó de las manos y se las apretó-. Sé lo que pasó el martes. Llamé a Hester y lo comprendí todo. Sé lo que creíste oír y ver, Laura, pero te equivocas. Yo... yo...

Su titubeo la hizo reaccionar. Eso era lo que había temido; que él tratara de engatusarla de nuevo, y lo lograra.

-¡No más mentiras, Dirk! -gritó, liberando sus manos-. ¡No soporto más mentiras!

-Yo tampoco -gimió él-. Dios, yo tampoco. Pero debes escucharme, Laura. Debes darme la oportunidad de explicarte por qué hice lo que hice. Por piedad, dame sólo cinco minutos de tu tiempo antes de condenarme. ¿Es mucho pedir, comparado con toda una vida? ¿Cinco miserables minutos?

Vaya, sí que era hábil, pensó Laura con amargura. Era muy hábil, y ella estaba demasiado cansada para pelear.

-Está bien, Dirk -suspiró-. Cinco minutos, pero creo... creo que será mejor que me siente -añadió cuando la habitación comenzó a darle vueltas.

-¿Estás bien? -preguntó él con preocupación.

Laura tragó saliva y levantó la barbilla, mirándolo con cinismo.

-Estoy bien, gracias. Sólo di lo que tengas que decir, Dirk, y por favor quédate donde estás. No quiero que te acerques a mí.

Él dio un respingo ante esas palabras como si lo hubiera golpeado.

-Morrie me lo advirtió -susurró-, pero yo no lo escuché. Estaba muy seguro de mí mismo.

-Ya has perdido un minuto -señaló Laura en tono frío.

Dirk hizo un gesto de disgusto y caminó por la habitación.

-No permitiré que me calles -le advirtió con ojos relampagueantes-. Diré lo que tengo que decir, sin importar cuánto tarde. Hay demasiado en juego, Laura, como para detenerse en

cosas como el orgullo femenino.

Laura lo contempló y pensó que estaba maravilloso con los puños cerrados, el pecho desnudo agitado... Era el perfecto animal macho, acorralado pero no vencido, luchando hasta la muerte. Un animal así en la sabana sería siempre el amo de la manada, pensó Laura.

Con razón se enamoró de él, admitió con tristeza. Con razón...

Dirk se adelantó dos pasos hacia ella. Su desafío se desvaneció en una angustia tal, que Laura se sorprendió. Ése no era el Dirk que acababa de ver. ¿Dónde estaba su arrogancia? ¿Su ego? Ciertamente no en esos ojos sombríos que la estudiaban.

-No sé cómo empezar -murmuró él con nerviosismo y se frotó la cara con inseguridad-. Dios, ¿por qué no preví este final? ¿Por qué no me di cuenta de lo que arriesgaba? -se pasó otra vez la mano por el pelo-. No lo estoy haciendo bien, ¿verdad? -su risa fue seca y dura-. Recuérdame no defender nunca a nadie cercano a mí en los tribunales. Sería un desastre.

Laura sólo se quedó quieta y lo miró. Nunca lo había visto así. ¡Nunca!

Una loca esperanza surgió en su corazón. Quizá no todo era lo que parecía. La emoción de él sí era real. Tal vez había alguna explicación milagrosa que lo arreglara todo, pero, ¿cuál?

-Me has pedido que no mienta más, Laura -señaló él con tensión-. Es justo. Ya no más mentiras...

Comenzó a pasear, hablando todo el tiempo; sus palabras eran sorprendentes e increíbles.

-Una vez te dije que no te amaba cuando me casé contigo... ésa es la primera mentira. Claro que te amaba. Te amaba tanto que hubiera matado por ti. Te amaba entonces, te amaba cuando te dejé y te amo ahora.

Laura dejó de respirar. «Dios mío, no permitas que esto sea otra mentira», oró.

-Segunda mentira: te dije que prefería vivir como un soltero despreocupado y no casado y en familia -su risa fue amarga-. Diablos, odiaba estar solo, odiaba estar sin ti. ¿Por qué crees que aposté todo ese dinero en las estúpidas carreras de caballos? Porque no me importaba. Creía que ya no me amabas. Creí... oh, ¿a quién le importa lo que creía entonces? Estaba equivocado. Lo supe en el momento en que te vi después del entierro de tu madre. La forma en que me miraste, Laura, me destrozó el corazón. Quería abrazarte y decirte cuánto te amaba, pero algo me contuvo, una idea que había estado germinando en mi mente desde hacía tiempo...

Respiró hondo para tranquilizarse y continuó.

-Lo cual me lleva a la tercera mentira: mi esterilidad...

A Laura le latió el corazón aceleradamente, sin atreverse a anticipar lo que Dirk diría.

-Estaba viendo la televisión una noche -explicó-, cuando transmitieron un programa sobre parejas estériles. Hubo una sección acerca de mujeres que no podían concebir por problemas psicológicos.

Dirk dejó de pasearse y la miró.

-No creo que te hayas dado cuenta de que tu madre estaba muy equivocada respecto a los hombres y cómo sus ideas torcidas se fijaron en tu subconsciente. Ah, sí, en la superficie creías que confiabas en mi amor por ti, pero en el fondo tenías miedo de que mi amor sólo fuera lujuria. Lo único que podía calmar ese miedo era que yo te dejara embarazada porque, para ti, igual que para tu madre, un hijo nacido del matrimonio era la única prueba verdadera del amor de un hombre -suspiró-. El problema era que tu madre también se aseguró de que no creyeras que dicho amor existía. Tu falta de fe en mi amor evitaba que te quedaras embarazada, Laura. Por lo menos... ésa fue la conclusión a la que yo llegué.

Laura abrió la boca para negarlo, pero se contuvo. Quizá Dirk tenía razón... ¿Quién podía estar seguro del complicado funcionamiento de la mente humana?

-Esa conclusión comenzó a dominar mis pensamientos, así que busqué una forma de darte ese hijo que tan desesperadamente anhelabas. No me importó lo que tenía que hacer para lograrlo. Me convencí de que si podía separar el amor y el sexo en tu mente, tú concebirías -la miró fijamente-. Mi plan fue inventar un escenario donde me permitieras hacerte el amor, pero donde el embarazo fuera lo último en lo que pensaras. Por eso te dije que era estéril, y por eso te hice creer que era un donjuán sin corazón que sólo quería a las mujeres para una cosa.

-¿Quieres decir que... -Laura se humedeció los labios-, que nunca te acostaste con ninguna de esas mujeres ni les hiciste todo lo que me haces a mí?

Dirk gimió y se arrodilló ante ella, tomándole las manos.

-Nunca toqué a ninguna. Eran ex clientes o amigas de ex clientes que salían conmigo un par de veces como un favor. No eran mujeres a quienes les importaran los chismes. La gente de todas formas siempre las critica. Demonios, gasté una fortuna en restaurantes lujosos y clubes nocturnos para ganarme la reputación de

mujeriego, créeme.

-¿No te acostaste con ninguna de ellas? -repitió Laura con asombro-. ¿Ni siquiera con Virginia?

-¡Claro que no! -Dirk se sentó a su lado y la miró a los ojos-. ¿Cómo habría podido hacerlo si estaba tan enamorado de ti? ¿Por qué crees que me morí de miedo cuando comenzaste a excitarme aquella noche en casa de Morrie? No había estado contigo en casi un año y de pronto allí estabas, la mujer a quien amaba, haciendo lo que ibas a hacer. Sentí que iba hacia el desastre inminente y que tenía que huir de allí tan pronto como pudiera. Dije lo primero que se me pasó por la cabeza. Oh, sé que te hice mucho daño y deseé arrancarme la lengua, pero sólo quería alejarme de allí antes de quedar como un tonto...

-Pero... pero yo le oí decir a Virginia que os conocíais desde hacía mucho. ¿Habéis sido amantes alguna vez?

-No. Fuimos a la universidad juntos y estuvimos en el grupo de teatro. Pero era Morrie quien se acostaba con ella por aquel entonces, no yo.

-¿Morrie?

Laura jadeó.

-Mi tranquilo hermano no siempre ha sido un santo. Usaba su puesto de director teatral para obtener ventajas -declaró él con frialdad-. Virginia tampoco era una santa. Quería ser actriz y sabía por dónde llegarle a Morrie. También era una persona muy interesante y nos hicimos buenos amigos, pero nunca nos atrajimos sexualmente. Ella es demasiado dominante para mi gusto y yo no me dejo manipular a su antojo -hizo una pausa-. Con los años he hecho muchos trabajos para ella, y cuando se metió en problemas recientemente, acudió a mí otra vez. De inmediato supe que era el tipo de mujer que necesitaba para volverte loca de celos. Virginia dijo que estaba loco, sobre todo cuando insistí en comprarle un vestido muy sexy para cierta ocasión. Cuando ella se negó, yo la chantajeé diciéndole que si no cedía, yo no la representaría. Había perdido la sensatez; toda mi mente estaba centrada en provocar que me odiaras y me desearas al mismo tiempo.

-Creo que lo lograste -confesó Laura con suavidad-. Por lo menos durante algún tiempo.

-Yo creo que no -negó él, sorprendiéndola. Tu amor por mí brilló todo el tiempo, Laura, y de pronto sólo deseaba ahogarme en él. Empecé a odiar la mentira en que vivía. Quería tenerte de vuelta, no como una amante, sino como mi esposa. Tan pronto como pude, olvidé mi plan original y me mudé contigo, aferrándome a la

esperanza de que la creencia tuya de que era estéril fuera suficiente.

-Oh, Dirk...

-Sí, sí, sé que ahora todo parece una locura, y muy cruel. Virginia y Morrie tenían razón al respecto. Pero sinceramente, yo creí que era cruel con un buen propósito. Seguía recordando tus palabras acerca de que, si no podía darte un hijo, ya no me querrías. De verdad lo creí, Laura. Por eso me fui, por eso puse mi plan en acción -suspiró-. Creí que darte un hijo era la única forma de reconquistar y conservar tu amor. No obstante, cuando volvimos a vivir juntos y pasaban los días, supe que me amabas por ser yo y que estaríamos bien incluso sin hijos. Habías madurado como persona, Laura, y yo también. Nuestro amor sobrevivirá, cariño, con o sin descendientes. Debes creerlo...

-Lo creo -respondió ella con sinceridad.

El rostro de Dirk se iluminó. Laura creía en él otra vez. Su amor estaba vivo y todo saldría bien. -Oh, Laura... amor mío...

Ella le tomó el rostro entre las manos para besarlo.

-Estás loco, ¿sabes? ¿Y si hubiera terminado odiándote en vez de sólo sentir celos? -¡Pero no ha sido así!

-Eres un apostador incorregible, Dirk Thornton.

-Bésame otra vez -susurró él.

Laura obedeció.

-Dirk -murmuró contra sus labios; su corazón saltaba de emoción por lo que iba a decirle.

-¿Mmm?

-Aún tengo algo que decirte.

Dirk se tensó y se retiró despacio, con los ojos maravillados.

-Laura... no me digas que...

-Sí -asintió ella-, tu plan ha funcionado. Vas a ser padre. Eso es lo que vine a decirte.

El se quedó en la boca abierta.

-¿No vas a decir nada? -preguntó ella con suavidad.

Lo observó tragar saliva varias veces, lo vio luchar contra las lágrimas.

-Está bien, amor mío -susurró Laura al fin, con un nudo en la garganta y lo abrazó-. No tienes que decir nada. Ni una sola palabra.